Traducción de Laura Salas Rodríguez
DENDRITAS
KALLIA PAPADAKI
automática editorial

DENDRITAS

KALLIA PAPADAKI

TRADUCCIÓN DEL GRIEGO
DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

automática

TÍTULO ORIGINAL: Δενδρίτες

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 — 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © Kallia Papadaki and Polis Editions, 2015
Publicada originalmente en griego en Polis Editions con el título Δενδρίτες

© de la traducción, Laura Salas Rodríguez, 2020
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2020
© de la ilustración de cubierta, Carmen Casado, 2020

Derechos exclusivos de traducción en lengua española para todo el mundo: Automática Editorial S.L.U.

Cofinanciado por el programa Europa Creativa de la Unión Europea

eISBN: 978-84-1550-96-5

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial

Primera edición en Automática: septiembre de 2020

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos

Delaware
Riverside
Riverton
Cinnaminson
Pennsauken
Camden
Gloucester City
Centerville
Village
Fairview
Merchantville
Delaware River
Pennsauken Creek
Cooper River
Cramer Hill
Waterfront South
Gateway
Lanning Square
Liberty Park
Baldwin's Run
Harrison Avenue
Broadway
Mt Ephraim Ave
Haddon Ave
Federal Street
Market Street
Kaighn Avenue
Admiral Wilson Blvd
Ferry System
Bridge
Rail Line
Light Rail
Parks
Schools
Churches
Cemeteries
Industry
Commerce
Residential
Vacant
Flood Zone
Wetlands
Historic Districts
Public Housing
Transit Village
Urban Renewal
Redevelopment
Waterfront Development
Open Space
Recreation
Sports Fields
Golf Course
Boat Ramp
Marina
Bridge
Tunnel
Interstate
Route 130
Route 38
Route 70
Route 73
Route 90
Route 168
Route 295
Route 676
Route 1
Route 30
Route 42
Route 55
Route 76
Route 78
Route 80
Route 95
Route 100
Route 101
Route 102
Route 103
Route 104
Route 105
Route 106
Route 107
Route 108
Route 109
Route 110
Route 111
Route 112
Route 113
Route 114
Route 115
Route 116
Route 117
Route 118
Route 119
Route 120
Route 121
Route 122
Route 123
Route 124
Route 125
Route 126
Route 127
Route 128
Route 129
Route 131
Route 132
Route 133
Route 134
Route 135
Route 136
Route 137
Route 138
Route 139
Route 140
Route 141
Route 142
Route 143
Route 144
Route 145
Route 146
Route 147
Route 148
Route 149
Route 150
Route 151
Route 152
Route 153
Route 154
Route 155
Route 156
Route 157
Route 158
Route 159
Route 160
Route 161
Route 162
Route 163
Route 164
Route 165
Route 166
Route 167
Route 169
Route 170
Route 171
Route 172
Route 173
Route 174
Route 175
Route 176
Route 177
Route 178
Route 179
Route 180
Route 181
Route 182
Route 183
Route 184
Route 185
Route 186
Route 187
Route 188
Route 189
Route 190
Route 191
Route 192
Route 193
Route 194
Route 195
Route 196
Route 197
Route 198
Route 199
Route 200

a mis padres,
Antigoni y Manolis

NOTA

La ciudad de Camden se encuentra en Nueva Jersey, enfrente de Filadelfia. Ambas ciudades están separadas por el río Delaware y unidas por dos puentes que llevan el nombre de Benjamin Franklin y Walt Whitman. Camden fue un crisol para varias generaciones de inmigrantes, con mucho empleo y una industria rica. Las cosas cambiaron con el fin de la Segunda Guerra Mundial. La industria se trasladó a los estados del oeste y a México. Ya no había trabajo, la nueva ola de inmigrantes portorriqueños y afroamericanos arrasó la ciudad. Venían buscando una vida mejor. En septiembre de 1949, el veterano de guerra Howard Unruh mató en el barrio de East Camden a trece personas en doce minutos. Fue el primer asesinato en masa registrado en la historia de Estados Unidos. En los años que siguieron, tres alcaldes de Camden fueron condenados y encarcelados por corrupción. En 2012 la ciudad tenía la tasa de delincuencia más alta de todo Estados Unidos. Hoy en día, alrededor del cuarenta por ciento de la población sigue viviendo por debajo del umbral de la pobreza. Estos son hechos indiscutibles. Por lo demás, cualquier parecido con personas, nombres o situaciones es pura coincidencia y no guarda relación alguna con la realidad.

«Ha transcurrido ya *todo el tiempo* […] nuestra vida es
apenas el reflejo crepuscular […]
de un proceso irrecuperable».

Jorge Luis Borges, *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius.*

I

el viento de otoño
arrancó el telegrama y mucho más
de la mano de la madre[1]

Minnie se deshace las dos trenzas recortadas y se recoge el pelo en una cola de caballo asimétrica. Por las mejillas encendidas le corren dos lágrimas que se limpia a toda prisa con la manga de la camiseta, no la vayan a pillar llorando, y un nudo lanoso se le queda pegado en la garganta, mezclado con un lamento, todo le sale mal, el colegio es una verdadera chorrada, sus compañeros unos idiotas, su hermano un pequeño tirano que le roba la paga, y hoy, cuando se ha atrevido a contestarle, ha cogido la tijera de las manualidades y le ha cortado la mitad de la trenza izquierda. Por si no bastaba, la ha amenazado con que si se chivaba a su madre lo pagaría caro, y, como Minnie sabe bien que cumple al pie de la letra todas las bravuconadas que salen de su boca, ha cogido la tijera, se ha plantado delante del espejo de los servicios del colegio y se ha cortado la trenza derecha también, para igualarla con la izquierda. Porque su madre no es tonta, le preguntará, querrá enterarse, y entonces qué va a decirle ella. Una tercera lágrima corre por su mejilla y Minnie se la lame.

Y antes de que termine de digerirlo todo, aparece ante ella, contra la luz tierna y desdibujada de octubre, una chica rubia que le saca casi una cabeza. «¿No tendrás un cigarro?», pregunta y le clava una mirada inquisitiva, y Minnie se encoge en su esquina, porque ella no fuma y la única vez que se llevó un cigarro a la boca e hizo como que se tragaba el humo, su madre le soltó tal bofetada que le dejó los dedos señalados en rojo entre la boca y la mejilla, aún se acuerda del escozor y de lo saladas que estaban sus lágrimas, y aquel recuerdo lejano refresca la sensación perdida, así que inspira profunda y bruscamente para silenciar la turbación que borbotea en su interior, a punto de rebosar. «Bueno, no te pongas así, olvídalo», farfulla indiferente la chica rubia, y se sienta a su lado con las manos cruzadas sobre el uniforme y las piernas derramadas sobre el cemento caliente. La chica inspecciona los alrededores y se saca del bolsillo trasero una tableta de chocolate

derretido; se mete un trozo en la boca, ensuciándose las manos, luego se limpia las palmas en el vaquero desgastado y sus dientes adquieren un tono trigueño, como su piel permanentemente tostada. «¿Quieres?», murmura tendiéndole el chocolate, y Minnie, apocada, parte un trocito y lo derrite con cuidado en la boca, como probando su resistencia, porque en el fondo le da asco, y sin embargo lo consigue, se atreve, y durante un instante deja de respirar, solo traga con la boca cerrada a cal y canto, porque los microbios se mueren sin oxígeno, ¿no?

«Te llamas Litó, ¿no?», balbucea Minnie, que en el fondo preferiría que la dejasen todos tranquila, porque no es momento de preguntas y respuestas; a lo largo del mes y medio que lleva en el colegio nuevo apenas ha mantenido cinco conversaciones, aquí todo se basa en dar buena impresión, en la ropa que llevas, en dónde vives y dónde vas de vacaciones, y Minnie sabe que a las preguntas mudas e insistentes que le formulan solo puede ofrecer respuestas equivocadas. La chica de pelo rubio oscuro y pómulos salpicados anárquicamente de unas cuantas pecas se ensombrece y clava la mirada en sus zapatillas de deporte, y Minnie, por inercia, entreabre la boca, lo justo para que se vean los dos incisivos esmirriados, «por cierto, ¿de dónde sale lo de Litó?», y la chica de pecas se enfada, le da un violento empujón, se pone de pie como un resorte y cruza el patio con las manos en los bolsillos. Minnie se frota los ojos, se sorbe la nariz, respira hondo y, de una fuerte patada, manda hasta las desvencijadas canastas una piedrecita molesta que le rozaba la punta del zapato y se la estaba buscando.

En efecto, la chica rubia se llama Litó; tampoco es para tanto, tiene compañeros y compañeras con nombres más raros e igual de excéntricos, igual de antipáticos y difíciles de pronunciar, pero su nombre arrastra además un oscuro satélite, la cola de un cometa que la persigue desde su nacimiento, una nota al pie, un asterisco en su nombre idiota y discordante, cómo se le ocurriría a su madre plantarle el número «68» para que la distinguiese y persiguiese durante el resto de sus días. En los documentos oficiales del registro civil y en las listas de la secundaria es «Litó, 68, Cambanis Müller», y por mucho que quiera olvidarlo, dejándose llevar por el juego y la despreocupación de la primera adolescencia, no deja de existir, como le había recordado esa misma mañana con recochineo un profesor malintencionado, provocando carcajadas crueles, burlas y comentarios irónicos entre sus compañeros. No quiere ser distinta, nunca lo ha querido; ya la hacen destacar bastante su particular altura y su físico, muy desarrollado para la delicada edad de doce años; ella lo que quiere es integrarse, ser parte de la homogeneidad más compacta, pero desde el principio es imposible, cómo alinearse con el resto de nombres idiotas y

aburridos cuando ella tiene que arrastrar tras de sí un número que no pega ni con cola.

Odia el «68» con todo su corazón, con el odio sempiterno que inspiran las espinitas clavadas, aborrece cualquier tipo de fecha solemne que se acerque a ella amenazante, no es casualidad que la clase de Historia le repela y confunda consciente e inconscientemente las cronologías, le ha echado la bronca a su madre en cantidad de ocasiones por encerrarla en un nombre estrafalario y forzarla a arrastrar una fecha tan cargada, qué le importará a ella lo que significa el año 68 para su madre y para la humanidad; su único error, y ni siquiera es suyo del todo, es haber venido al mundo antes de lo previsto y nacer el 31 de diciembre de 1968, condenada a evocar con su presencia todo lo que no vivió Susan Müller, su madre, que fue y se casó con Basil Cambanis, su padre adoptivo y padrastro, y no contenta con ello, se asoció además con él; de ese modo ambos, con los jornales que iban ahorrando a trancas y barrancas mientras tonteaban y trabajaban codo con codo en las sopas Campbell, compraron y reformaron su tabla de salvación, el romántico 44,[2] antiguo establecimiento de comidas polaco famoso en el barrio de Cramer Hill, con su mural chapucero de Mickiewicz[3] encima de las mesas de formica alineadas, una pintura y un retrato que antes, en el año 1940, aún transmitía y respaldaba la tolerancia y la reconciliación, y proclamaba a voz en grito los sentimientos democráticos y los ideales de la izquierda estadounidense a lo largo de la Costa Este, en una ciudad profundamente conservadora que se había desarrollado y extendido gracias a primeras y segundas generaciones de inmigrantes republicanos, escindidas según nacionalidades en apacibles barrios cuyos habitantes solo se mezclaban entre sí en el crisol de la fábrica, y cuando alguien traspasaba la frontera de su barrio y se encaminaba hacia el río Delaware o hacia el noroeste de la ciudad era porque por fin las cosas le iban bien, había conseguido levantar un techo sobre su cabeza y juntar unos dólares en el bolsillo, ya que el sueño americano era, y seguía siendo, sobre todo, una lengua común que aplacaba a los dioses, adormecía a los demonios y agasajaba con regalos y obsequios a todos sus bastardos.

Sus padres se habían conocido en la fábrica de sopa Campbell; Susan, de veinticuatro años, apilaba latas en las cintas transportadoras ocho horas al día, seis días a la semana; y Basil, de veintiocho años, era jefe de personal, responsable de mil doscientas latas idénticas de espesa sopa de tomate por turno. Susan, antaño estudiante de la Universidad Estatal de Ohio, un año antes de graduarse en Ciencias Políticas, con la especialidad de Economía Política, se enamoró de un *hippy*, hijo del propietario de una fábrica, dejó los estudios y lo siguió a través de Estados Unidos hasta San Francisco y el barrio de Haight-

Ashbury. Vivieron juntos un año y medio, eso es lo que duró su amor, un verano en la comuna y dos apacibles inviernos en la calle, mendigando el cariño de los transeúntes y regalando flores. Los separaron Litó y Woodstock, la temible orilla opuesta del Atlántico, allí donde los inviernos y las responsabilidades no son cosa de risa, y, de ese modo, tras el concierto y las primeras lluvias, cada uno siguió a trompicones por su lado: Scott volvió al hogar familiar y acabó matriculado por la fuerza en la Universidad de Berkeley —además el ala oeste del Departamento de Zoología llevaba el nombre de su bisabuelo, Johnson Junior—, y Susan, que se había peleado con su padre, pequeño asalariado protestante, y no tenía la menor intención de volver a Columbus ni al asqueroso Ohio, ni por asomo, se subió a medianoche a un destartalado autobús de la compañía Greyhound y llegó antes del alba a Camden, Nueva Jersey, donde vivía su hermano pequeño, que trabajaba en la Radio Corporation of America. Dos meses después conoció a Basil y se casaron por lo civil a los seis meses, cuando Litó cumplía catorce meses de vida; ellos decían y aseguraban que había sido amor a primera vista, pero nadie los creía, salvo el hermano pequeño de Susan, al que no le importaba tanto la felicidad de su hermana como quitarse dos bocas más de encima. Por mucho que tuviese el cargo de director, venían tiempos difíciles, se percibía lo inevitable como la muerte llamando a la puerta de tu vecino, se intuía que la esperanza cargaba el ambiente de espejismos, se veía en las casas desiertas y en las fábricas abandonadas, que aumentaban mes a mes en progresión geométrica.

La primera en caer fue la New York Shipbuilding Corporation, que se desmoronó arrastrando a su paso a dos mil quinientos trabajadores; el balance no salía sin nuevos pedidos, y todo lo que la industria bélica había construido con gran esfuerzo en los años de los disturbios y las grandes guerras lo destruyó la exigencia masiva de un mundo mejor y más pacífico, y un par de años después, cuando Nixon acababa de hacerse con el poder, cerró también la RCA Victor, y el terrier[4] melómano puso rumbo a México, hogar de la mano de obra barata; la dirección echó la culpa a los sindicatos, que habían declarado una huelga indefinida reclamando salarios mejores; los sindicatos a la dirección, que ponía por encima de todo las ganancias, y la ciudad quedó huérfana de empleos; a lo largo de una semana se despidió a cinco mil personas en una ciudad de noventa mil habitantes, y así, a mediados de los 70 el *diner* Ariadni, ya con su nuevo nombre, el mural de Mickiewicz medio borrado al fondo del local y las columnas de un tono blanquecino pintadas en la pared, con los coloridos dibujos de la *greek salad* y del apetecible *yiros*, dejó de ser lo que era y prometía ser y, junto con la decadencia de la iniciativa emprendedora y la continuación de la guerra de Vietnam, la ciudad

entró en crisis: la gente se volvió suspicaz y los barrios estaban en pie de guerra; lo que quedaba de la hasta entonces próspera urbe se trasladó a la periferia emergente. Los primeros en irse fueron los judíos; los siguieron los italianos junto con los griegos; pero sus padres, los padres de Litó, mantuvieron su optimismo inmutable y, dentro de su optimismo, mantuvieron también su inmovilidad; en otras palabras, se obcecaron como mulas hasta ver cómo se esfumaban sus ahorros y cómo sus sueños se alejaban para siempre.

A Litó se la trae al pairo, que los adultos carguen con sus decisiones; lo malo es que esos propósitos pusilánimes y esas responsabilidades los arrastra ella a su espalda; se supone que habían imaginado un mundo ideal, la habían traído a una sociedad que cambiaba, teóricamente, para mejor, «y una mierda», lo único que le levanta el ánimo y tiene un sentido claro es el fútbol, las dos porterías marcadas en el césped recién cortado, las normas concretas que determinan el juego, la pelota que rueda por la hierba, manzana de la discordia para los veintidós pares de piernas encallecidas, la defensa y las entradas, sobre todo las entradas enérgicas, porque los goles no son su fuerte, así que los silencia tal y como hace con todo lo que le provoca indignación.

El centro de secundaria de East Camden es para Litó un mal necesario que en algún momento deberá llegar a su fin, al menos con su inminente mayoría de edad, si no antes; está convencida de que todos sus males, incluido su desafortunado nombre, son producto de su desgarbada y frágil adolescencia, y de lo que esta conlleva: el vello rubio y molesto en muslos y espinillas, el ajustado sostén que la asfixia y el estúpido asma extrínseco que la inmoviliza de repente, como pasó en aquel partido de fútbol la primavera pasada, en el momento de máximo esplendor de la naturaleza y del polen: jugaban contra el colegio de Cooper Point, su equipo iba ganando uno a cero y quedaban solo dos minutos de partido; la delantera contraria se escapó de la línea derecha de defensa y, cuando Litó realizaba el último *sprint* por la izquierda, casi lista para ejecutar la entrada más importante de la que era hasta entonces su vida, la que les brindaría la copa regional y quizás incluso la condecoración a la mejor jugadora, se le cortó la respiración de repente, se puso roja como un tomate y acabó doblada en dos; la pelota pasó por delante, como a cámara lenta, y tras ella, como Pedro por su casa, la mediocentro, que regateó con una maniobra inestable y temeraria a la portera y marcó más bien de pura chiripa en la portería vacía. Llegaron a la prórroga y Litó vio la media hora restante desde el banquillo, maldiciendo sus genes endebles y la marihuana que había fumado desde pequeña en la barriga de su madre, mientras su equipo, con diez jugadoras y sin cambios, perdía la copa y ella la ansiada condecoración. «Cosas que

pasan», le había dicho con aquella entonación pueblerina de Oklahoma su entrenadora en los vestuarios; solo a ella, le daban ganas de gritar, «¡solo a mí!», pero al final no dijo nada, se quedó arrinconada en el banco, apretó los puños y se clavó las uñas en las palmas de las manos, y todo por no montar una escena, por no aguar la fiesta y la entrega de premios, pero sobre todo por no echarse a llorar delante de sus compañeras, cuyas miradas de desprecio ya la acuchillaban por la espalda a causa del desenlace del partido. En este momento, esos son sus pensamientos, sus recuerdos, pero los chillidos de sus compañeros, que persiguen por el patio a un pobre gato con una herida abierta en el espinazo, provocada por una escopeta de aire comprimido, con intención de seguir torturándolo, la traen de vuelta al presente, al prolongado sonido del timbre, al inhalador de dosis que se saca del bolsillo, a la inspiración profunda que toma para aguantar su insoportable vida y la inminente clase de Historia de Estados Unidos.

Al fondo del aula, Litó intenta acomodar las piernas en el pupitre individual, mientras la señora Gardner les habla de los años dorados de Estados Unidos durante la floreciente década de 1920, cuando el desarrollo era sinónimo de consumo y la prosperidad de todas las ciudades industriales se medía en la cantidad de chimeneas que adornaban entre humos el horizonte y en las hordas de trabajadores, nativos e inmigrantes, que inundaban cada mañana las calles, convoyes humanos que zarpaban con las primeras luces en busca del jornal. La señora Gardner va y viene por el pasillo, arrastrando sus bastas sandalias por el desgastado terrazo, arrullando a los veinticinco alumnos con una danza lenta y catatónica, su tronco parece un péndulo movido por su propio impulso que de repetición en repetición amenaza con perderse, dentro de poco el balanceo se detendrá y la microscópica señora de sesenta años se calmará encorvando ligeramente los hombros hacia delante, y Litó se preguntará si es el conocimiento el que joroba los cuerpos y los encorva y, mientras se sume en reflexiones que no vienen a cuento, la señora Gardner le dará un tierno toque en el hombro y le susurrará en voz baja al oído, como un eco lejano del futuro irremediable, «estira la espalda, que te va a salir joroba» antes de perderse por donde ha venido, en las profundidades del encerado, mientras suena el timbre electrónico y las sillas, casi al unísono, arañan el suelo con un aullido.

Litó lleva su mochila con paso ligero y los hombros estirados en un sobreesfuerzo para no andar encorvada; luego se le olvida y sigue con la cabeza gacha, sumida en sus ensoñaciones, con la mochila saltando a la espalda a cada paso apresurado, quiere que le dé tiempo a llegar a casa antes de que oscurezca, no es que tenga miedo, pero hace una semana, también el lunes, los bestias del instituto Woodrow Wilson les

tendieron una emboscada a unos compañeros del equipo de baloncesto y les dieron una paliza, una buena tunda, sin motivo alguno, solo para divertirse. Piensa en ello y acelera el paso, al tiempo que intenta ahuyentar de su mente todas las desgracias que pueden ocurrirle, su madre la tiene avisada, no hay peor mal que el pensamiento, es capaz de imaginar lo peor, abre caminos donde solo hay vegetación espesa y salvaje, el pensamiento sufre arrebatos que tú pagarás toda tu vida, «¿entiendes, cariño?», y Litó no entiende del todo qué quiere decir Susan, pero qué más da: lo repetirá una, dos veces, a la tercera va la vencida, la pequeña acabará pillando el sentido profundo del omnipresente y omnisciente filtro materno.

El sol se pone con indolencia tras la ciudad de Camden en el momento en que Litó se tropieza y se agacha para atarse el cordón suelto en la esquina de la calle y, mientras, por delante pasa el autobús escolar, cruzando la avenida en dirección sudoeste con el eslogan «igualdad de oportunidades en la educación», proclamando el derecho de todo alumno, independientemente de la raza, el color y la situación económica, a gozar de los mismos privilegios en la educación pública,[5] ve a Minnie aferrada a la ventana, con las trenzas cortadas, oscuras y llenas de rizos, mirando al horizonte, a lo lejos, hacia el río Delaware, y aún más allá, hacia Filadelfia, donde vive su padre, que los abandonó cuando ella era un bebé y al que no llegó a conocer, y si tiene una imagen suya guardada en la memoria es la de las botas desgastadas que se encontró en el altillo, del número 48, y que ella convirtió en macetas: las llenó de tierra y abono y sembró semillas de judías para la clase de Botánica.

Minnie vive en un barrio infame, con casas de piedra gris que han perdido el color, el tiempo las ha degradado por igual, y entre tanta fealdad repartida hay cierta armonía, no resulta extraña la piedra deslucida, es como si la hubiese tallado la sabiduría del tiempo, las ruinas arrastran el pasado casi con adoración, dan fe de la ambición humana detenida por el flujo de los acontecimientos, habitantes y ruinas coexisten en plena aceptación del deterioro, y solo las noches en las que oscurece pronto, ahora que ha llegado el invierno, siente uno miedo, cuando la miseria de los edificios se oculta en la neblina de la oscuridad y su forma recupera algo de la anterior aureola afilada, y las personas, para conjurar la bondad de la noche, que cae como un bálsamo sobre la piedra arrasada y la cubre, se vuelven monstruos para no soñar con algo mejor y acabar renegando de su desgraciado destino. Minnie baja del autobús y se echa la mochila a la espalda, saluda con un gesto rápido al conductor, su amigo mexicano Miguel el Pulpo, se envuelve en su chaqueta ligera y, mirando al frente, corre en paralelo al riachuelo Newton Creek en la zona colindante con Morgan Village, antes de su desembocadura, al oeste,

en el río Delaware, que baña la ciudad, sometiéndola a una triste humedad perpetua y a los mosquitos estacionales sedientos de sangre que se alimentan del agua estancada y los naufragios humanos del afluente Cooper.

«Has llegado pronto», le dice su madre desde el interior de la cocina, y Minnie, sin aliento, deja la mochila en el pasillo de la planta baja antes de salir disparada al salón, coger el mando a distancia y encender la tele, «vaya, hombre», aún no han dado la fecha en la que pondrán el episodio de *Dallas*, necesita enterarse de una vez de quién disparó a J. R., ya se cumplen seis meses desde el marzo pasado y la incógnita sigue sin respuesta, va a llegar noviembre y todavía no han investigado el caso, en la televisión se han pasado todo el verano con el quién y el por qué, llegó septiembre y Minnie concibió nuevas esperanzas, tenía que empezar la nueva temporada televisiva, las aguas volverían a su cauce, pero para su desgracia había huelga de actores, y además indefinida, y en septiembre dijeron octubre y en octubre noviembre, y como a mediados de ese mes la gente empezó a indignarse ante tanta espera, los productores de la CBS, para mantener la intriga y el suspense, echaron leña al fuego y por la pantalla de los telespectadores desfilaron avances de pocos minutos con las posibles versiones sobre quién era el casi asesino; las conversaciones se avivaron de nuevo, mira qué cosa, resulta que la mitad del reparto eran presuntos asesinos, y Minnie se pasó todo el verano apostando a que a J. R. le había disparado su madre, Miss Ellie, hay que ver lo que le había hecho pasar a la pobre, porque no hay mayor dolor que el que inflige la familia, y cuanto más cercana, mayor es la crueldad con que te marca, y Pete, su hermano mayor, el 3 de septiembre, levantó la escopeta de aire comprimido y le acertó en el hombro izquierdo, y Minnie soltó un chillido que puso en pie al vecindario, él se reía y le pedía perdón, le decía que había sido sin querer, que no había sido a propósito, que uno comete errores, es humano, y a Minnie se le habían puesto los ojos como ojales por el dolor, turbios de lágrimas, y entonces supo de verdad que la madre había matado a J. R.

«Dicen que lo van a echar el 21 de noviembre», Minnie gira la cabeza para encontrarse a su madre masticando algo que parece plátano frito, así lo llaman en San Juan, a ella le dan asco el sabor y la textura desde que se lo metieron en la boca a la fuerza la primera vez, por mucho que Luisa, sabelotodo y diligente, se esfuerce en convencerla de que tiene bajo contenido en azúcares y mucho potasio, y de que lo mejor que puede hacer es dejar las manías y las rarezas y conformarse con lo que es bueno para ella, porque cuando llega el escarmiento es tarde para arrepentirse; y Minnie, con la espalda vuelta y la televisión puesta, cuando está a punto de preguntar qué van a cenar porque tiene un hambre de lobo, nota de repente que el

ambiente se electrifica y, de la misma manera que la luz supera la velocidad del sonido, las palabras llegan justo después, estallan como truenos rabiosos, «pero ¿qué te has hecho en el pelo, maldita sea?», y como si no bastase con eso, los dedos de Luisa, grasientos de cocinar, tironean de lo que queda de las trenzas, como si tirando de ellas fuera a recuperar lo que ya está perdido.

Son casi las once de la noche y Pete no ha aparecido, su madre va y viene por el salón y, en la esquina del sofá, envuelta con la manta de lana de cuando era pequeña, Minnie finge enfrascarse en problemas matemáticos de difícil solución. «¿Qué hora es ya?», pregunta Luisa por enésima vez, y ni espera respuesta ni la recibe, «¿cuándo lo viste por última vez?», y Minnie, sin levantar la vista del libro, murmura «Mamá, ya te lo he dicho, ha venido al colegio», y Luisa sale del salón, abre la puerta de la calle y se queda plantada en los escasos metros cuadrados de acera, como sopesando si cruzar la calle, como si en la acera de enfrente corriese furioso un río amenazador, y a través de las cortinas de encaje se distingue su figura intranquila, asustadiza, trastabillando, y su sombra se agiganta en las paredes y flota encima del sofá, sobre la cabeza de Minnie, como un mal presagio. Ya son las doce pasadas, Luisa apoya la cabeza en sus manos sobre la mesa de la cocina, Minnie dormita en el sofá, y entre ellas yace el teléfono en silencio; nadie sabe nada, sus dos amigos están en casa desde hace rato, la policía no tiene ningún elemento que arroje luz, si se enteran de algo la avisarán, no se preocupe, y el teléfono sigue en su sitio, mudo y ajeno como los pensamientos que fabrica Luisa en su cabeza y que invaden los sueños de Minnie.

Está casi amaneciendo y Pete no ha aparecido todavía; Luisa sigue en la misma postura, y su cuerpo descansa como el peso de una plomada rota; Minnie, envuelta en la manta de lana, duerme entre sobresaltos en el sofá, y el sol entra titubeando por la ventana e ilumina todos los rincones oscuros, las telas que tejieron el día anterior las trabajadoras arañas, las migas de pan del suelo, el deterioro y el abandono provocados por una noche de profunda tristeza, y Luisa se levanta como una autómata de la silla, enciende el hornillo de la cocina y con gestos mecánicos prepara huevos fritos con finas tiras de bacón y pan tostado untado con margarina y azúcar.

A su espalda está Minnie, recién despierta, con el pelo revuelto por el sueño y el estómago vacío ronroneando de hambre; tira de un extremo de la desgastada bata pero no obtiene respuesta, «¿qué hora es, mamá?», pregunta en voz baja para no asustarla con su inoportuna exigencia, y Luisa parece un fantasma, los kilos de más ya no le abrazan el cuerpo como antes, se diría que en solo una noche la ropa le queda colgando y que sus hombros redondos se han inclinado hacia delante del agotamiento, «¿qué hora es?», insiste Minnie, y Luisa,

como hipnotizada, abre los armarios, saca los cubiertos opacos por el uso y el tiempo, «la hora de desayunar, la hora de desayunar», monologa, y por costumbre pone la mesa para tres.

Comen juntas mientras las casas vecinas aún siguen cubiertas por la neblina matinal y las calles de alrededor guardan un obstinado silencio; en media hora todo cambiará, Luisa sabe que en cuanto amanezca nada será igual y ha depositado sus esperanzas en ese rato en que sus pensamientos, como sombras, se contraen y dilatan en el tiempo para cubrir los metros cuadrados de espera que aún le corresponden, antes de que salgan a su encuentro las noticias intuidas, porque su hijo anda mezclado en bandas y drogas, se lo dijeron en la iglesia baptista para hacerla entrar en razón y llevarla al camino del Señor, y ella vaciló durante dos semanas, pensando a quién beneficiaba que ella no acudiese a la iglesia, que llamase la atención y se resistiese a los dictados de la comunidad local, pero es que en su interior ya no quedaba fe ni esperanza para segundas ni terceras oportunidades como caídas del cielo para saciar a los necesitados.

Minnie prepara su mochila y se va corriendo a coger el autobús escolar, Luisa arrastra el taburete de la cocina y se sienta delante de la ventana con la cortina corrida, Minnie se apresura tras el autobús que acelera, Luisa aguza el oído y oye su respiración, un susurro de desacompasados porqués, síes y acasos, que la encierran en su cuerpo y la martillean, Minnie pierde de vista el autobús que acelera por la avenida y se convierte en un puntito tembloroso al borde del horizonte carmesí, y Luisa respira hondo, se agarra el pecho y se desploma, porque su corazón ya no quiere habitar ese cuerpo, y su puño apretado y levantado es el vestigio de la última y vana batalla.

II

Soñé en un sueño que veía una ciudad inexpugnable a los ataques de todo el resto de la tierra, soñé que era la nueva ciudad de los Amigos, nada era más grande allí que la cualidad del amor vigoroso, iba al frente de las demás, se la veía en cada momento en las obras de los hombres de esa ciudad, y en sus miradas y palabras.[6]

Aprieta los dientes de dolor, el sudor frío le surca las palmas, de esta no sale, y sin embargo las balas han pasado rozándolo, no han dado en el blanco, no han maculado la carne, intenta tomar aliento, algo lo asfixia en el tórax, un lamento ahogado que no acaba de salir, levanta los ojos tal como está, tumbado boca abajo, y ve un charco de sangre tres metros a su derecha y un cuerpo rígido que cierra ante él la estrecha acera, y a los transeúntes que gesticulan por encima de él, y ese zumbido que le perfora los tímpanos; con la mano derecha se palpa el cuerpo para localizar el dolor, pero no hay herida, y eso le da más miedo todavía, y además sus pensamientos lo abruman, su mujer postrada en la cama, su único hijo menor de edad, la empresa con deudas, y Andonis Cambanis pierde el conocimiento: vuelve a tener diecinueve años y a ser un extraño entre extraños.

Veintidós días había tardado el transatlántico en llegar a su destino, y cuando el *Patrís*[7] dejó en la orilla de Ellis Island[8] a aquellas mil trescientas almas, un 7 de noviembre en que caía aguanieve, hizo como que escupía tres veces en la tierra para conjurar con la boca, porque se lo había prometido a su madre, que tenía ideas particulares sobre la psique y decía que en los sitios se prospera solo a base de escupir y de llevar los pantalones bien puestos. Pues eso, que en cuanto puso el pie en Nueva York, se le acercó un compatriota, un rodiota enjuto, con el pretexto de encontrarle trabajo de inmediato, a comisión, por supuesto, hasta le aseguró con su apellido y firma que sus dólares, aunque escasos, darían fruto y, tras metérselos en el bolsillo del pantalón de dobladillo ancho, le encontró alojamiento junto a otros cuatro en un pequeño hotel que se parecía más a una choza de lata y le dio cita para el día siguiente, a la misma hora, dos bocacalles más abajo; le escribió la dirección en un papel, «esquina de

Broadway y Franklin», y le explicó por quién preguntar si se retrasaba, «Smerlís», le repitió insistiendo en la «r», le dio un golpecito en el hombro con aire cómplice y se fue por donde había venido, no sin antes confiarle que se encontraba en el país adecuado en el momento adecuado, y que allí en América había gente que pagaba bien y trabajo seguro para un joven despierto y ambicioso como él; por último, le guiñó un ojo antes de perderse con paso ligero en la espesa oscuridad de la ciudad que no dormía nunca y ya trasnochaba en las sucias callejuelas de mala fama.

El rodiota no acudió nunca a la cita, rápidamente se demostró que no había ningún Smerlís esperando para recibirlo, solo dos o tres pobres chavalillos de doce o trece años como mucho, sentados en cuclillas en las esquinas de la calle, que habían cogido cepillo y betún y lustraban cada dos por tres los embarrados zapatos de los transeúntes, toda Nueva York era un inmenso campo de faena que asumía obras municipales y construía edificios de numerosas plantas para cobijar el sueño colectivo, que en las chozas bajas y en las calles fangosas perdía su esplendor y quedaba apresado en el «tres centavos la pareja, cinco el matrimonio», y Andonis Cambanis, que había depositado sus esperanzas en el milagro, no podía creerse que sus veinte dólares se hubieran esfumado; apenas había puesto un pie en el Nuevo Mundo y ya le habían tomado el pelo, no le cabía en la cabeza que hubiese metido la pata de ese modo; lo embargó la desazón, solo sabía dar los buenos días, pedir perdón y dar las gracias, y eso de milagro, retorcía la boca al pronunciar como si le quemase la comida, ¿dónde, y cómo, y a quién contaría lo que le había pasado? Entonces le echó el ojo el mafioso italiano que deambulaba por la demarcación de sus posesiones: diez bocacalles por encima de la calle Broadway y cinco al oeste, hasta la calle Hudson; había ido a recoger los jornales de los limpiabotas, le pareció nuevo y quizás peligroso, quién sabe, y pegó la hebra rápido en siciliano, para ver si estaba tramando algo y si tenía cabeza para los negocios, lo escogió por su porte seco y atezado, que daba fe de su procedencia cercana al sur de Italia; intercambiaron dos o tres frases que no llevaron a ninguna parte, al final se comunicaron con muecas y morisquetas, y cuando Cambanis sacó los papeles italianos y el pasaporte para enseñárselos (certificados territoriales de una paternidad temporal que con el tratado de Lausana[9] englobaba al Dodecaneso desde 1912), el italiano no perdió el tiempo: le dio la bienvenida y le garantizó alojamiento y trabajo desde aquella misma noche, solo tenía que hacerle unos pequeños recados que le quedaban pendientes en Hell's Kitchen, pero Andonis Cambanis ya había aprendido la lección: mandados y favores sin pronta recompensa no pensaba volver a hacerle nunca a nadie, y así sus caminos se separaron, aunque no para siempre.

Medio mes después, y tras la recomendación y los consejos de un tal Suliotis, friegaplatos de profesión, Andonis Cambanis vivía en el estado de Nueva Jersey y trabajaba en los astilleros de Camden para la New York Shipbuilding Corporation, con la especialidad de soldador en las zonas de prefabricado, sacaba veintidós centavos por hora que le proporcionaban lo mínimo para la supervivencia: una habitación microscópica en Morgan Village, en la calle Sylvan, dos platos diarios de comida fría que le preparaba la noche de antes su casera polaca, y un paseo el domingo en la periferia oriental de la ciudad, *terra incognita* para él, el germanófono Cramer Hill y los barrios judíos de Marlton y de Parkside, mojados y bordeados por el curso zigzagueante del afluente Cooper, y como el natural de Nísiros seguía sin hablar inglés en condiciones, sus paseos eran solitarios y el dinero en el bolsillo escaso, y cada dos por tres se paraba a mirar con ojos de besugo las casas de madera de dos plantas, con familias de cuatro o cinco miembros, los escaparates de las pastelerías que vendían dulces orientales y helado a granel, las sinagogas, las hordas de judíos ortodoxos con sus trenzas negras y simétricas y los restaurantes *kosher* con sus apetecibles albóndigas de patata y *gulash* ucranianos.

Con el resto de griegos no tenía trato, además eran pocos y estaban desperdigados por los barrios, como las amapolas que florecen esparcidas por el campo, y es que aún no existía parroquia que los recogiese en tres o cuatro calles a partir de las cuales pudieran ir extendiéndose al resto de la ciudad; lo que sí existía era la cercana Filadelfia, que contaba al menos con dos iglesias ortodoxas y un rebaño de miles de fieles, y de ese modo, un domingo diferente a los demás, en el que no conseguía de ningún modo conciliar el sueño, Andonis Cambanis se levantó antes del amanecer y se subió al primer transbordador en Cooper Point, cruzó el río Delaware en barco y acudió a la iglesia de San Yioryios el 10 de septiembre de 1922, junto con trescientos compatriotas alarmados, que entre rezos y peticiones se contaban en susurros los sucesos acaecidos en Asia Menor,[10] portada la noche anterior en *The New York Times* dominical. Tenía un mal presentimiento que no conseguía someter a cuentas ni a reflexiones, un barrunto sombrío y doloroso que le aplastaba el pecho y que conforme pasaba el rato se convertía cada vez más en certeza: que el futuro no le deparaba otro camino, que tenía que hacer su vida y triunfar allí, en aquel lugar desconocido y extraño; no había vuelta de hoja. Aquella misma mañana, su madre, de cincuenta años, fallecía plácidamente del corazón y de pena mientras dormía, y Andonis Cambanis se enteraba con tres semanas de retraso de que sus primos de Nísiros habían sufragado los gastos del funeral y que para cobrarse lo que les debía pensaban vender lo único que quedaba: la casa familiar.

Tenía veintidós años; se quedaba huérfano de padre, madre, casa y parientes en una ciudad cuyo nombre no arrastraba recuerdos, solo presente, y entonces de repente ocurrió en su interior algo inesperado: la muerte de su madre lo liberó de los remordimientos que lo apresaban, porque el pobre tenía siempre en mente el regreso, y contaba el dinero que ahorraba, calculaba hasta el último centavo, cada dólar aplastado en el sobre debajo del colchón lo llevaba más cerca de su madre, de la tierra que tenían pensado comprar para cultivar, y de las albarradas que pensaban construir para hacer bancales, su muerte lo pilló con treinta y dos dólares y cincuenta y tres centavos que ya no iban a ninguna parte, así que una semana más tarde fue a los grandes almacenes de Kotlikoff y, tras deambular tres horas por estantes y escaparates, se compró un buen traje y un par de zapatos de piel; era el primer despilfarro que hacía en su vida, qué más daba el dinero, en la mente de todo estadounidense uno era lo que intentaba ser, y en el fondo los ahorros eran para gastarlos, así que él también tenía que encontrar el valor de despedirse del pasado para conseguir convertirse en alguien, en otra persona.

Pero las semanas pasaban y Andonis Cambanis seguía siendo el mismo, quizá porque era una persona cerrada, poco habladora y comedida; el traje colgaba sin estrenar en el armario de una sola hoja, y la ciudad, al otro lado de la ventana, seguía extendiéndose hacia la periferia: cada pocos meses se alzaban primorosos edificios, los clubes musicales eran un hervidero de danzas y alegría de vivir, seguían llegando flujos de nuevos inmigrantes para contribuir al incremento de la producción, los antiguos exigían y reivindicaban mejoras en los sueldos y jornales, el dinero cambiaba de manos con rapidez y se amasaban fortunas, las mujeres conseguían el derecho al voto y la ética victoriana agonizaba en los antros ilegales, bebiendo *whisky* de contrabando y bailando charlestón y *shimmy*;[11] el fin de la sangrienta Primera Guerra Mundial marcaba la consagración de una época brillante y llena de esperanza.

Y mientras las luces de neón se reflejaban en los charcos y centelleaban fuera de los clubes de entretenimiento y los cines, y la gente hacía cola para divertirse hasta la mañana, Andonis Cambanis se esforzaba por entender qué hacía mal y por qué vivía sin esperanza alguna sumido en la mísera pobreza, por qué nunca le alcanzaba para el alquiler y su casera se mostraba cada mañana desabrida y disgustada, por qué corrían los gastos y no entraban los ingresos. En el astillero aguantó tres dilatados inviernos y dos gotas de profundo verano; el trabajo era duro y las condiciones adversas, el dinero contado y aún más escaso para los que no hablaban bien la lengua; al llegar el cuarto inverno, a finales de septiembre, su casera polaca le anunció que había encontrado un inquilino mejor, obsequioso y

puntual en el pago, y que le agradecería mucho que recogiese los bártulos y se marchase con viento fresco antes de que acabase la semana. Esa misma mañana tardó alrededor de media hora en embutir todas sus pertenencias en la misma maleta de antes de la guerra que había pertenecido a su tío, se puso el traje bueno por primera vez, dejó dos mensualidades sin pagar y se echó a la calle. Era un día gris, de esos en los que no se ve el azul del cielo, las nubes se lanzaban en picado para abrazar el humo que salía de las chimeneas, y Andonis semejaba una misteriosa figura matinal que había perdido el rumbo y el paso, conforme, hora tras hora, daba vueltas a la misma manzana con una maleta desvencijada en la mano, hasta que oscureció.

Era tarde y la noche lo sorprendió al oeste de Waterfront, deambulando entre casas de piedra con las puertas cerradas y las luces apagadas, y las cumbres de Filadelfia titilaban en medio del río Delaware, las calles estaban desiertas y mal iluminadas, la nieve caía con suavidad y cuajaba en el asfalto, y Andonis Cambanis, con su maleta marrón en la mano, encontró refugio en el vano de la puerta de un ultramarinos cerrado. Le asaltó un sopor al que se rindió con dulzura y que lo sumió en sueños cálidos; se le cerraron los ojos y se le pusieron los labios blancos; se confundió con la nieve y el paisaje blanco hasta que una violenta y prolongada sacudida lo devolvió a la vida y sus labios probaron y sorbieron un brandy casero de los más fuertes: una *grappa* asesina, capaz de resucitar a un muerto.

Andonis Cambanis había recuperado el sentido por completo, aparte de un entumecimiento temporal en las manos y un aterimiento que llevaba a flor de piel como un temblor, cuando, entre gestos espasmódicos y extrañas guasas, se dio cuenta de que se había despertado en la antesala de unas pompas fúnebres y de que estaba rodeado de féretros de ébano, cruces y vírgenes, y su primer impulso y reacción fue santiguarse tres veces antes de desmayarse de nuevo. Lo hizo volver en sí una mano femenina de mediana edad que le enjugó con ternura el rostro y le dio de beber agua salada. Abrió los ojos y la tibieza del ambiente, la chimenea que ardía y el olor a comida guisada le hicieron recordar a su madre, y empezó a lloriquear en silencio.

Se quedó una semana y dos días en casa de Tony Mecca, hasta reponerse, en un pequeño trastero de la planta baja que contaba, por todo mobiliario, con un diván y un antiguo gramófono manual Berliner; al lado, nada más salir, se alzaban las remesas de *grappa* apiladas en cajones, el sótano olía a madera barnizada, a otoño noruego con abedules y alcornoques, a hojas podridas y primeras lluvias; se pasaba las noches con la puerta cerrada, sin moverse del sitio y sin pegar ojo, no fuera a ser que lo persiguieran las sombras, los espíritus y las voces, la muerte de su madre y por poco la suya; lo recogieron de la calle tres negros, le encontraron encima papeles y

pasaporte italiano y, dándolo por muerto, lo llevaron a la tienda de féretros de Tony, que tenía el negocio y la casa enfrente de la parroquia de la Virgen Carmiótisa, en el barrio italiano de Waterfront. La casa blanca de dos plantas que se hallaba en la calle 4 vibraba toda la noche con los bailes, el ruido de los tacos de billar y las guasas; en la planta de abajo estaba el establecimiento de pompas fúnebres y en el primer piso la casa: allí se juntaban desde bien temprano los italianos y bebían a escondidas en la planta baja, junto a los muertos, con la excusa de acompañarlos, con el bromista de Tony a la cabeza; Tony, que ayudaba a quien hiciese falta, hacía de traductor, de enterrador y de consejero sin cargo alguno, rellenaba papeles y solicitudes, enterraba a los necesitados, comparecía en juicios, ofrecía falso testimonio en caso de necesidad, y todo porque se le había metido en la cabeza la idea de participar en la arena política y subir al palco de la gloria póstuma. Era tal su fama y su influencia en la zona italohablante de Camden que, en los exámenes para el permiso de residencia, ante la pregunta habitual de «¿dónde se encuentra la Casa Blanca?», los italianos recién llegados respondían sin darle más vueltas «en la casa blanca, en la funeraria de Tony Mecca, calles 4 y Division, en la ciudad de Camden, estado de Nueva Jersey, Estados Unidos», y para estar seguros de quedar bien con lo divino, ponían entre paréntesis «justo enfrente de la parroquia de la Todopoderosa Virgen Carmiótisa, que grande sea su gracia».

Claro que milagros no acontecían con frecuencia, y si no tenías raíces italianas no ponías el pie donde Tony Mecca, ni que decir tiene si no eras de religión católica; para entrar, por tu propio pie o con los dos por delante, tenías que presentar los certificados y documentos necesarios, cómo iban a saber los afroamericanos que en el Dodecaneso también se llevaba documentación italiana y que estaban trasladando al pobre hombre a la parroquia equivocada y, cuando Peppito, la mano derecha de Tony Mecca, que no era ninguna lumbrera, abrió la puerta y se puso a darles voces, le enseñaron rápido los papeles y los sellos que le habían encontrado encima, y solo entonces los creyó y corrió a echar una mano, empujando entre maldiciones calabresas a los negros, como si fuesen cuervos asquerosos de mal agüero y contaminasen con sus sucias manos el cuerpo intachable y noble de un compatriota italoamericano que, para su desgracia, había ido a buscar fortuna en la *mama mia brutta anche bella America*.[12]

La rueda de la fortuna no tardó en girar; Tony Mecca lo tomó bajo su protección, le alquiló una habitación en Bergen Square y le prometió un jornal satisfactorio a condición de que le solucionase la papeleta: al principio le asignó pequeños recados, entregas de paquetes confidenciales o mensajes amenazadores, y le recomendó

que zanjase a porrazo limpio cualquier malentendido o confusión y, dos meses después, cuando Mecca comprobó que Andonis, además de tocayo, era persona de confianza y buena voluntad, le puso de apodo Nondas y lo metió de cabeza en el negocio: por las mañanas arreglaba junto con otros dos los cadáveres que cruzaban el umbral, por las noches se afanaban con las medidas para fabricar en el sótano una *grappa* casera y reconstituyente y, antes de que amaneciese, cuando aún era noche cerrada, cargaban las petacas de cristal en los coches fúnebres y las mandaban con Peppito, el lechero, a unos pocos clientes elegidos y a amigos de distinguida posición.

Y, entonces, durante una descarga impecable con Peppito en el papel de lechero, Sergio al volante del coche fúnebre y él vigilando en el asiento del copiloto, la vio por primera vez, cruzando ligera la calle Cooper, y con la primera luz del día se fijó a la vez en su pelo rubio, en los cerezos florecidos, en las carreteras anchas y limpias, en las estéticas mansiones y en el cielo de alabastro, y sintió que se le encogía el corazón, como si un torno lo oprimiese hasta el suplicio, antes de desviar la mirada y tomar de nuevo el control mientras Gina, el coche fúnebre, arrancaba con un chillido sordo y giraba con torpeza a la derecha en la esquina siguiente. Aquella misma noche le dio fiebre, unas décimas que no bajaban de ninguna manera, congestión y catarro, y un tembleque que lo atormentaba y le sacudía todo el cuerpo; llamaron al médico, porque habían visto a muchos sucumbir a la tuberculosis, el doctor Yakolski llegó con retraso, maletín en mano, y después de darle muchas vueltas a la cosa, bebió, comió, se encendió su puro y dictaminó con sobrada certeza que el enfermo sobreviviría, y que si algo le ocurría era que no aguantaba la primavera, los cerezos y los magnolios, los tilos plateados y las falsas acacias; hablando en plata, que padecía rinitis alérgica. Y cuando el doctor Yakolski se largó, ya pasadas las dos, Nondas se armó de valor y le preguntó asustado a la bondadosa señora Mecca si le ocurría algo serio, si la cosa tenía mal cariz, y ella sonrió con complicidad, le guiñó un ojo y le hizo señas al tiempo que decía con la boca llena de migas *io sono sigura que ti abbiano fatto il malocchio*.[13]

Y a lo mejor no era exactamente mal de ojo lo que había noqueado a Nondas, sometiendo su resistencia corporal a base de sucesivos estornudos, ojos rojos y una nariz que, cual grifo averiado, no dejaba de gotear, pero él estaba seguro de que lo que le pasaba tenía sus raíces en la naturaleza femenina y sus ardides, y que si quería librarse del yugo y del influjo del mal tenía que buscar y encontrar a la belleza rubia, y cuanto más buscaba más se desesperaba, porque Camden era un pequeño pajar y él venga a buscar la aguja que se le había clavado, y cuanto más buscaba más lo picaban con pellizcos, zancadillas y guasas Sergio y Peppito, pero él no se daba por vencido, aguardaba y

se resistía al orbe al completo al grito de «achís, achís», mientras se frotaba los ojos, se limpiaba la nariz y la boca, «pero qué suerte la mía, achís».

Se fue la primavera, llegó un breve verano y los síntomas se aplacaron en cierto modo, y poco antes de noviembre la vio un atardecer por la ventana, de pie en la acera, sacudiéndose el zapato para librarse de una china molesta, y Nondas no perdió el tiempo, se puso el abrigo y salió a la calle para hablar con ella, pero vaciló y no llegó a tiempo, así que empezó a seguirla y, cuanto más avanzaba y la miraba, menos seguro estaba de que fuese ella, algo en su pelo rubio rojeaba, la vez anterior no se había fijado en aquellos mechones cobrizos, o acaso es que, como se estaba poniendo el sol, el cielo rosado se reflejaba en su pelo, la siguió y llegó hasta el barrio irlandés de Pyne Point, un poco más y al fondo se vería Petty Island, era una noche extraña que daba ganas de creer en fantasmas, espíritus, piratas y corazones saqueados, hasta el punto de jurar por ellos, no había ni un alma por la calle y Nondas tenía miedo hasta de su aliento y de su sombra, sus pasos se sintonizaron con los de ella y las venas se le cargaron de adrenalina, ella oyó su respiración tras de sí y sus pasos ligeros y torpes, se dio la vuelta para gritar y, antes de que le diera tiempo a reaccionar, Nondas la apresó entre sus brazos, la arrastró e hizo lo que pudo a escondidas, a hurtadillas y a toda prisa, y si te he visto, no me acuerdo: se le olvidó, lo dejó atrás, lo abandonó en la oscuridad espesa, asfixiante y rígida.

Llegó el invierno, el espejismo femenino se disipó y Nondas volvió a su antiguo yo, los negocios crecían y los pedidos aumentaban, la producción casera no era suficiente para abastecer a los distinguidos amigos de los amigos; al principio pensaron en dedicarse a importar de contrabando desde los lagos helados de Canadá, pero había grandes intereses en Filadelfia y bandas implacables, y Mecca no quería mezclarse todavía con mafias ni meterse en camisas de once varas, su vida estaba en la funeraria y el dinero que sacaba del otro mundo bastaba y sobraba de momento, así que se plegaron a las leyes infalibles de la oferta y la demanda local, y mientras la ciudad siguiese seca y la gente sedienta de alcohol y emociones, mejores serían el sueldo y la propina.

Y las cosas estaban tranquilas y así habrían seguido si el 22 de diciembre de 1924 no hubiese llegado a la casa Mecca un paquete rectangular de embalaje caro y con un lazo color rojo vivo que quedó por allí olvidado. El paquete iba huérfano de tarjeta, remitente y destinatario, pero, pese a todo, dada la época del año, no levantó sospechas que alguien quisiese expresar su agradecimiento de manera anónima a la familia Mecca; además, de vez en cuando, y más aún los días de fiesta, los miembros de la familia tenían la costumbre de

reunirse con los amigos íntimos y los colaboradores e intercambiar regalos bajo el árbol navideño adornado. Era la víspera de Navidad; la señora Mecca no había tenido tiempo de comprar los regalos para los invitados, sus hijas habían ido a la modista para que le diese los últimos retoques a los primorosos vestidos que se pondrían para el baile de Año Nuevo, Tony tenía una cita importante con el senador republicano Spacy en Central Watertown para comer y recaudar votos, y ella tenía que preparar la casa y meter la oca rellena en el horno mientras Sergio mondaba con impaciencia un barreño lleno de batatas naranjas refunfuñando entre dientes, porque a él no le hacía mucha gracia que el ave llevase tanto relleno; prefería cien veces el congrio frito marinado en hojas de laurel y dientes de ajo.

Según se acercaba la hora de la cena de Nochebuena, la señora Mecca iba sintiendo los nervios a flor de piel y, como no le quedaba otro remedio, llamó a Peppito y a Nondas, que se habían puesto hacía rato el traje de fiesta, les felicitó las pascuas, elogió su laboriosidad y su entrega, y les dio ni más ni menos que diez dólares en mano para que fuesen a comprar los regalos que faltaban para los invitados. Eran las cinco de la tarde pasadas y, fueran donde fueran, las tiendas llevaban rato cerradas; les invadió la desesperación, porque la señora Mecca había depositado en ellos todas sus esperanzas, y solo pillaron al viejo Stein por la calle, con un manojo de llaves colgado del cuello, arrastrando los pies; le dieron toda la coba del mundo para que les abriese y cuando, para convencerlo de sus intenciones, le enseñaron los diez dólares arrugados en la palma, el judío negó con la cabeza y dijo que él no hacía las cosas a medias, y que, si de verdad querían que les abriese la tienda, se rascasen los bolsillos a conciencia y contribuyeran ellos también a los obsequios. Y por mucho que se los rascaron y palparon las costuras, no encontraron nada de valor para hacer cambiar de opinión al viejo y, cuando le dijeron que en total juntaban diez dólares y treinta centavos, se sacó las manos del abrigo y agitó el pañuelo, porque, solo entre abrir la tienda y encender la luz y la caja, calculaba un gasto, junto con las horas extras, de por lo menos doce dólares en mercancía. No tenían otra opción, corrieron tras él y lo detuvieron, le prometieron que le llevarían los dos dólares restantes esa misma semana con intereses de cinco centavos por cada día que pasase, se dieron la mano y todos juntos se dirigieron con paso ligero a la calle de la tienda.

La cena fue todo un éxito, hubo comida hasta la saciedad, las raciones eran opulentas y el vino tinto corría como la espuma, obsequio de Rigoletti, el suboficial invitado, que siempre cuidaba de que los bienes embargados encontrasen refugio en casas hermanas y, poco antes de colocar los cubiertos para el postre a la luz de las velas, Tony Mecca puso en el gramófono a Pasquale Feis cantando los

villancicos sicilianos con gaitas y las extrañas *zampogna*, y la señora Mecca se santiguó piadosamente y conminó a los comensales a que se reunieran en torno al árbol para sortear los regalos, que centelleaban con paciencia bajo las bolas lustrosas y los adornos de papel brillante, mientras que Nondas y Peppito, con las mejillas encendidas por la bebida, se relajaban más anchos que largos.

Y se abrieron los regalos, y en algunos casos se intercambiaron según gustos y preferencias personales, y la señora Mecca, que hasta entonces estaba ocupada sirviendo un esponjoso tiramisú, dio un grito al apartar la tapa de la caja rectangular, y de dentro de la caja surgió un traje blanco de una sola pieza y un ridículo gorro en punta que, una vez desdoblados y acoplados, formaban un rostro de pesadilla: el de la moral intachable y protestante del Ku Klux Clan, defensor, guardián y custodio de la eugenesia anglosajona.

III

nenúfar:
fuera del agua
fuera de sí[14]

Cuando está triste, a Basil le da por cocinar; cuanto mayor es su aflicción, mayor es el grado de dificultad de los preparativos y la ejecución; los manjares más imaginativos los ha probado Susan durante las grandes peleas, durante las decepciones personales y durante las etapas de ansiedad por su precaria economía que los asaltan de vez en cuando, últimamente cada vez con más frecuencia, parece, o tal vez sea cosa suya, que de repente todo se le hace un mundo: sus decisiones llenas de incertidumbre, el amor mutuo, su hija y el presente, que tanto le recuerda al pasado; hace nueve años Litó era un bebé, cuántos años tenía, tres, no había cumplido siquiera los tres cuando se declararon los incendios, la ciudad se pasó ardiendo tres días y tres noches, tres días saqueando tiendas y casas, así empezó todo, de repente a finales de agosto dos policías le dieron una paliza a un motero hispanohablante y, ni cortos ni perezosos, lo mandaron a cuidados intensivos, la noticia corrió como la pólvora, fue de boca en boca por los barrios pobres, africanos y portorriqueños cogieron palancas de hierro y antorchas y se aliaron ante la amenaza y la insensibilidad de los cuellos blancos, declararon la guerra y juraron venganza en una noche, en nombre de Horacio Jiménez, mártir, y mientras él se debatía entre la vida y la muerte en cuidados intensivos, Susan rogaba para que los médicos lograsen mantenerlo con vida costase lo que costase, porque se temía lo peor, y mientras el cuerpo de Horacio exhalaba al amanecer su último suspiro, Basil se preguntaba qué había pasado para que se concentrase tanta furia y tanto odio, qué había azuzado aquella lengua ardiente que había salido antes de amanecer a tragarse la ciudad entera. Pocas horas más tarde Camden se llenó de anuncios de alquiler y de venta, en una semana cayó en picado el valor objetivo, la gente abandonó de forma definitiva casas y patrimonios, quién se lo iba a imaginar, y entre aquellas ruinas humanas y mobiliarias, Susan, Basil y la pequeña Litó.

Susan lleva ya un rato sumida en sus pensamientos y no se ha fijado en la camioneta blanca con gruesas rayas horizontales naranjas de U-Haul, la empresa de mudanzas, que vacía la casa de al lado de sus escasos objetos y sus muebles pasados de moda, o quizá sí la haya visto con el rabillo del ojo y haya registrado sin darse cuenta el ajetreo matinal, y todas las cuestiones sin resolver que su cerebro guarda enterradas se le echan encima para recordarle que la vida está claramente compuesta de acciones y acontecimientos, y las casas que habitamos están hechas de cemento, cristal, ladrillo y madera, solo los pensamientos quedan suspendidos en el aire, que es gratis y corresponde a todos por igual, y Susan, con su metro setenta y ocho de altura, permanece inmóvil, con la boca entumecida y las manos en la cintura, porque lleva rato mascando las palabras antes de tragárselas, y pensando, pensando, aunque quiere dejar de pensar, se traga las palabras, las terminaciones y las preposiciones, y de repente se gira y se da de bruces con Basil, lo coge de los hombros y lo sacude como si acabase de ocurrir algo tremendo y al mismo tiempo fantástico e importante que a él se le escapa, y no le anuncia que siguiendo un impulso ha tomado la inapelable decisión de largarse «ya está, se acabó, al carajo», sino que se limita a quedarse ahí plantada, rogándole enmudecida con los ojos cristalinos, que se han hecho más hondos, como si se hubiesen contagiado de los mares cerrados y la fiebre del Mediterráneo.

«Las tortitas con naranja están listas», le dice, y Susan vuelve en sí, «hay sirope de arce y miel de tomillo encima de la mesa», le informa a voces y Susan pasa de largo y sube la escalera a toda velocidad, son ya las siete y cuarto y Litó sigue en la cama, se le han pegado las sábanas porque no quiere ir hoy al colegio, desde ayer se hace la enferma: que si está ardiendo de fiebre, que si le duele la garganta, que si tiene tos y alguna infección respiratoria, sinusitis, o a lo mejor bronquitis, o hasta pulmonía.

Litó había frotado el termómetro con la palma, lo había puesto en el radiador, hasta había probado lo de la cebolla, con el asco que le daba, la había cogido a escondidas del armario de la cocina, y lo máximo que había conseguido eran unas décimas, treinta y siete con uno, y justo antes de entrar hecha un trapo en el coche, usó su última carta, dio patadas en el suelo, se puso a chillar, a llorar, mientras su madre la miraba con una frialdad casi calculadora, con aquellos ojos azul transparente que no parecían conmoverse por nada, y entonces Litó cogió impulso y dio un puñetazo con la mano derecha en la pared, y la mano se le amoró de inmediato, se le hinchó como un globo, y Susan tiró de la mano golpeada en el momento en que Litó dejaba escapar un chillido inarticulado de dolor verdadero, y ahora madre e hija se encuentran en las urgencias del hospital estatal, y el

simpático y canoso señor Malone coloca una escayola ante la sardónica sonrisa de Litó, que ya se ha perdido el examen de Historia Contemporánea Estadounidense, y la ceñuda mirada bávara de Susan, cuyas raíces cuentan con al menos tres generaciones de Suzanne enterradas.

El viejo Plymouth Cricket resuella en la curva, y Litó, en el asiento del copiloto, lucha con el cinturón defectuoso y con la escayola que no cabe entre las dos tiras enredadas entre sí, Susan aminora la velocidad, pone las luces de emergencia y para en el arcén derecho mientras espera a que Litó le pida ayuda, porque madre e hija no se hablan, y cada una tiene sus razones, justas o injustas, para mantenerse en sus trece, Litó está roja del sobreesfuerzo y Susan enciende la radio y baja el cristal, y mientras el pálido sol acentúa el contorno de su rostro descolorido, el presentador gasta saliva hablando de la carrera electoral entre Reagan y Carter, de que el Estado Mayor de Reagan tenía miedo de que Carter volviese a salir elegido tras haber asegurado en secreto la liberación de los diplomáticos estadounidenses que Teherán retenía como rehenes y de los esfuerzos permanentes de Carter para ganarse a la opinión pública y ganar las elecciones liberando a los rehenes estadounidenses antes del día de los comicios, y luego la voz del comentarista se disipa, mientras la música ocupa los hercios y los Smokie cantan el *Stumblin' In*.[15]

Susan gira la cabeza hacia la portezuela y tararea, aunque no se sabe bien la letra, y sin embargo es como si se la supiera, el ritmo y la melodía le resultan familiares desde hace tiempo y, cuando vuelve la mirada hacia afuera por la ventanilla abierta, ve dos ojos oscuros clavados en ella, mirando a madre e hija con curiosidad, y Litó, que percibe que algo ha cambiado en el ambiente, libera el cuerpo y la mano rota del cinturón y mira hacia la derecha, para encontrarse con el asombro y el saludo tímido de Minnie, que baja la mano y encorva los hombros y la cabeza como si hubiese franqueado una frontera mental, luego endereza en la espalda la mochila, que le queda un poco grande y pesa demasiado porque va muy llena, y continúa su solitario camino con una leve cojera en el pie izquierdo, porque no lleva zapatillas de deporte, y ya ha recorrido una gran distancia, los zapatos le hacen daño en el meñique y está segura de que, si se para ahora, no lo conseguirá, y se lo ha propuesto en secreto, porque los objetivos tenemos que alcanzarlos cueste lo que cueste, y si queremos algo de verdad, lo conseguimos, y ella desea con todo su corazón llegar ese día a su destino, porque ha hecho todos los deberes, y todos los ejercicios de aritmética, y no hay mayor felicidad que los parabienes y las felicitaciones de sus profesores.

Susan le pregunta a Litó quién es la chica de las trenzas desiguales

y la mochila grande a los hombros que parece conocerla, y Litó se encoge de hombros y no le responde, solo se rasca con insistencia el brazo, que le pica, pasándose un portaminas por el hueco de la escayola; Susan se irrita con los malos modales de su hija, algo en la chiquilla desconocida la moviliza, pero no hace nada, tiene demasiadas cosas en la cabeza desde la mañana, apaga la radio, arranca y tuerce, la casa no queda lejos, más o menos a cinco minutos, y Minnie desaparece de momento en línea oblicua de su campo de visión.

Basil Cambanis está inclinado sobre su hija adoptiva y escribe con un rotulador indeleble de punta gruesa en la escayola «que te mejores, cometa», cómo se le parece, tiene gracia, será por el mechón rebelde que salta cada vez que sacude la cabeza y le cubre el ojo derecho aunque ella se lo aparta para ver, como si ese gesto fuese lo más natural del mundo, se le parece en la facilidad que tiene para sacar de quicio a Susan con su frivolidad, sus continuas exigencias y su terquedad de mula, como se les meta algo en la cabeza al padrastro o a la hija, se cierran en banda; Litó se aparta el mechón, lo justo para ver qué anda haciendo en la escayola su padrastro, que ahora le guiña un ojo lleno de complicidad, «pero ¿cómo se habrá golpeado con la pared?», finge preguntarse en voz alta y, en lugar de Litó, responde Susan, con contenida naturalidad, «fue a coger el termómetro, que se le había resbalado de la axila», y Litó, irritada, replica «dejadme tranquila», y desaparece dando un portazo, porque cómo se atreven a burlarse de ella con tanto descaro, en sus propias narices, junto a las que corre una lágrima de furia y de cólera, porque sigue oliendo la peste a cebolla, no se ha ido, se ha quedado atrapada en el vello púber de su axila.

Basil y Susan sonríen con complicidad y unas arrugas delgadas, que recuerdan a las raíces de un árbol enclenque, les surcan la comisura de la boca y de los ojos, Susan le alborota con ternura el pelo y Basil le coge la mano y se la besa, «¿qué vamos a hacer con esta niña?», se pregunta Basil —pregunta retórica sin respuesta—, «ha salido a mí», reconoce Susan, «no hace caso a nadie», agrega Basil, «ya crecerá», concluyen ambos a la vez, y ese diálogo es el analgésico y el reconocimiento de que las cosas tomarán su camino, y de que el tiempo todo lo lija, las imperceptibles fisuras que aún no se han convertido en grietas, las preocupaciones indeterminadas que no se han instalado en el cuerpo, las mentirijillas cómodas y sus extensiones, inciertas y engañosas.

Pocos minutos después, Litó baja la escalera de caracol de madera que une las dos plantas de la casa con la ropa de deporte y el abrigo colgado del hombro izquierdo, «¿dónde te crees que vas?», pregunta Susan con los ojos entrecerrados, «al entrenamiento», responde Litó

cortante, y Basil, que de repente parece desconcertado, balbucea, «mejor que no vayas hoy, cariño», «¿quién me lleva? Llego tarde», insiste Litó, Susan se acerca con aire amenazador a su hija, y Litó, que hace caso omiso y no advierte el peligro, la informa llena de irritación y descaro de que se encuentra perfectamente, «y un huevo», replica Susan, pero ya es tarde, porque Litó ha abierto la puerta de par en par y ha salido corriendo.

Litó cruza la calle con el brazo escayolado, y según corre parece un barco a la deriva que cada dos por tres se escora con una leve inclinación hacia la derecha; Susan apoya el brazo izquierdo en la puerta y la ve alejarse hasta perderse de vista, y Basil se coloca detrás de su mujer y posa la palma de la mano en su brazo, «¿por qué la has dejado marcharse?», y Susan se encoge suavemente de hombros, «¿y qué iba a hacer?», y el tono de su voz suena mucho menos despótico, hasta el punto de que ese matiz de disculpa la asusta, después su espalda se vuelve y cubre por completo la expresión de su rostro, y la pesada puerta de seguridad se cierra tras ellos con un crujido despreocupado, como sus vidas, ordenadas y bien armonizadas de momento.

Basil aparca su abollado coche familiar en el pequeño aparcamiento del *diner* Ariadni, son casi las once y dentro de un momento llegarán los clientes del mediodía de las oficinas y los escasos comercios de los alrededores, Sally lo saluda a través del cristal empañado, mientras Veronica sirve en vasos de papel decorados con ánforas y el Partenón medio café gratis al viejo Mike y al borrachín de Tyson, que son como las mascotas del barrio, llevan cuatro años en la calle, con los vasos de papel de aparcamiento en aparcamiento, en las puertas de los edificios abandonados, en los pórticos calientes de los bancos, en las entradas de las tiendas, hasta que los pillan los empleados de seguridad y los polis, que los mandan un poco más abajo, lo justo para bajarles la moral, para hacerles comprender por las malas que nunca podrán encontrar reposo ni refugio en sitio alguno, y que se pasarán la vida dando vueltas, arrastrando las cajas de cartón y las mantas viejas por aquellas cinco calles.

Basil entra en el *diner*, saluda a sus chicas, que han llegado a los sesenta, si es que no los han superado, y se pone con la correspondencia y las facturas, que corren y le vacían los bolsillos, los beneficios del mes son escasos y es digno de asombro que su cuenta bancaria siga aguantando, aunque no se sabe cuánto durará, porque Litó crece al mismo tiempo que sus necesidades, cómo la van a mandar a estudiar a un *college*, con qué dinero, claro está que siempre queda la solución de la universidad pública, que tiene una matrícula más asequible, eso sí, aunque de todos modos sigue siendo una

cantidad nada despreciable, que no sabe si está en situación de pagar, Dios mío, qué rápido crecen los niños, ¿cómo se las va a apañar? Entre las cartas y las obligaciones descubre folletos que alaban productos inútiles, catálogos que invitan a viajes míticos, panfletos con las enseñanzas de los Testigos de Jehová y propaganda futurista sobre la secta de la cienciología, Dios mío, cómo está el mundo, va de mal en peor, qué hará él, los impuestos sobre la renta lo tienen con el agua al cuello, la gente no tiene trabajo y los precios no hacen más que subir, la puerta del *dinerse* abre, suena la campanilla y los primeros clientes se sientan a la barra para pedir la especialidad de la casa, un verdadero suicidio: pan tostado en la plancha, relleno con una gruesa loncha de chóped Spam,[16] doble ración de huevos fritos y un buen montón de queso *cheddar* derretido, todo ello acompañado de medio plato de cebolla frita cortada en rodajas.

El aceite de girasol chisporrotea en el fuego y forma enormes burbujas doradas que amenazan con explotar y salirse de la freidora, Veronica echa las rodajas de cebolla precocinadas junto con las patatas congeladas y las extiende en capas para que adquieran el deseado color tostado; Basil se distrae, su mirada se pierde en la freidora, como contando cuántas burbujas caben en ella antes de que empiecen a estallar y a salpicar los azulejos, grasientos por el tiempo y con las juntas llenas de mugre; antes de que Sally coloque los cubiertos y sirva el café de filtro a los clientes, que se pueden contar con los dedos de una mano y pocas veces piden el tentador *yiros* o el *tsatsiki* aguado; antes de que Susan entre en el antiguo coche que Basil le regaló en su primer aniversario y por el que nunca sintió simpatía, porque es de color verde gusanito y tiene el morro feo, como si fuese un grillo gigante y contrahecho.

Minnie gira en la avenida Fremont y ve su colegio, que se alza en mitad de la calle como un correccional de menores y enmarca la manzana con sus paredes blanquecinas y sus portillos color burdeos carcomidos por el óxido, y acelera el paso a pesar de que le duele el meñique; es evidente que le molesta porque cojea, pero bueno, ya quedan solo unos cuantos pasos para la entrada principal de la calle Stevens, y seguro que llega a tiempo a la clase de Física que tanto le gusta, todas esas fuerzas que luchan entre sí para mantener a raya y en armonía los objetos amenazadores que las rodean, la energía cinética que se esconde en los puños de su hermano cuando el cuerpo de Minnie se convierte en saco de boxeo y, como tal, reacciona y oscila, y esa oscilación interior decreciente la devuelve a su posición inicial de inmovilidad a cambio de una nueva vivencia frustrante; todo lo que odia y ama y cree más o menos comprender, aunque son términos difíciles de pronunciar, conceptos complicados y esquemas complejos, fuerzas motoras que la derrotan, fantasmas centrífugos que

trasnochan y de vez en cuando, del miedo, le mojan la cama a Minnie.

Abre la puerta del aula y las miradas de sus compañeros se clavan en ella llenas de estupor, antes de convertirse en susurros y risas burlonas por su atuendo, que desentona por estrafalario y pobre, y el enjuto señor Brown, con sus gafas de carey, le hace un gesto para que se acerque a la tarima y le pregunta por qué llega tarde, y Minnie no sabe por dónde empezar, por su hermano Pete o por la noche en blanco que ha pasado, por la histeria de su madre o por su meñique dolorido porque le aprieta el zapato, por sus trenzas mal cortadas que acaba de recordar y que sus dedos recorren sin querer para medir de nuevo los centímetros ausentes, o por la ropa que no encontraba en el cajón y el autobús matinal perdido por los pelos, y el señor Brown, que no tiene paciencia y no aguanta los silencios inciertos sin causa, le dice que se siente de inmediato en su sitio, que ya ha interrumpido bastante la clase, y que tiene que quedarse cuando termine la lección para completar el control que acaba de perderse.

El último timbre ha sonado hace poco y el aula de la séptima clase se ha quedado vacía de alumnos y sonidos, el autobús escolar se ha marchado a su hora, el señor Brown corrige los exámenes y Minnie araña el papel con su lápiz de extremo masticado, parece que al final no iba tan bien preparada, y siente que le zumba la cabeza, es un control de tipo test pero con preguntas trampa, de vez en cuando salta como una liebre una pregunta que está segura de saberse, y luego lo correcto y lo erróneo se confunden y forman un borrón enorme que no tiene principio ni fin, y el señor Brown levanta la cabeza y la observa, pero su mirada es indiferente, no da indicación ni tiene dirección, y de forma inevitable vuelve a sumergirse en los exámenes, y ahora Minnie se distrae y se mira los zapatos embarrados de suelas agujereadas, que se parecen un poco a unas manoletinas flácidas, y empieza a girar mentalmente en salas de baile, saltando ligera sobre el parqué, cada vez más alto, cada vez más alto, hasta el techo, pero no hay techo, porque los sueños no tienen techo, y casi se le cierran los ojos, los párpados le pesan cada vez más, le pesan, y se le nubla la vista, hasta que su barbilla choca contra el pupitre con un golpe, y entonces recuerda que la respuesta correcta para la pregunta 17 es la B y que la letra G simboliza la constante internacional de la gravedad, la gravedad que, de repente, bruscamente, hace aterrizar a todo el mundo en algún momento.

Susan no tiene intención de echarse a la calle a buscar a Litó, pero, según pasa el tiempo, algo la espolea y la preocupa, y de ese modo decide pasar por el estadio de los Leones a la hora en la que el equipo femenino ejecuta el último *sprint* antes del tradicional amistoso al final de la semana, se detiene en la heladería de Charlton, el pelirrojo, y en la tienda de discos de Friedman, el anarquista, le pregunta a Sylvia, la

solterona octogenaria, que siempre ha deseado en vano que la llamen señora Janetson, y que, en cuanto asoma el sol, aunque sea un poquito, arrastra hasta la entrada de la multitienda de su hermano una silla desvencijada de metal donde se sienta para que descansen los huesos de la artritis, según afirma, pero por mucho que busca y pregunta Susan, no encuentra respuesta, su hija ha vuelto a desaparecer, como suele hacer cuando no se sale con la suya, y Susan se rompe la cabeza pensando dónde puede haberse metido, y está a punto de mandarlo todo a paseo, pero no tiene otra opción, así que pone el piloto automático y se mete en el coche para dirigirse hacia un lugar donde no cree que su hija se haya escondido, el centro de secundaria de East Camden, porque hace tiempo que se ha dado cuenta de que lo que desaparece y ella busca con obstinación suele encontrarse, fuera de cualquier explicación lógica, acomodado, repanchigado en su sitio original, delante de sus narices.

Aparca el coche cerca de la entrada principal, la de la verja de hierro con la fecha de construcción del edificio grabada en piedra e incorporada al cemento ocre, «agosto de 1968», y Susan se queda en mitad de la calle, con la llave del coche en la mano, ni avanza ni retrocede, porque acaba de acordarse de las pelusas que ha escondido esa mañana debajo de la alfombra; por mucho que limpie durante el día, los muebles, por la noche, cogen una delgada capa de polvo y se burlan de ella, y mientras vacila antes de dar un paso, dubitativa, temerosa de despertar a los recuerdos, se sube a la acera y advierte la masa humana que, acurrucada en el poyete, se frota con ternura los doloridos dedos de los pies, y Susan da un mal paso y se desploma junto a Minnie porque se marea, siente las piernas pesadas y la cabeza ligera, no ha comido nada en todo el día, no le ha dado tiempo y su estómago se queja, y ya hace un mes que se marea con mucha frecuencia, no será, pero no, imposible, las pocas veces que sacan ánimo para hacer el amor toman precauciones, un escalofrío le recorre la espalda y se le hielan los huesos, «¿no será..?», y Minnie de repente se encuentra sujetándola entre sus brazos, Susan está muy delgada, es su constitución, por mucho que coma siempre será delgada, y Minnie, aunque con esfuerzo, la sujeta para que no caiga en el cemento frío, y Susan vuelve en sí, su respiración es menos cortante, menos afilada, ya se encuentra mejor, abre los ojos y domina el desmayo, y aunque Minnie sigue sujetándola con fuerza, Susan le sonríe y dice «ya pasó», le dice, ya pasó.

Susan intenta convencerla de que entre en el coche, Centerville no queda tan lejos, es verdad que son las tres pasadas y es hora punta, y el atasco de las carreteras es un factor imponderable en cuanto a la rapidez y la facilidad con las que llegarán a su destino, pero Susan lo ha decidido, y ya que lo ha dicho y lo ha propuesto piensa hacerlo,

aunque Minnie niega con la cabeza, porque Luisa le ha hecho prometer por la vida de su madre que no entrará bajo ningún concepto en coches de desconocidos, por eso Minnie sigue moviendo la cabeza de izquierda a derecha, y la nariz le gotea, se va a poner mala, lo nota, lleva demasiado tiempo en la calle con el abrigo fino, y está chispeando, estornuda y le lloran los ojos, no sabe qué limpiarse primero con la manga, y ya no le quedan excusas ni resistencia, Susan la empuja con suavidad hacia el asiento del copiloto, le pone el cinturón y arranca, mientras Minnie tiembla de miedo y agradecimiento, y no sabe cuál de los dos predominará al final; Susan, que la ve tiritando, pone la calefacción a tope, y el viejo Plymouth Cricket se mete entre los coches y se interna poco a poco en la circulación, entonces Minnie ladea la cabeza y se duerme al principio de la avenida Cain con la boca entreabierta, babeando y dejando escapar un ronroneo, como unos imperceptibles rugidos, y Susan respira hondo, qué curioso que once años de matrimonio quepan apretados en un atasco, y por la ventanilla cerrada del coche observa en un sedán a la mujer mayor de muñecas delgadas y cigarro en la boca en la que se convertirá dentro de pocos años, al desconocido moreno que le recuerda su primer beso dado de refilón en la casa de árbol desvencijada que había en la granja de su abuelo, a la joven gordita que se ha quedado dormida al volante mientras el semáforo sigue en rojo, a la niña triste con la coleta tensa que cada dos por tres gira el cuerpo y la mira por la luna trasera del Chevrolet blanco, y la mirada de Susan vacila en el tiempo y el espacio y cae con fuerza y resignación en el rostro infantil de Minnie, que al abrir los ojos y desperezarse la devuelve a la impaciencia del ahora, siempre urgente y tozuda.

Minnie llama a la puerta para que Luisa le abra, con las prisas esa mañana no se llevó las llaves, se le olvidaron en la encimera de la cocina, y Susan espera en el coche para comprobar que la chiquilla entra en casa, pero la puerta no se abre, y Minnie llama una y otra vez, y Susan cierra el coche, se acerca a Minnie y le pregunta si hay otra ventana o una puerta trasera; Minnie la lleva hacia el lateral, a la ventana de la cocina, desde la que apenas se ve la calle, y Susan hace visera con las palmas y las coloca sobre el cristal para que no le dé el reflejo, y Minnie se pone de puntillas para ver, pero no llega, le faltan por lo menos treinta centímetros, y Susan nota cómo el aire frío de noviembre, que no hace más que arreciar, se le cuela bajo la camiseta, llegado de Montreal y del lejano Ártico que todo lo congela, menos el tiempo.

IV

Hay algo en estar cerca de los hombres y las mujeres y en mirarlos y en su contacto y su olor que complace al alma, todas las cosas complacen al alma, pero éstas le complacen en mayor medida.[17]

La señora Mecca está alterada, se ha cortado en el pulgar y ha quemado el *risotto* con *porcini*, no deja de salir sangre, mancha los azulejos limpios, una gotita por segundo, y la casa está desierta, Mecca y sus muchachos están en un funeral, las niñas en el coro de los miércoles, su cabeza no hace más que darle vueltas a un montón de cosas: la decisión inamovible que ha tomado su marido de presentarse a las elecciones con el Partido Republicano, sus hijas, que van creciendo y no paran por casa, el otro día pilló a Anna-Maria fumando a escondidas y la pequeña tuvo la cara de cerrarle la puerta en las narices; en cuanto a la mayor, Constanza, le da pánico que se le quede para vestir santos, con lo comedida y seria que es, ya podía tener un poco de picardía que la alegrase, pero más que ningún otro asunto la martiriza el pollo degollado y desplumado que ha encontrado esta mañana tomando el sol en su huerta con las patas abiertas, y que llevaba escrita con tinta indeleble la frase «*Dago go home*».[18]

Se santiguó tres veces, metió el ave en una bolsa de plástico negro y se marchó enfrente, a buscar el consejo y la opinión del sacerdote católico, porque Mecca no le hacía ningún caso, bah, mujeres, por mucho que le echase la bronca en Navidad, qué se le había perdido a él en la política, y con lo de la *grappa* casera se estaban pasando, como si no sacasen ya bastante dinero arreglando muertos y con las cajas, acaso no eran ya felices gracias a la desgracia ajena, ya bastaba de ambiciones, que cuando lo conoció recogía manzanas en el estado de Massachusetts, manzanas y castañas en los terrenos de Tyngsborough, estaba sin blanca y le prometió amor y la luna, pero ella se enamoró porque era franco y sobre sus hombros podía construirse una vida entera; lo que pasa es que ahora la construcción se ha escorado hacia un lado, como la extraordinaria torre de Pisa, pero ella no pensaba dejar que se saliese con la suya sin librar una dura batalla, y sabía que Mecca lo que necesitaba era un susto, lo divino y su cohorte de santos

alzarían un muro de contención hasta que la señora Mecca viese cómo convenía actuar, y de ese modo atravesó el umbral de la amarga confesión y lo contó todo o, mejor dicho, casi todo, se saltó y ocultó las cosas que los mandarían de cabeza a la prisión estatal, y, como prueba de los males y tribulaciones que la torturaban, colocó ante él la bolsa negra con el pájaro de mal agüero ritualmente destripado.

El anciano reverendo Cristóforo Leone, con su barriguita esponjosa y su barba gris, estaba comiendo a toda prisa su almuerzo sobre el altar, agobiado y harto de las continuas quejas y disputas del rebaño acerca de la financiación del nuevo campanario, para qué querrían el concierto y los preparativos para la lotería en pleno invierno, eso pensaba él, mientras masticaba el pan que ya estaba un poco seco, y las migas formaban sobre el altar montoncitos de desgaste e insignificancia, dónde iban a encontrar setenta y cinco mil dólares para las obras, de cuántos conciertos y bailes tendría que encargarse en nombre del Señor, Señor que, al parecer, según los fieles, deseaba una campana que sonase bien, con el fin de que llegasen armoniosos a sus oídos los rezos y las peticiones humanas, y cuando la señora Mecca atravesó el templo y se plantó ante él, el reverendo Leone se atragantó y se puso en pie de un brinco, y las migas de la sotana se diseminaron por el altar para gran placer de la señora Mecca, porque sin duda aquello le daba cierta ventaja, aunque fuese temporal, la de la omnipresente, todopoderosa y en este caso omnipotente culpa católica, ya que estaba segura y convencida de que el Señor no deseaba migajas resecas en su templo catedralicio.

En opinión del reverendo Leone, en las dos últimas semanas habían sucedido hechos misteriosos en su parroquia, como si alguien tocase con maldad una campanilla interna a horas inadecuadas y extrañas, y por mucho que se rompía la cabeza intentando aclarar el misterio, no sacaba ninguna conclusión, cómo explicar la cita con el pastor protestante Moore para un peliagudo asunto privado de tipo confidencial, el apresurado golpe en la puerta de la iglesia de antes de ayer, que sin embargo no se materializó en ninguna presencia tangible, y la inesperada invitación formal de la viuda Monica Sclavi a una cena para dos, por una cuestión que lo concernía de forma indirecta, ¿o había dicho directa?, su memoria era una esponja saturada de información y encuentros insustanciales, algo iba mal, nunca se sabe dónde se esconde el diablo, y Leone, que de escondrijos sabía lo que había aprendido en su Manduria natal, en la región de Tarento, tenía los ojos bien abiertos y la boca sellada, hasta saber qué demonios eran los que movían los hilos, cuál era el plan maligno e inestable, y de ese modo arrastró los pies y saludó con toda la reserva posible a la señora Mecca.

«Satánicos», exclamó el reverendo Leone, no cabía duda, y

examinó el ave manchada con la consigna racista, y de inmediato le pidió a la señora Mecca que intentase recordar si le había llamado la atención alguna otra cosa fuera de lo común, siniestra, y la señora Mecca bajó la mirada y masculló entre dientes, «no», nada que merezca ser mencionado, porque su marido había tenido buen cuidado de explicarle que el traje del Ku Klux Klan no era solo una farsa carnavalesca en plena Navidad, sino que algún rival suyo le había soplado al lado irlandés de la ciudad que en Little Italy vendían *grappa* casera y que se estaban perdiendo ganancias, no muchas, pero importantes de cualquier modo, y que tenían que ocuparse del asunto lo antes posible, por lo menos mandar un mensaje, una amenaza que los hiciese entrar en razón, de modo que Bobby O'Ryan, de padre protestante y madre católica, se ofreció a hacer de intermediario e informó a la vieja guardia puritana y anglosajona, que veía cómo se tambaleaban sus valores y cómo los jóvenes se veían arrastrados a bailes inmorales y se entregaban a las drogas o al alcohol adulterado; y de ese modo, dos hermandades rivales, la irlandesa y la inglesa, tomaron esa misma noche la decisión de actuar en conjunto, de forma preventiva, y si el aviso no funcionaba tenían otros recursos a su disposición, igual de imaginativos y, según había demostrado la experiencia, de una innegable eficacia.

Y antes de que la señora Mecca reconociese que no servía de nada intentar atajar la vanidad electoral de su marido, el reverendo Leone llamó al agente Rigoletti para discutir aquel preocupante asunto, que sembraría el pánico en la pequeña comunidad si la gente se enteraba y si tomaba dimensiones a lo largo de las semanas por venir, porque en el rostro encendido de la señora Mecca vio reflejados sus miedos, sus responsabilidades y omisiones, y la señora Mecca, que tenía muchas cosas en su torturada cabeza, vio en una vidriera de la iglesia la sombra de Tony Mecca, alzándose cual Dios castigador y levantando con severidad el índice mientras la acusaba de que una vez más lo había estropeado todo, que había dado al traste con todo, que lo había puesto todo *sottosopra*,[19] y que podía ser que en la cocina sus extrañas maniobras diesen fruto y buen resultado, pero que en la carrera electoral y en su vida todo estaba planeado, calculado, medido una y mil veces y de distintas maneras, y claramente determinado.

El segundo pollo odioso hizo su aparición en el salón la noche siguiente, por la ventana derecha que daba al jardín, en el momento en que la señora Mecca intentaba darle coba a su marido para comentarle los sucesos del día anterior, porque había hecho prometer al sacerdote y al policía que no dirían ni una palabra hasta que ella expusiera sus argumentos y justificase su apresuramiento y su iniciativa de mezclar a más personas en un asunto puramente familiar; pero, antes de que le diese tiempo a abrir la boca, un estruendo

ensordecedor los mandó a todos de bruces al suelo, y cuando levantaron la cabeza para ver qué había pasado y de dónde venía, se toparon con el cristal hecho añicos y los ojos como platos de un gallo bien hermoso, y la señora Mecca, que no soportaba tantas emociones juntas, se tapó la boca con la mano y se dirigió a toda prisa a la cocina, donde, mientras la sacudían unos incontenibles sollozos, pensó que iba a tardar bastante en volver a comer gallina a la *cacciatore*, y de repente, como una tormenta de verano, cayeron sus lágrimas sobre la encimera y el suelo.

El miniconsejo familiar se reunió esa misma noche en la planta baja, junto a los féretros y las damajuanas de *grappa* listas para entregar. El suboficial Rigoletti se pasó toda la reunión dando vueltas en su asiento sin decir palabra, algo no le encajaba en todo el asunto, tenía la sensación de que aquella noche estaba en juego su carrera, coger al senador Spacy y hablar con él sin tapujos era una acción temeraria y desesperada, no daría frutos, pues sus votantes eran sobre todo anglosajones chapados a la antigua que no querían que cambiase nada, y enfrentarse con el grupo irlandés y sus intereses económicos, que se extendían por toda la costa nordeste, era un auténtico suicidio, tenían que actuar de forma inteligente y silenciosa, llegar a un trato que a lo mejor reducía de forma drástica sus ingresos y su sobresueldo, pero que traería la deseada reconciliación para que todos pudiesen coexistir y que cada uno tuviese su parte de ganancias, según los medios y las posibilidades con las que contase en los antros y fincas ilegales, tanto en la ciudad como en la periferia.

No obstante, lo que son las cosas, Tony Mecca contaba con aumentar los ingresos gracias a la producción casera, y su deseo secreto era extender las actividades a la vecina Filadelfia para financiar su campaña electoral, y más en un momento y una coyuntura tan prósperos, porque en pocos meses iban a terminar de construir e inaugurar el gran puente Benjamin Franklin, que se avanzaba a toda velocidad y uniría la metrópolis de Filadelfia con un Camden prometedor, los separaban dos millas de carretera que podían amasar fortunas en un periquete, ya se hablaba del segundo Brooklyn, el gran Camden, que por fin se materializaría y dejaría de ser el satélite urbanístico de la multitudinaria Filadelfia; había planes que aportarían más desarrollo, más inversiones, construcciones costosas, bulevares hermosos y calles cuidadas, parques y hoteles de lujo.

Pasaba el tiempo, faltaba poco para que amaneciese y no habían tomado decisión alguna ni habían sacado conclusiones, daban vueltas por la planta baja como pollos mareados, rumiando una y otra vez los mismos argumentos, hasta que Nondas tomó la palabra y propuso lo más evidente: que se aliasen con los irlandeses, que les vendiesen la *grappa* a precio de mayorista y que los pelirrojos se encargasen de

repartirlo al por menor en casas y tugurios, nadie saldría perdiendo de un acuerdo así, el margen de beneficio era suficiente para dividirlo por la mitad, y eso por no hablar de que se ahorrarían tiempo y esfuerzo, no estarían todo el día en el coche fúnebre repartiendo y eso les permitiría aumentar la producción, y por tanto las ganancias, y, antes de que concluyese, los ojos de Tony Mecca empezaron a soltar chispas, pues claro, *ma que cazzo*,[20] el griego tenía razón, cómo no se le había ocurrido, ese mismo día mandaría a un mensajero a informar de que solicitaba una reunión secreta y de que ya era hora de que actuasen en conjunto, como hermanos, en la ciudad, por el bien de Camden y de la época de modernidad que despuntaba.

La reunión tenía que celebrarse en terreno neutral y, en efecto, así se acordó, el trato era encontrarse en Dudley, en el este de Camden, en las habitaciones traseras de una floristería que no bien anochecía se convertía en casa de juegos, y los dados caían al suelo entre apuestas y lamentos en griego, y, en cuanto se acercaba la noche, un gramófono cansado y mal conservado arañaba canciones rebéticas y esmirniotas a todo trapo, y a la señora Marica[21] le daba por el *amanés*[22] y una decena de bocas la acompañaban en susurros, entre humo, llantos y cigarrillos de hachís, y cada dos por tres se oía que los corazones y el aliento de los parroquianos daban un vuelco, y en lugar del latido y del ritmo perdido se oía el tintineo de los dados, que se llevaban la alegría para devolver a cambio malos ratos.

Stámulas era un personaje que como mucho llegaba al metro sesenta; tenía muy malas trazas y una fea cicatriz en el cuello de una buena caída en la obra, se había tropezado mientras construían una mansión y aterrizó desde unos diez metros, salió vivo de milagro, y cada domingo iba a Filadelfia a encenderle una velita a San Yioryios, sin falta, se lo había prometido al Señor a condición de no padecer ninguna mala caída más, y mientras las cosas fuesen bien él mantendría su promesa, gracias a Dios la floristería daba dinero y lo que no sacaba con las flores lo completaba con el juego; se le ocurrió un día en la obra, los polacos y los italianos se estaban jugando el jornal con los dados encima de una manta desgastada que tensaban con cuidado, para que no quedase ni una arruga y los dados rodasen suavemente y en línea recta, Stámulas era muchas veces el que montaba guardia para que no los trincase ningún ojo indiscreto, los juegos de azar estaban prohibidísimos, y si pasaba algún curioso daba un golpe con el martillo en las soldaduras, señal de que la costa no estaba despejada; entonces envolvían los dados en la manta y se hacían los suecos, como si solo pasaran por allí.

El griego les dio la habitación de atrás, la que daba al patio interior, al lado de la salida de emergencia, veinte metros cuadrados como máximo, lo justo para que cupiese una mesa redonda y cinco

sillas desvencijadas, había mala luz y las paredes estaban amarillentas de humedad y mugre, arrastraron las sillas y empezaron rápido las negociaciones; Neal, el esbirro del Gran Ray, jefe del noroeste de Camden, se quedó de pie, en posición de firmes, y Nondas, junto a la puerta, no movía pestaña por si entraba algún policía despistado; Tony y el Gran Ray se sentaron en la mesa, y junto a ellos Rigoletti y Bobby O'Ryan, que eran testigos e intermediarios en el acuerdo; quedaba una silla vacía a un lado y, mientras asentían para que empezasen las conversaciones, apareció el reverendo Leone, los miró a los ojos uno a uno y suspiró de golpe mientras movía la cabeza con un «Dios mío, perdónanos a nosotros, pecadores», y en ese momento todos agacharon la mirada, porque, además, en aquella mesa la mayoría de ellos eran católicos, y el sentimiento general de la religión y el miedo del castigo divino hacía mella en todos, incluso en aquellos que nunca habían puesto un pie en una iglesia ni en una ermita, como Neal, que desde pequeño pensaba que los curas eran gafes, además, a sus padres se los cargaron en una ermita, en Belfast, diez tiros a bocajarro, como castigo por ser miembros fundadores del Sinn Féinn, [23] y el reverendo Leone, para que se notase aún más su presencia, se santiguó con lentitud tres veces y dio la consigna de que se encontrase una solución pacífica y de consenso que apaciguase a los hermanos.

El gran escollo de la conversación eran los porcentajes: los irlandeses no veían con buen ojo el reparto a la mitad, porque encima la red de carreteras y marítima que iban a usar los «macarroni» era de ellos, como los contactos, los camiones y los barcos, así que tendrían que rebajar sus exigencias, solo de ese modo conseguirían encontrar el punto intermedio, y Tony no se apeaba del burro, porque el sesenta y cinco contra treinta y cinco que le proponían los «pelirrojos» era un robo a mano armada, no tenía intención de dar su brazo a torcer, cincuenta y cinco contra cuarenta y cinco era lo máximo que podía ofrecer, y los dedos del Gran Ray tamborilearon rítmica e impacientemente sobre la mesa; como el diálogo no iba a ninguna parte, cogió el sombrero y se levantó, y tras él Neal, que señaló con el dedo primero a Tony y luego a Nondas, pulsó dos veces un gatillo imaginario y se marchó, mientras que tras él los dos muertos vivientes luchaban por ponerse en pie; sobrevivirían, la cuestión era cómo y durante cuánto tiempo, es decir, que había que hacer algo y además rápido.

Entonces Tony mandó tras ellos a Nondas para que les diese su conformidad, «tragaremos quina», solo que ahora el porcentaje de beneficios había cambiado, setenta y cinco contra veinticinco, y mejor que no le diesen muchas vueltas, el Gran Ray tenía asuntos más importantes que atender, de modo que Nondas regresó con el rabo

entre las piernas, y aquella noche empinaron el codo en silencio donde el griego, bebieron aguardientes y *retsina* de garrafón y fumaron cigarrillos liados, y, menos el reverendo Leone, se pescaron todos una buena merluza, por la batalla y la guerra que acababan de perder; Tony no tenía madera de mafioso, no era más que un puñetero inmigrante miedoso que tenía una funeraria, fabricaba *grappacasera*, ayudaba en lo posible a sus compatriotas y quería hacer carrera como alcalde, sacarse de encima, de una vez por todas y para siempre, el estigma y el miedo a la pobreza que arrastraba desde niño en las calles de Éboli.

Y cuando las aguas parecían haber vuelto a su cauce, para bien o para mal, se levantó el reverendo Leone y tomó la palabra para informarlos de que la noche anterior había comido con la viuda Monica Sclavi, que tenía intención de volver a casarse y mudarse a Miami, «¿y?», interrumpió Tony molesto, pero el sacerdote añadió, imparable, que su enamorado y futuro marido era protestante y su genealogía hundía sus raíces desde hacía generaciones y generaciones en las costas heladas de Escocia, y concretamente en el pueblo costero de Aberlady, pero, antes de poder concluir, el suboficial Rigoletti no aguantó y bostezó, calculando las horas de sueño perdidas y el servicio y las faenas que le esperaban por la mañana en las calles de Centerville, y Cristóforo Leone cogió un cigarrillo, lo encendió, unió las manos en señal de sencillez y humilde oración, y lo soltó: «Se casa con Joseph McMillan dentro de tres meses, y el pastor Moore y yo oficiaremos la boda en común», dijo, y se calló, ahogando la risa junto con el humo, entre la lengua y los dientes.

La noticia cayó como una bomba, qué tendría que ver Monica Sclavi, exmujer del injustamente perdido compañero Pietro Sclavi, con el odioso Joseph McMillan, qué tenía que ver, qué hacía con él, no les cabía en la cabeza, cuánto más dado que Pietro y Joseph eran enemigos jurados desde jóvenes, si hasta se decía que McMillan era el cabecilla local del Ku Klux Klan y que de vez en cuando bajaba al sur para recibir instrucciones respecto a cómo y cuándo actuar, ahora su objetivo eran los católicos, los rojos y los judíos, y los secuaces de McMillan se habían infiltrado en el cuerpo de bomberos y en el de la policía para llevar a cabo sus chapuzas, sus camelos y sus fanfarronadas, pero las cosas no eran exactamente así, y el reverendo Leone sabía toda la verdad, porque se la había contado al dedillo la viuda Sclavi en la cena que le ofreció cara a cara a la temblorosa luz de las velas, Joseph McMillan y Pietro Sclavi eran algo más que enemigos, eran amigos irreconciliables y de vez en cuando amantes, y Monica Sclavi había obligado a Leone a jurar ante la cruz que se llevaría a la tumba ese secreto, y él había aceptado, porque en los labios carnosos de la viuda había visto la encarnación del pecado, al

mismísimo diablo moviéndole juguetón la cola, para qué se metería él en los asuntos ajenos y en las calenturas de los demás, «maldita la hora», dijo y se sonó la nariz en el pañuelo, la culpa la tenían su buen carácter, sus buenas intenciones y la cantidad redonda que le habían prometido la viuda y el novio a cambio de oficiar una boda tan heterodoxa, en concepto de pequeño obsequio para la construcción del nuevo campanario.

Todos tenían un interés común y oculto: que la boda se celebrase y tuviesen la fiesta en paz; Tony Mecca para congeniar con los caballeros blancos y los magos negros,[24] para conseguir que dejasen de enviar pollos degollados a su jardín y a su casa y poder entrar sano y salvo en la carrera electoral con una innegable ventaja, y pedir incluso un mejor porcentaje en el trato con los irlandeses para la distribución de la *grappa* casera, el suboficial Rigoletti porque seguro que se beneficiaría de muchas maneras si hacía la vista gorda y otorgaba la absolución de todos los pecados y la prescripción de todos los delitos a los implicados, y Joseph McMillan, aparte del amor que vivía con la exbelleza y viuda Monica Sclavi (a la vejez viruelas), se haría un poco más rico, a pesar de que su fortuna personal rozaba ya los setecientos mil y pico dólares (cantidad para nada despreciable teniendo en cuenta la época miserable en la que vivían), dinero que se suponía que había ganado con su esfuerzo personal, con su sudor, y había invertido en acciones de precio vertiginoso y trenes en los estados industrialmente desarrollados del centro-este.

La boda se fijó para el día 4 de julio de 1926, día de triunfo y al mismo tiempo de homenaje, no solo porque se celebraba la Declaración de Independencia de la colonia británica y desde la noche habían adornado con banderas la ciudad y colgado guirlandas, sino también porque aquel día histórico se inauguraba el gran puente Benjamin Franklin, que iba a unir Camden con Filadelfia, en la orilla opuesta, cubriendo la distancia de dos millas por encima del río Delaware, y por primera vez hollaría el puente un pie humano. La boda se celebró entre gritos y fanfarrias, bromas y piropos, en la iglesia de la Virgen Carmiótisa, bajo la mirada implacable y glacial del senador Spacy, que esperaba en vano el momento en que se perdiesen los nervios y se alzasen los cuchillos, porque una cosa así no había ocurrido nunca en su pequeña ciudad: que se mezclaran los británicos, colonos pioneros, con los italianos, inmigrantes económicos, y que cruzasen juntos el puente, abrazados y de la mano, era del todo inexplicable; parecía que, de veras, una nueva época despuntaba en Camden, un día nuevo y deslumbrante, con el reluciente campanario pregonando sus beldades por todo el territorio occidental, sin distinción geográfica ni racial.

Y mientras aquella extraña multitud y los invitados de la boda

contemplaban los primeros fuegos artificiales que parcelaban el cielo del anochecer y la noche despejada que se avecinaba, Andonis Cambanis, alias Nondas, se plantó en el extremo del puente y su pie pisó la tierra de Filadelfia, y notó un nudo en su interior, porque se encontraba en una frontera que no tenía líneas delimitadas, cuyas lindes siempre tendían a cambiar, y lo vago de su existencia lo agobiaba, y Camden, tal y como se veía desde enfrente, le pareció feo y mediocre, era mil veces mejor mirar la línea costera de Filadelfia, que a sus ojos siempre era hermosa, con sus edificios altos y una perspectiva desconocida, y ahora estaba en el lado opuesto y no podía imaginar una vida distinta, porque aquella era la vida que vivía, con sus alegrías y sus penas, y aquella certeza lo atormentó y el dolor lo ahogó, y los invitados se apretujaron, se acercaron un poco más para las últimas fotografías de recuerdo, justo antes de que oscureciera por completo, y conforme miraba sus zapatos polvorientos y las suelas desgastadas, levantó la cabeza y se encontró con su figura, la malhumorada y flaca pelirroja con las pecas diseminadas por la nariz y los pómulos, que se le acercó y se plantó delante de él con la mirada dura y los puños apretados y, en un abrir y cerrar de ojos, sin aviso alguno, se puso a emitir chillidos inarticulados y gritos de guerra, antes de abalanzarse sobre él con todas sus fuerzas, y la multitud y los invitados se quedaron congelados durante un instante, un instante que duró lo mismo que el clic de una cámara de fotos Rolleiflex.

V

sobre la ciudad
la sombra del halcón
sigue a la paloma[25]

Susan Müller Cambanis lava los platos y los vasos olvidados en el fregadero, los copos de cereales se han quedado pegados a la superficie de cerámica y el café ha manchado el borde de las tazas, se ha vuelto a estropear el lavaplatos, junto con el congelador, porque los electrodomésticos tienen un extraño código de honor, es como si eligiesen todos juntos cuándo estropearse o dejar de funcionar de repente, quizá sea un pequeño recordatorio de la decadencia que reside en nuestras costumbres, en nuestras facilidades y en nuestros cuidados, en la ilusión de que la plata siempre lucirá resplandeciente, la ropa blanca inmaculada, las prendas del armario estarán planchadas y perfumadas; y una mota de polvo, o a lo mejor una basurita, o una mosquita negra, cómo podría saberlo Susan, se le mete en el ojo y le nubla el entendimiento y la vista, nubla esos ojos que intentan enfocar lo que tiene delante, ni más ni menos que una docena de platos y vasos sucios que no se lavaron ayer ni antes de ayer, porque la tristeza que siente esos días es vieja y la conoce, y con ella se ha internado en lugares, océanos y sitios que existían antes, desde siempre, le había cerrado la puerta para que no encontrase un hueco por donde colarse, pero la tristeza, bien enseñada, se ha infiltrado, se ha metido por las rendijas y ha bañado la casa con una luz borrosa de atardecer, y ahora Susan y Basil no se hablan, llevan sin intercambiar palabra desde antes de ayer, y quién cuenta ya los días y las horas, y un bebé sin formar, está segura de ello, la reclama de nuevo, imperiosamente, y Litó le monta escenas y le pone morros, con el apoyo firme y leal de su marido, que no puede entender qué mosca le ha picado para empeñarse en traer a casa el engorro de una boca sobrante, y Minnie lleva tres días encerrada en la habitación de Litó y se niega a comer y a salir, se limita a mirar las estrellas cuando se hace de noche, porque en algún sitio ahí fuera, no puede ser de otro modo, debe de vivir una nueva vida su madre, Luisa, y Minnie vuelve a pedirle esa noche que

le perdone por haber desobedecido, por no haber respetado el juramento que le hizo cuando era pequeña y haber entrado en el coche de una extraña, fue sin querer, no tenía intención, le pide perdón, es que tenía frío, se lo jura.

Y justo cuando está pegando la hebra con el señor Dios, hacedor y residente en los cielos, el pomo de la puerta gira y Litó entra en la habitación con la cara larga y el brazo aún escayolado, exigiendo saber hasta cuándo tiene Minnie intención de quedarse en su cuarto y cuánto tiempo más los va a molestar con su presencia, y Litó se repanchiga en la cama, que además es suya, se sienta justo frente a Minnie, que tiene la vista clavada en lo alto, en el cielo, y la ignora aparatosamente, y Litó, que no se achanta con esos trucos mudos, insiste, porque quiere saberlo, no puede seguir durmiendo en el sofá del salón, cuánto tiempo más se va a ver desprovista de su tranquilidad y sus rollos, de las paredes que le hacen compañía desde que era niña, con el póster grande de Rummenigge y el pequeño de Matt Dillon, qué pedazo de tío, también es verdad que el sofá del salón tiene una ventaja innegable, la televisión que se queda encendida en el canal que ella quiere cuando todos se van a la cama, y Litó puede ver programas y series hasta entonces prohibidas, como la del policía neoyorquino Theo Kojak, que tiene debilidad por los chupachups y por los interrogatorios duros y largos, y al que su abuelo había conocido personalmente, y en la vida real se llama Telly Savalas, y *Barnaby Jones*, protagonizada por el detective jubilado del mismo nombre y su guapa nuera, Betty Jones; juntos intentan resolver el asesinato de su hijo y marido, Hal Jones. Litó está segura de que lleva en su interior a una detective astuta y genial, desbordante de furia y con mirada sagaz, que los pone a todos en su sitio tras dar con una imaginativa solución; y según reflexiona sobre los problemas que la acucian, que deben ser resueltos a cualquier precio, empuja con el brazo bueno a Minnie, que no dice ni palabra, le da una sacudida y le propone una tregua hasta nueva orden, «alto el fuego, *over*», al menos hasta que termine en la CBS la repetición a medianoche de la tercera temporada de Kojak, implacable y fiero, un hacha.

Litó sale de su habitación y, en el momento en que tira con fuerza de la puerta para cerrarla, Basil cruza el umbral de casa, pensativo; le preocupan las bisagras oxidadas que chirrían cada vez que se abre la puerta, las hojas que han atascado los canalones, y la casa, que necesita por lo menos dos manos de pintura, hace meses que se acumulan las chapuzas pendientes y deja que se multipliquen hasta que no quepa más retraso ni se puedan aplazar más, hasta que lo saquen del letargo de la estoicidad, un día más, otro día, un poco más, y cuando levanta la vista sus ojos encuentran el justificado estupor de los de Litó, porque está sumido en pensamientos sucesivos que le

deforman el rostro, y es la primera vez que siente que no puede esconderse de nada ni de nadie, ni ocultar la repulsión que le inspira la persona en la que se ha ido convirtiendo poco a poco, dónde fueron a parar sus años, sus sueños, quién y por qué le despojó de la despreocupación, y quién es esa muchacha alta y rubia, que no se le parece en nada y sin embargo lo llama papá, ni eso ha conseguido, que su vida engendre vida, que germine la semilla que mancha sábanas y preservativos, y el fracaso se apodera de él como si fuese una segunda piel, una toga que lo aprieta y le recuerda que los kilos que le sobran se han convertido en un flotador destinado teóricamente a salvarlo de tormentas y marejadas, y Basil, a quien desde pequeño le gustaba nadar, sobre todo de espaldas, recuerda a su padre enseñándole a flotar en el agua del mar el verano del 46 en Tampa, Florida, hablándole por primera y última vez de la isla quemada, con sus piedras color ceniza y las casas blancas esparcidas, del volcán activo pero dormido que borbotea por las noches, y del pueblo, situado en la cresta del atardecer, en Emborió; Andonis Cambanis no pronunció ni una palabra mientras el sedán alquilado surcaba la autopista I-95 durante el camino de regreso, porque un duelo pesado le sellaba la boca, y se pasó todo el viaje sujetando con fuerza el volante y lamentando el cuerpo de su madre muerta, que se marchó sin que nadie lo llorase, y al mismo tiempo el suyo, que abonaría con su carne, «polvo eres y en polvo te convertirás», una tierra extraña e inhóspita.

Basil Cambanis se detiene en el umbral de la cocina, con la mano derecha apoya el peso de su cuerpo en el quicio de la puerta, como si no estuviese seguro de si tiene que atravesar la línea imaginaria que los separa desde antes de ayer, y Susan le da la espalda; el arco que forman su espinazo encorvado y su nuca parece la prolongación de sus brazos, que nunca descansan, como si estuviesen programados para un incesante movimiento desde que el mundo es mundo, a ayudarse entre sí, no vaya a descomponerse lo que los une, y mientras Basil duda si dar un paso —¿adelante o atrás?—, poniendo a prueba las costuras de la línea divisoria, un plato de porcelana de los buenos se le resbala de las manos y se hace añicos en el fregadero con un estruendo, y su sorpresa, común e inesperada, por el mal imprevisto, tiene que ver con el enemigo íntimo e invisible que no da cuenta del miedo de Basil y de la obcecación de Susan, de la pena de ella y la tendencia a la demora de él, porque las desgracias llegan siempre sin invitación y reconcomen poco a poco el armazón, como la carcoma, y, aunque las casas siguen en pie, sus corazones están podridos y sus jugos solidificados, y Basil Cambanis da media vuelta, sale por la puerta trasera y se sienta en los escalones del porche de madera.

Sus pensamientos se bifurcan, confusos como las ramas desnudas

de la morera roja que tapa la casa, hace dos meses que le propusieron que malvendiese el *diner*, quieren convertirlo en aparcamiento para los pequeños y medianos bufetes y gestorías que hay dispersos por la zona, el dinero es escaso, pero no deja de ser una cantidad respetable, podrían empezar de nuevo en otro lugar, más hospitalario, todavía no se le han echado encima los años, a sus cuarenta y tres sigue siendo joven, por mucho que lleve trabajando desde los dieciséis; puede que tomase siempre las decisiones erróneas, pero quizás haya llegado el momento de enderezar las cosas, de pagar las deudas, de vender la casa, por la cantidad que saque, lo importante es quitarse de en medio la tiranía de la indignidad y coger el hilo desde el principio, pero hay algo que lo une a ese lugar, no ha conocido otro, y tampoco ha viajado mucho, le dan miedo los cambios, cómo puede inventarse uno a sí mismo partiendo de cero, y también lo asusta la muchacha morena de penetrantes ojos oscuros y trenzas desiguales, lo asusta el dolor humano, el abandono y la pobreza, cuánto tardarán los servicios sociales en encontrarle casa y familia, ha oído casos en los que han tardado meses y años, qué mosca le picaría a su mujer, cuándo fue a firmar los papeles, cómo arregló lo del funeral, él ni siquiera se había enterado, y ahora en su casa vive un fantasma con forma de niña y ojos oscuros, intensos y sin fondo, y todos guardan silencio ante su tristeza y prestan oídos a sus vacíos, piensa vender el *diner*, no tiene sentido que ande siempre bregando con las deudas que se acumulan día sí y otro también, y lo que más le duele, qué gracia, es qué contarles, y cómo, a sus chicas, a Sally y a Veronica, que no tienen ni un centavo ahorrado para la jubilación, y su único apoyo es el viejo árbol, la morera roja que luce sus iniciales grabadas en el tronco, «B.C.», su pequeña inmortalidad oculta, y sabe que, en caso de que deje de existir, el árbol centenario llevará el estigma de su inscripción, dos letras y un punto en medio, un puntito de nada que es todo su árbol genealógico.

Susan come sola en la encimera de la cocina, sentada en un taburete alto, con la vista clavada en la pared, Litó masca sin gracia un trozo de *pizzadelante* de la tele: tiene puesto un partido de baloncesto y, a pesar de que ese deporte en concreto le da pereza, porque es de lo más previsible y al final siempre gana el mejor, la ha hipnotizado el risueño jugador de los Lakers, el de la carilla de listo y los pases de prestidigitador, y Basil va y se queda de pie junto a ella, en teoría siguiendo las batallas cuerpo a cuerpo, los despiadados marcajes sobre el parqué, los bloqueos del lado más débil, el infeliz desmarque y el pase robado, y por fin la rápida sorpresa que termina en canasta y falta y, justo cuando va a decir algo, aunque sea una tontería, algo que no signifique más de lo que dice, posiblemente sobre el tiempo desapacible que dan para el día siguiente, con vientos

moderados del suroeste, la factura del teléfono, que vence dentro de dos días, el precio de la gasolina, que ha llegado al dólar con quince centavos por galón, el único límite de velocidad que se ha establecido en apenas 55 millas por hora, para que el país ahorre tiempo y dinero y no se quede sin gasolina en plena crisis del petróleo, y su cuenta bancaria, que asciende a unos dos mil y pico dólares carcomidos por la inflación, siente su aliento ácido y pesado por el ayuno, y le gustaría tomar algo, en lugar de proferir el evidente y ruin «no me encuentro bien», porque además sus palabras, al igual que sus pensamientos, no se comen y no llenan, ni alimentan ni se alimentan como no sea de espejismos y, mientras, en un momento dado, vacila sobre qué debe decir y hacer, justo cuando *Magic* Johnson encesta con un impresionante tiro en el aire tras perder el equilibrio, atrapa con maestría del plato de Litó su último bocado, el que guardaba para el final, el borde crujiente y esponjoso de la pizza, y después ya se siente más preparado para afrontar su ayuno, la ira y los gritos de la niña y el silencio de su mujer, silencio que se arrastra por el suelo, titubea sobre la encimera y el taburete y se tambalea al fondo de la cocina.

Susan prepara la bandeja con la comida de Minnie, un plato hondo de sopa con verdura picada, una rebanada de pan untada de mantequilla y un poco de chocolate negro a un lado, de postre, y Basil abre el frigorífico y se enfrenta a sus opciones, y a pesar de que no tiene ganas de pasta e hidratos de carbono, se le van las manos que preparan los ingredientes para el pesto, y echa los espaguetis a la olla, y la llama color azul que salta del hornillo de gas lo hipnotiza, mientras la picadora tritura hasta convertir en mezcla homogénea los ingredientes y la albahaca fresca borra el regusto rancio que desde hace días tiene en la lengua a causa de las patatas fritas del *diner* a mediodía y los sucesivos cigarrillos que se fuma a escondidas en el aparcamiento del restaurante y en la terraza trasera, y en el momento en que engulle dos presurosos bocados, Susan regresa a la cocina y lo fulmina, «lo único que no puedo soportar es que la gente esté de morros, y lo sabes», y entonces lo ahoga un lamento silencioso, se le anudan las entrañas y la comida ya no baja, sino que se le queda a medio camino y se revuelve en la laringe, para adelante y para atrás, y se propone tragarse esa otra ofensa, así que empuja el plato a un lado y, con el tenedor en alto, apretado en la mano derecha, le anuncia su decisión ya tomada de vender el establecimiento y la casa, que en primer lugar son suyos por derecho y que además están a su nombre.

Y la niña también le pertenece por derecho, al menos una parte, la mitad de lo que hay en la balanza, un pulmón, medio corazón, un riñón y media vesícula, y así, pensando, pensando, Susan recuerda el positivo en el test de embarazo en el baño, con la raya color marrón oscuro en medio del círculo rojizo y dorado que habían formado tres

gotas de orina, pisa suavemente, de puntillas, como probando el puente del pie, para ver si cuenta con suficiente resistencia y aguante para el maratón de atravesar el bosque salvaje donde trasnochan los instintos humanos más profundos, que tienen uñas en lugar de cara y manos que buscan saciar bocas perversas de las que brotan venenosas maldades, y según cuenta en silencio los días y los meses, imagina con instinto maternal el cuerpo del embrión, cuando tenga veinte centímetros, un ovillo enredado, un embrollo, sus primeras débiles patadas, los abrazos infantiles, la chispa de la adolescencia, y su amor adulto que ya no verían, porque lo único que quiere Susan es protegerlo de ese mundo vulgar e inhumano, y todos sus errores, sus pequeñas derrotas y sus grandes decepciones desfilan una tras otra, y es como si volviese a vivir la primera lluvia que se convirtió en tormenta en el concierto de Woodstock, y se pregunta una vez más cómo puede ser que tanto amor, tantos sueños, tantas esperanzas, hayan podido acabar encharcados en el fango.

El Plymouth Cricket aminora la velocidad; Susan no tiene visibilidad, no ha dejado de llover desde la mañana y las carreteras no están bien asfaltadas, sino salpicadas de charcos que se han llenado de agua embarrada, los limpiaparabrisas van y vienen, y el semáforo se pone en rojo y en verde, se acerca a su destino, aparece el distrito de Cherry Hill, el barrio de los inmigrantes bien arreglados de tercera generación, polacos e italianos, judíos y griegos, el culmen del sueño americano, un barrio que exhibe calles anchas, interminables extensiones, viviendas amplias de clase media idénticas unas a otras con su césped verde, canchas de baloncesto y tenis, clubes privados y piscinas municipales, instalaciones y privilegios que corresponden a médicos y abogados, a contables con buena estrella y a economistas que aseguran haber previsto la crisis del petróleo, a empresarios que apuestan productos y contratos futuros en la bolsa, a profesores de universidad que se han hecho con un contrato fijo y sueñan con viajes lejanos a congresos con todos los gastos pagados, y a competentes investigadores que vislumbran un futuro brillante mientras sueñan con la globalización y una revolución en la economía que traerá cambios radicales en la humanidad, y Susan, dentro del triste Plymouth, con el cinturón apretándole la barriga, se ahoga, porque ese día al pesarse ha visto que ha cogido cinco kilos y que se le han hinchado los pechos y las mejillas, qué raro, y tras maniobrar con el volante para esquivar los obstáculos de la carretera encuentra frente a sí por primera y última vez el centro de salud Amazona, una pequeña clínica autogestionada construida ladrillo a ladrillo por un puñado de feministas que contrataron a médicos y enfermeras con convicciones democráticas para reivindicar lo evidente, a pesar de la época y de los conservadores, el derecho inalienable a la autodeterminación y al

aborto, y Susan atraviesa el umbral de la clínica, y conforme hojea los folletos informativos llenos de estadísticas inútiles y de datos tediosos, no puede sino preguntarle a la amazona morena de la recepción, con su blusa vaquera desgastada y sin mangas, el pelo reluciente, corto y de punta y los elaborados tatuajes en los brazos y el cuello, «¿solo matáis a los varones?», para recibir una mirada asesina que no necesita de ninguna explicación y lo dice todo por sí misma.

El doctor Ulven le explica despacio, con todo lujo de detalles, lo que va a ocurrir, poniendo un énfasis sádico en cada una de las sílabas: que le va a dilatar poco a poco la boca del cuello del útero y va a introducir en la cavidad de la matriz un aspirador especial (que le trae a la mente su aspiradora doméstica Hoover, escondida tras la puerta de la cocina para cualquier eventualidad), para extraer el embrión y las bolsas, y luego va a meter la cuchilla raspadora para comprobar que no quedan restos de tejido en la cavidad, y se le viene a la mente la cuchilla del rascador de cristales y las manchas que quitó cuando entraron en la casa, y ese proceso durará solo unos minutos durante los cuales ella estará anestesiada, protegida de cualquier dolor, liberada del peso que la mantiene clavada al potro del ginecólogo, y cuando se despierte de la anestesia general, llamarán a un taxi para que venga a recogerla al cabo de dos o tres horas, porque no ha hecho bien diciéndole a su marido que no es necesario que esté presente en la intervención, qué se creía, ¿que se iba a levantar como si nada?, ¿que se iba a meter en el coche con un kilo menos para emprender el camino de regreso?, las cosas hay que hacerlas con orden, y la enfermera sacude la cabeza como si estuviese de acuerdo con el médico, y le administra por vía intravenosa el anestésico, y ya no hay vuelta atrás, ni reconsideraciones, solo que luego tendrá que convencerse de que ha hecho bien, de que ha hecho lo correcto, y se le duerme la boca, le pesan los ojos y se le sumergen dentro de un azul oscuro que se convierte en negro abisal.

«Era un niño», le suelta con pena la enfermera en voz baja en cuanto Susan vuelve en sí; es que Alicia ha dado a luz tres veces y el Señor no la ha bendecido con un niño, y todas las demás veces que se quedó embarazada eran siempre niñas, y más niñas ya no quería la pobre, pues qué iba a hacer, lo que Susan, quitárselo de en medio lo antes posible en cuanto se enteraba del sexo, y ahora que ya ha dejado atrás los cuarenta, está claro que ella y su marido Miron no van a ver cumplido su deseo, el Señor no los ha bendecido con semilla masculina, en su matriz solo germinan niñas, salen flores en vez de tallos, y alguna vez, en partos de niños, le entra la pena, no consigue mantener la boca cerrada, y se han quejado muchas veces de ese comportamiento reprochable, pero no se atreven a echarla, no les sale despedirla, porque Alicia es de procedencia ghanesa y tiene cerca de

cincuenta años, y las amazonas feministas, «benditas sean», dice para sí, respetan las minorías y los porcentajes, y viven para socorrer a los perseguidos de todo tipo y raza.

Y mientras Alicia murmura de nuevo entre dientes esos argumentos anticuados, rumiando y despedazando cada dos por tres las palabras, Susan la coge de la mano y le da un tirón para que deje de emitir ese murmullo que le calienta la cabeza desde hace ya rato, y Alicia se calla, no porque la mano que la ha sujetado con fuerza y brío la haya hecho entrar en razón, sino porque se ha mordido la lengua y siente un dolor cortante y agudo; lo raro es que, ahora que ha dejado de hilar con la lengua frases incomprensibles, una rima toma fuerza y rodea la clínica, una rima que procede de las bocas coordinadas de un congénere con apariencia de multitud congregado en las escaleras delanteras de la clínica, con pancartas de odio y chapas redondísimas y cristianas en el pecho, gritando y exigiendo que cierren de una vez por todas las clínicas de Lucifer que se pasan el día segando vidas humanas porque sí; se trata de una secta de aspecto terrorífico: los chicos con el pelo bien corto, camisas blancas de manga corta, corbatas negras, pantalones negros y mocasines, y las chicas rubias con trajes bien planchados y chaquetas anchas de color pastel, bolsos de mano bien combinados y zapatos insulsos de tacón bajo, y todos juntos, chicos y chicas, blanden su verdad misionera, el *Libro de Mormón* y la *Perla de gran precio*,[26] por encima de los escasos y atónitos transeúntes, que se preguntan qué carajo pasa en su tranquilo y manso barrio, antes de alejarse manteniendo la distancia de seguridad recomendada y, antes de que la policía local y Nick Pappas, griego de segunda generación y *sheriff* de Cherry Hill, tengan tiempo de llegar, la puerta de la clínica se entreabre, porque la directora de la clínica respeta por encima de todo la democracia y para desgracia suya alberga la intención de reconciliarse con la secta, y entonces una docena de huevos, un cubo de pintura roja y una bomba fétida estallan con saña sobre la madera y las paredes, y los chicos y las chicas retroceden y se alinean «en retirada a toda prisa, marchen», y los polluelos religiosos se van en cuerpo y alma por donde han venido, vuelven a su nido, la iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, que tiene su sede dos manzanas más allá, y bendice al ángel Nefi y a su gran fundador y profeta Joseph Smith, nacido en 1805 en el no tan lejano Sharon, del estado de Vermont, y crecido en Palmyra, Nueva York.

Saltaba a la vista que la policía de Cherry Hill había tardado, a la luz de las impresionantes estadísticas que hasta aquel momento daban fe de su eficacia y su rapidez en horas de servicio, y de ese modo no pudo efectuarse ningún arresto ni se formuló ninguna acusación; la directora no quiso darle más importancia a un triste acontecimiento

de corte medieval que, esperaba, fuese un hecho aislado; los medios de comunicación inmortalizaron el jaleo pidiendo opinión a los transeúntes, que gozaron de sus quince segundos de fama correspondientes y, llevados por el altruismo, los emplearon en consideraciones y dictámenes sobre el aborto y demás demonios (en la zona de Pennsylvania y Nueva Jersey nadie veía con buenos ojos el fervor excesivo de los mormones), y cuando todos se fueron y por fin escampó, el lugar quedó en silencio sin el monótono golpeteo de las gotas sobre el cristal opaco, y quedó el ocaso intemporal para recalcar el reflejo de la redonda figura de Alicia en el cristal, que acompañaba a Susan a la salida, donde la esperaba un taxi al que habían avisado hacía mucho y, aunque todo había acabado como había empezado, de repente, Susan sintió durante un momento que la manchita sangrienta en la puerta era la prueba de un asesinato odioso y planificado, y el hedor apestoso de la bomba de ácido butírico intensificó su confusión y le empapó la ropa de sudor frío, y Susan se dobló en dos y se desmayó poco antes de entrar en el taxi; cuando despertó, acurrucada en su cama doble, descubrió que le había ocurrido algo extraño, había perdido el olfato por completo, estaba segura, y lo aceptó como si fuese el castigo divino que tendría que sufrir cual estigma por el resto de sus días, y de ese modo se tumbó de nuevo, tranquila, porque, gracias a Dios, ya estaba en paz con lo divino.

VI

He dicho que el alma no es más que el cuerpo,
y he dicho que el cuerpo no es más que el alma,
y nada, ni Dios, es más grande para uno que uno mismo,

y quien camina un trecho sin amor camina hacia su propio funeral
envuelto en un sudario […][27]

El revuelo que se formó en el puente Benjamin Franklin, justo cuando estallaban los chillones fuegos artificiales y se posaba para las fotos de recuerdo, tenía como único receptor e instigador a Andonis Cambanis, también conocido como Nondas. La menuda pelirroja, a la no tan tierna edad de veinte años, berreaba con sollozos y lamentos mientras movía los puños amenazante sobre las cabezas de los asistentes; los más serenos la llevaron a un rincón e intentaron en vano calmarla, o hacerla entrar en razón, porque un acontecimiento de ese tipo durante una boda en la que se jugaban grandes intereses era un mal agüero, si es que alguien creía en señales divinas, y el reverendo Leone no vio con buenos ojos el incidente, porque todas las supersticiones constituían como poco, además de mantequilla y mermelada en el pan del pueblo, verdaderas Casandras ocultas que tocaban la campanilla del peligro, de modo que se retiró con paso pesado al extremo del puente hasta que se serenasen los ánimos, y la señora Mecca, que era curiosa y por naturaleza insistente, ordenó a sus hijas que se quedasen atrás con su padre antes de acercarse con toda reserva a aquella extraña criatura, que al parecer era muda; según supo por algunos transeúntes ociosos y bien informados, la muchacha enfurecida era una prima lejana y sordomuda de Bobby O'Ryan; servía en una de las casas más imponentes de la calle Cooper, la que pertenecía al arquitecto Highland, cuya mujer, Sarah, la había cogido desde pequeña a su servicio sin pensárselo dos veces, porque no había nada mejor en el mundo, nada más perfecto, que una criada que no dice ni palabra y no chismorrea sobre sus jefes; Helga era sin duda imprescindible e insustituible en aquella casa señorial de tres plantas.

Y mientras la señora Mecca intentaba comprender qué diablos había ocurrido, por qué tanta saña por parte de aquella Helga, por lo demás tan mona, hacia su buen Nondas, Anna-María, su hija menor, le echaba miradas furtivas al sicario del Gran Ray, Neal, de mejillas encendidas y un cuerpo cincelado como de antigua escultura griega, y él, Neal, que estaba sudando como un pollo, porque el traje le venía estrecho, llevaba el chaleco abrochado hasta arriba y el sombrero (que le quedaba ancho) de través, parecía desentonar, cosa que hacía que las señoritas, incluso quizá las señoras, lo encontraran especialmente agradable, casi simpático, a juzgar por la mirada que le regaló la recién casada y antigua viuda Monica Sclavi, aunque se trató de un vistazo momentáneo y fugaz, a diferencia del repaso escrutador de Anna-María, que deambuló por su vigorosa espalda y los robustos hombros, investigando con su mirada penetrante palmo a palmo tanto lo que se veía como lo que no, hasta que su padre, Tony Mecca, como por intuición, se internó en su campo de visión, obstaculizando con su cuerpo el acceso libre a aquella cartografía de la región carnosa, y la mandó a buscar a Peppito para decirle que fuese a comprarle cigarrillos sin filtro marca Camel, y, mientras la muchacha, con la cara larga, se paseaba aburrida entre la multitud, buscando al simple de Peppito, se encontró con Neal como *deus ex machina*, justo delante de ella, cerrándole el paso e incluso guiñándole un ojo con picardía, la habría visto mirándolo, quién se habría chivado, y por qué le echaba esas miradas salaces, y con qué derecho se acercaba a ella y le rozaba la mano con la suya, y qué era lo que le susurraba empalagoso al oído, y conforme la señora Mecca retrocedía con torpeza, disgustada por lo que oía decir a sus espaldas sobre la persona de Nondas, de uno de los suyos, se dio de bruces con su hija y exclamó desfallecida «¡maldita sea! Pero ¿no te había dicho que no te movieses del sitio?», pero a Neal ya le había dado tiempo de escabullirse entre la multitud de transeúntes, y su aura la envolvía de forma lenta y dolorosa; aquello no iba a terminar bien, qué era lo que le había dicho, qué pasaba por la noche en Petty Island, y cómo es que ella no se había enterado de nada por sus amigas, que se sabían de memoria todos los bares, y lo más importante, cómo iba a ir a la isla sin barca propia y compañía discreta, sola de ninguna manera, era demasiado temerario, tendría que encontrar un voluntario, y Nondas Cambanis era seguramente el más adecuado, ahora que lo sopesaba con su mirada calculadora, porque con los secuaces de su padre era imposible sacar algo en claro, mucho menos comunicarse, se chivarían y encima le caería una buena, su mente había elaborado ya un plan, y estaba convencida de que la suerte ayuda a los que se arriesgan, lo único que hacía falta era que no se oliese nada la entrometida de su madre, que metía la nariz absolutamente en todo.

La señora Mecca estornudó tres veces seguidas; era conocida su intolerancia al polvo en el aire y, tras limpiar con el trapo las esquinas y los muebles, canturreó una antigua melodía sobre un amor desesperado y no correspondido que se desgasta, y abrió la ventana para que entrase un poco de aire, los tenía agotados la humedad de aquel año, era el verano más cálido desde que tenía recuerdos de Camden, pero su malestar por las noches sin viento y las tardes asfixiantes, que habían aumentado en duración e intensidad, se difuminó gracias a la brisa fresca que se abalanzó sobre las cortinas tejidas y las hizo ondular, arremolinando el polvo que había quedado en las paredes y las lámparas, y sintió de repente que aquella inesperada tranquilidad era inaudita, como si todas las tareas domésticas se hubiesen arreglado de golpe; Anna-María estaba charlando en el jardín con Nondas, al que le habían recomendado que suspendiese sus tareas y desapareciese durante unos días, por miedo a alguna posible represalia tras el revuelo general, aunque Bobby O'Ryan no pareció conmoverse con el drama de su prima lejana sordomuda, hasta dijo delante de todo el mundo que tenía la cabeza llena de pájaros; su hija mayor, Constanza, que Dios la guarde, estaba leyendo otra novela en la buhardilla, de una tal Woolf, una excéntrica desconocida; su marido hojeaba aburrido el *Courier-Post* vespertino en la funeraria, que aquella noche, debido al calor y al día asfixiante, había vuelto a abrir muy temprano, y Peppito y Sergio cargaban en la dársena noroeste la remesa embotellada de hace dos días en el camión del Gran Ray, que estaba echando una cabezada en el asiento del copiloto, porque al volante se hallaba para protegerlo su mano derecha, Neal, el sicario atlético de músculos marcados.

Neal llevaba nervioso desde el día anterior: Bobby O'Ryan le había avisado de que lo andaban buscando unos conocidos suyos de Nueva York que habían peinado todo el estado de Pennsylvania para dar con él, y cuando se hizo el sueco, fingiendo que no sabía, que no tenía ni idea de qué iba la cosa, Bobby le sopló que aquellos tipejos iban diciendo que los había engañado al repartir el botín de un robo en el tren de Nueva York a Memphis y que tenía el dinero bien escondido en el banco, en una caja de seguridad, a lo que Neal le respondió que estaba loco, que ninguna de las acusaciones tenía fundamento, que todo era una cortina de humo para despistar y que la culpa de todo la tenía una mulata y una apuesta enorme que aún estaba pagando, y se quitó el zapato derecho para enseñarle la cicatriz bífida, y los dos dedos que faltaban desde la raíz de la articulación, «aún recuerdo el cuchillo de carnicero bajando», y Bobby se atusó el ala del sombrero y asintió con los ojos, «ya basta», y Neal guardó silencio y acarició su «Tommy Gun»,[28] como hace ahora, su Tommy Gun, su apoyo, su cayado en los momentos difíciles, en las horas de recogimiento, el que

siempre lo hace salir indemne a la hora de limpiar los trapos sucios, y el Gran Ray, a quien el nombre le va que ni pintado, se remueve en el incómodo asiento y abre los ojos de par en par, «¿todavía?», pregunta, «que tenemos más cosas que hacer», gruñe entre aquellos dientes que han adoptado el color del humo y no durarán más de un lustro, tarde o temprano empezarán a caerse como moras podridas, y con la punta de la lengua prueba las leves grietas y los huecos ennegrecidos, su resistencia a los pequeños y grandes dolores, porque no piensa ir al dentista, ni quiere ni soporta tener a nadie por encima de la cabeza, ningún jefe vigilante, da una violenta patada a la puerta y se pone a gritar, porque tiene más tareas pendientes, hierba, opio y heroína, «la madre que los parió», fuera está a punto de amanecer con tanto puto retraso, «negocios otra vez con italianos Casanovas, nunca jamás», ¿lo oyen?, «¡Nunca jamás, cojones!».

Anna-María estaba desconsolada, el tonto de Nondas, aquel desgraciado huraño y difícil de mirar, no había caído en la trampa y se había negado desde el principio a mezclarse en aquello para no quedar atrapado en el ciclón amenazante que se les acercaba, hasta le pidió que lo dejase tranquilo y él, a cambio, le garantizaba su silencio, vamos, que al final hasta iba a quedar por encima el muerto de hambre aquel, la verdad es que tenía cara de energúmeno, de criminal, «vaya por Dios», la tenía en sus manos, cómo había metido la pata de esa manera, y dónde encontraría un aliado para su expedición nocturna, a ver si Peppito y Sergio demostraban tener buen fondo, «qué va», serían peores, también sus amigas lo habían descartado, era arriesgado y conflictivo, eso por no hablar de que en la isla acechaban ladrones y piratas, espíritus y ánimas que sembraban y segaban supersticiones y aguardaban emboscados a los ingenuos para enseñarles los dientes, pero ella no tenía miedo de los monstruos que engendra la mente y no pensaba rendirse a la primera, se limitaba a expulsar una y otra vez el humo de los cigarrillos de liar sin filtro antes de subir pitando las escaleras que llevaban a su habitación; en ese momento oyó el leve crujido de la puerta que llevaba a la buhardilla y el libro abierto que se cerraba con un ruido enfático, y entonces se le ocurrió una idea tonta pero al mismo tiempo genial: convencer a su hermana mayor de que la acompañase en su paseo de medianoche, claro que tendría que inventarse alguna mentirijilla inocente, qué diablos, Constanza era de su sangre, su hermana, qué podría salir mal, absolutamente nada, y subió las escaleras de dos en dos para adelantarse a sus pensamientos, que hilaban, cosían y cortaban la logística de la intriga nocturna.

Constanza Mecca no se apresuró en responder a la petición de su hermana pequeña; se limitó a apretar levemente los labios y una débil vena apareció en su frente y la atravesó en vertical, se hallaba en un

profundo recogimiento cuando Anna-María irrumpió en su habitación sin llamar a la puerta, justo en el momento en que mil dudas inundaban su corazón, y sentía que su cuerpo se despertaba de un profundo letargo; le ardían las manos con el calor de un conocimiento que había sospechado también en el pasado, pero ahora las pruebas se encontraban en la punta de sus dedos, cuidadosamente escondidas entre las páginas del libro, y las palabras impresas y subrayadas una, dos, tres y cuatro veces daban fe de su turbación, la justificaban, y durante un momento, en aquel instante, como si la habitación quedase bañada en luz, durante una fracción de segundo, lo que tarda una llama en consumir una cerilla, todo lo inefable tomó cuerpo y forma, y un sentido profundo centelleó un poco para apagarse justo después, con el primer golpe en la puerta, o serían quizá los latidos de su corazón, que la traicionaban, las palmas de sus manos, que sudaban, todo lo que permanecía encerrado a cal y canto en su interior, querría no saber, cerrar el libro, hacer callar a la señora Dalloway, borrar aquellas palabras que parecían haber sido escritas para ella, mientras Anna-María, saltando encima de la cama, le rogaba que se diese prisa en aceptar su propuesta, y Constanza asintió con la cabeza, y una leve sonrisa cinceló con gracia sus labios delgados que consintieron y convinieron en todo lo que seguiría sin poner ninguna condición.

Esa misma noche, poco después de las diez, mientras una profunda tiniebla envolvía la casa de los Mecca, Constanza y Anna-María adujeron que las había invitado una prima suya cuya casa se hallaba cinco manzanas más abajo y que celebraba una fiesta para sus amigos en el jardín, y se fueron caminando para hacer acto de presencia durante un rato en la fiesta, era el cumpleaños de Sonia, cumplía veinticuatro y seguía soltera, el matrimonio no era una de sus prioridades, quería estudiar Historia del Arte en Vassar, viajar por Europa, recorrer el mundo y darse la gran vida, y su madre soltaba espumarajos por la boca, porque que se te quede una hija para vestir santos es un suplicio, y durante los paseos dominicales a la iglesia y por el barrio arrastraban siempre tras de sí los murmullos sobre la pobre Sonia, que no tenía la suerte de las chicas de su edad, y la señora Sorrenti no aguanta, no soporta la vergüenza, es como si llevase encima un tremendo estigma, un grano doloroso que no acaba de estallar, y cuando las chicas de los Mecca entran en el jardín, la señora Sorrenti encuentra consuelo en el rostro de Constanza, porque, pensándolo bien, su sobrina está en una situación mucho peor que su hija, a los veinticinco ya es una solterona inaccesible, y deposita sus esperanzas en que la misericordia de Dios la proteja, porque sabe que es buena cristiana y no se pierde ni una misa, al final todo irá bien, todo se enderezará, piensa, mientras se santigua antes de meterse en la cocina, porque no aguanta esa juventud que bulle de vida, le da

dolor de cabeza con sus exageraciones y sus gritos.

Sonia realizó las presentaciones de rigor y con un guiño sentó a Mateo, su amigo de la infancia, junto a Constanza, pero ella no pareció apreciar la iniciativa de su prima, que tenía un carácter vehemente y lo arrastraba todo a su paso, y siempre hablaba del compromiso social, de los derechos de la mujer, los jornales de los obreros y la fuerza de los sindicatos, le gustaba charlar de modo varonil y nunca daba su brazo a torcer, era obstinada y susceptible, y aunque los hombres más jóvenes la miraban con admiración e incluso con una pizca de erotismo y miedo, Sonia tenía ese don único que a menudo caracteriza a las mujeres enérgicas y que consiste en desear a los hombres que no posarían los ojos en ellas dos veces, algo en su naturaleza incontenible y poco económica los molestaba, y de ese modo sentía que sus opciones eran escasas e inevitablemente predeterminadas, y se consumía en idilios semejantes a tormentas de verano, que llegan de repente para concluir con la misma rapidez, y en los que la lluvia apenas llega a colmar el ansia de la tierra, como una esponja hinchada que no apacigua la sed insaciable; Constanza no tardó en levantarse del sitio con la excusa de servirse un vaso de agua; entró en la cocina, se quedó un rato delante de la ventana que daba al jardín, a las dalias y los malvaviscos, y cerró los puños con fuerza, ¡qué vida tan carente de inspiración llevaba!, y toda su desesperanza cupo en la violenta convulsión de su muñeca, como si se sacudiese de golpe un yugo invisible, y cuando, descuidada, se dio la vuelta para regresar, tropezó con el taburete de la cocina y cayó sobre la esquina de la encimera, haciéndose una brecha en la ceja; la sangre brotó cálida, marcándole en forma de rayo el pálido rostro; ahora era casi guapa.

Constanza lloraba entre sollozos, no porque le doliese, sino porque podía llorar sin sentir vergüenza delante de tanta gente, tenía todo el derecho, toda la razón, y su hermana pequeña se arrodilló, intentando aplacar su dolor con palabras dulces, y su prima Sonia le sujetaba la mano y le decía que no se preocupase, que se trataba de una herida superficial, que no dejaría señal, y los chicos del grupo se habían acercado lo bastante como para poder ofrecer su apoyo con medida y seguridad, sin mezclarse en el drama personal que se desarrollaba ante sus ojos, y la señora Sorrenti fue corriendo a traer los primeros auxilios, y como el doctor Yakolski estaba lejos para llamarlo, tocó dos puertas más allá, en casa de la señora Hozibar, que a sus treinta años ya se había quedado viuda y era la triunfante jefa del servicio de enfermeras en el Hospital de West Jersey, solitario y silencioso en la confluencia de las avenidas Ephraim y Atlantic.

En los últimos tiempos, la señora Hozibar sufría de insomnio, porque después de la muerte de su marido en la duodécima batalla del

Isonzo,[29] en el otoño del 17, cogió el escaso dinero, las alhajas comunes y zarpó sin dar cuentas a nadie hacia la Tierra Prometida, y aunque habían pasado casi once años desde que su marido croata se hubiera alistado en el ejército austrohúngaro de Su Excelencia Francisco José, no había querido volver a casarse, ya que su experiencia del matrimonio era más bien desagradable, si no inexistente, y, aunque no lo decía en público, sabía perfectamente que se le ofrecía una segunda oportunidad para hacer su vida, aun con penas y fatigas, como se la había imaginado, porque no había nada más importante que la libertad, y en Estados Unidos, a pesar del puritanismo y el chovinismo que había encontrado, era una mujer sin raíces ni compromisos, a la que todos respetaban, quizá también por el carácter humanitario de su oficio, y lo único que traicionaba una procedencia particular, extraña, balcánica, era la carga que arrastraba su apellido, que con sus consonantes cerradas recordaba a una sierra luchando por derribar un alcornoque, y conforme daba vueltas en la cama, presa de los remordimientos por haber abandonado a padres, hijos y hermano al emigrar sin decir palabra, llamaron a la puerta, y con gran alegría y alivio cogió su maletín de primeros auxilios y siguió a la señora Sorrenti en plena noche, porque no había mejor somnífero que un cuerpo agotado; cruzó el umbral de la puerta, pasó al jardín trasero y su mirada cayó sobre Constanza Mecca, que tenía una pena honda y unos ojos que soltaban chispas; era como si la herida que coronaba su ceja izquierda embelleciese su rostro serio, y el corazón le dio un vuelco y aminoró el paso, y hasta aguantó la respiración, porque le daba la impresión de que se veía a sí misma diez años atrás, sentada cabizbaja en la escalera de piedra de la casa paterna en Gradišča, en Eslovenia, esperando que ocurriese algo dramático, algo que la empujase al borde del abismo, para tomar por fin una decisión y atreverse a lo imposible, y en ese momento, como el *déjà vu* de una batalla que nunca llegó a librarse, se cruzaron sus miradas, sellando su primer momento de reconocimiento.

En efecto, era una lesión superficial y las experimentadas manos de la señora Hozibar limpiaron la herida y recomendaron un día de descanso, no estaría de más incluso que pasase en algún momento por el hospital, «mañana mismo», si es que disponía de tiempo, la otra opción era que pasase ella misma por la casa de sus padres, y Anna-María preguntó llena de preocupación «¿se trata de algo serio?», y la señora Hozibar negó con la cabeza «no, pero para descartar todas las posibilidades», y Constanza Mecca vio algo juguetón, casi inapropiadamente atractivo, en el movimiento de la cabeza y en la cálida voz de la señora Hozibar, y su intuición le dijo que la realidad reservaba a los elegidos un segundo nivel que se le acababa de revelar en toda su estremecedora extensión; contempló las manos fuertes de la

señora Hozibar, su tronco erguido y los hoyuelos que cincelaban sus mejillas y tuvo la impresión de que conocía a esa mujer desde hacía tiempo, y la señora Sorrenti anotó con mucho gusto la dirección de las señoritas Mecca y cogió del brazo a la señora Hozibar para darle una propinilla por las molestias, y ella rechazó amablemente sus honorarios, «solo faltaría» dijo, y poco antes de volver a cruzar el umbral en sentido contrario se giró y buscó con la mirada a Constanza Mecca, que estaba encorvada mirándose las pálidas palmas de las manos, sonriendo indiferente a las cucamonas y los piropos de Mateo, que afirmaba que con la herida y el rojo del amoniaco por encima de la ceja estaba igual de guapa que antes, pero mucho más deseable.

Y, como suele ocurrir en la vida, Anna-María Mecca no consiguió llevar a cabo sus planes de la tarde, igual hasta se olvidó de ellos a propósito, porque la noche era cálida y la compañía buena, los vasos estaba llenos y las conversaciones fluían de forma agradable, y los piropos de Nino, que estaba a su izquierda, mantenían su interés, su interlocutor era casi guapo, con rasgos marcados, cuando no abría la boca para llenar los silencios incómodos le recordaba a un actor estadounidense de cine mudo, y sacaba un buen sueldo del corretaje de la tierra, tenía sueños y un coche ya comprado, quería cruzar Estados Unidos y mudarse a Hollywood, estaba seguro de que la fortuna le sonreiría porque el clima de la costa oeste le iba mejor, y Anna-María se vio a sí misma en el asiento del copiloto, y se inclinó un poco más hacia su lado, por encima de los canapés y de los champiñones rellenos de queso, y se le iluminó el rostro, porque imaginó su vida común en la ciudad de Los Ángeles, y mientras tanto Neal, el sicario, no pegaba ojo en el apartamento del pastor Moore, porque lo buscaban por todo Camden sus amigos mafiosos, y el Gran Ray, que no quería líos con los muchachos del poderosísimo y prometedor Don Vito,[30] le avisó de que se preparase para un viajecito de placer, porque poco antes de amanecer se marcharía con la furgoneta blanca a los lagos de Canadá y desde allí cruzaría solo la frontera hacia Ottawa, y cuando por fin entrase en el país del arce y de la marmota debía olvidase de él, a partir de ese momento estaba solo, aquella noche concluía de forma definitiva e irreversible su colaboración, y si él estuviese en su lugar, cogería el primer barco para Europa, para Marsella, en otras palabras, desaparecería de la faz de la tierra por lo menos una década, hasta que se calmasen las cosas y se olvidasen las deudas, y Neal, que no le guardaba rencor, no le puso objeciones, se iría al menos por un tiempo, pero tres meses después volvió sin blanca y de mala gana a Nueva York, y tras dejar una buena cuenta en el club 21,[31] levantó su arma de calibre 45 y se cargó a diez, uno detrás de otro, antes de desplomarse a causa de una bala suya, la última y definitiva.

VII

un saco con gatitos
hundido en el riachuelo helado
intensifica el frío[32]

Basil Cambanis se había citado con el agente inmobiliario en el *diner* para ver cómo organizar la venta del establecimiento primero, y después de la casa, y Nino Cavani *junior*, segundo hijo de Nino Cavani y de Anna-María Mecca, calculó a ojo la antigüedad y la localización del restaurante, el valor objetivo de la zona y las necesidades inmediatas del cliente para fijar un primer precio, porque Basil Cambanis no quería ver que los esfuerzos de toda una vida se convertían en un aparcamiento, al menos no de inmediato, y Nino Cavani le dijo que haría lo que estuviese en su mano, pero que sería difícil que recibiese una oferta mejor y que haría bien en pensárselo; en cuanto a la casa, estaba casi seguro de poder colocarla a un precio razonable a lo largo de los meses siguientes, solo tenía que decirle si seguían adelante, cuanto antes mejor, y Basil lo pone en su sitio, «primero el restaurante y luego la casa, hemos dicho», y Nino le da la mano y su templado apretón de manos sella un acuerdo, es la guinda de un impulso superficial, autodestructivo y vengativo que no anuncia nada bueno.

Nino Cavani se alisa la camisa de aspecto caro que compró en un *outlet* de la periferia norte de Filadelfia y se marcha con la cabeza ligeramente gacha, ya no gana tanto dinero como antes, los negocios están de capa caída, necesita ocuparse de cosas que apenas le traen beneficios, trabajillos de tres al cuarto que requieren doble y triple esfuerzo para llevar unas migajas al bolsillo, lo justo para la gasolina del semestre, «putos árabes, ¿hasta dónde va a llegar el galón?», y encima tiene a su madre que, a sus ochenta años, lleva dos infartos a la espalda y tiene un pie en la tumba, pero no deja de hincharle las pelotas por no haberse casado y no haber tenido familia, por cómo se las apaña, por lo que come y por cómo limpia, y todo para que se la lleve a la fuerza a su casa, de compañera de piso permanente; no aguanta más, cada dos días lo llama por teléfono y el ring ring no para

hasta que lo coge; ha encontrado a una recepcionista en la residencia Capri que le concede todos los caprichos y la tiene pegada al auricular, inmóvil como una estatua, eso por no hablar de que se huele que la paguita que le da a su madre una vez al mes acaba en los bolsillos de la percherona esa, se han puesto de acuerdo para amargarle la vida, a ver cuánto aguanta, su hermano se casó y quedó en paz, bueno, es una forma de hablar, porque en el apartamento de al lado viven sus suegros, desgracia doble, matrimonio y suegros, porque su madre, a pesar de su confusión, tiene la cabeza en su sitio, sabe a quién camelar para conseguir lo que quiere, «me cago en mi mala suerte», entra en el coche y hace chirriar las ruedas, y Basil mira por el cristal del *diner* y ve las marcas negras de los neumáticos manchando el asfalto, levantando un polvo que durante un momento permanece inmóvil en el aire, ya están tomadas sus decisiones, lo único que queda es anunciarlo, hoy, mañana, pasado mañana, la semana que viene o la siguiente o el mes que viene, va a vender el restaurante, a la mierda, y después la casa, y de momento horada el tiempo hasta poner en marcha el divorcio, porque ya está decidido, Susan y él ya no tienen nada en común, y ella se ha deshecho de mala manera de lo que en teoría podría unirlos aún, lo ha matado.

Minnie y Litó juegan al comecocos en los recreativos de Bill, famosísimos por sus finas canastas electrónicas y por los *pinball* ladinos que te dejan sin paga, y es que hoy es el cumpleaños de Minnie, cumple los doce e inaugura su decimotercer año, y Litó, que seguía siendo muy buena regateando, en cuanto se olisqueó la oportunidad convenció a Minnie para que pidiese de regalo un mediodía en los recreativos de Bill con todos los gastos pagados, y Minnie le dijo que sí, porque, si no, no la iba a dejar en paz, y ahora está al lado de Litó, que echa una moneda más en la ranura de la máquina amarillenta y tragaldabas, y Susan, al fondo de la sala estrecha, bebe una limonada con hielo y azúcar extra y cada dos por tres remueve nerviosa los pequeños granos cristalinos con la pajita, porque nunca antes se le había pasado por la cabeza que el olfato pudiese estar indisolublemente unido al gusto, y desde hace dos semanas tiene un hambre insaciable que busca hasta el más mínimo rastro de sabor en dulces y salados, y lo único que baja por el esófago es una sensación indeterminada y sintética que le llena la boca e hincha el estómago con plástico degradable.

Le toca a Minnie jugar al comecocos y, al igual que cinco minutos antes, le cede de nuevo la moneda y el turno a la impaciente Litó, que pretende en algún momento comerse todas las cerezas reconstituyentes y terminar ese juego de pantallas difíciles y fantasmitas molestos de color azul, rosa, rojo y naranja que la persiguen de arriba abajo y le devoran las vidas de una en una, y

Minnie ve la oportunidad de escabullirse de la atención de Susan y de los deseos insaciables de Litó y salir sola a la calle para atravesar con cuidado la estrecha y mal asfaltada franja de acera, cruzar rápidamente al otro lado y entrar en el pequeño establecimiento de comida en el que hace rato que se ha fijado, con un cartel donde pone en letras grandes «Por Suerte»,[33] junto al que se halla, enmarcada y arrugada por los lados, la bandera de Puerto Rico, porque en lo único que piensa desde el momento en que puso el pie en el barrio de Gateway es en ir a echar un vistazo al establecimiento ese que frecuenta su hermano y pedir una ración de plátano frito, a ver si se repone, crece aunque sea una pizca y recupera, aunque sea durante un rato, el tiempo perdido, y el simple de Diego, con el bigotito pelado y la gorra de béisbol de los Phillies ladeada, le sirve una ración de plátano recién frito y un poco de arroz con frijoles y pollo que había quedado del día anterior y habría tenido que tirar, y pega la hebra con ella, preguntándole dónde vive, si es nueva por aquellos lares, y si ha visto la hazaña de los Phillies, que se han ganado los *play-off* a pulso, «cuatro a dos, ¿te lo imaginas?», con los Kansas City y que habían conquistado con la preciada ayuda del gigante Mike Schmidt su primera copa en el World Series, y Minnie se traga un plátano verde frito detrás de otro, y cada bocado es un remordimiento lejano que no baja de ninguna manera, por algo que dijo, por algo que no hizo, por todos los pensamientos malos y feos que de vez en cuando deseó que se cumplieran, y ahora querría retirarlo todo, pero, por mucho que deposite su esperanza en el milagro del plátano verde frito, sabe bien que su padre ha renegado de ellos y ha formado una familia feliz en la ciudad de enfrente, y que su madre no va a volver de allá arriba, porque Minnie está segura de que ha encontrado una plaza buena y cómoda en el cielo para su vejez, y que si aparece su hermano, lo único que traerá debajo del brazo serán problemas, insultos y amenazas, por mucho que ella se lo perdone todo de corazón: la trenza cortada, los balines de aire comprimido perdidos, los puñetazos disimulados y los arañazos a escondidas, la paga robada y el juramento de silencio que le hizo tomar a la fuerza, con la mariposa en la mano derecha, amenazándola con degollarla viva mientras dormía si se chivaba y le largaba a su madre dónde iba y dónde se metía por las noches cuando todos dormían en el apartamento de la planta baja de Centerville, que ahora ha quedado vacío de voces y vida, oscuro y sin alquilar, porque los vecinos, nada más ver que el féretro lacado cruzaba la puerta, entraron a llevarse los electrodomésticos, después el sofá y la mesita con las sillas, y al final las vajillas baratas que habían quedado como esqueletos de animales, despojos de porcelana falsa dentro de los armarios.

Pero las cosas han cambiado por completo, y Minnie ya no tiene

miedo de Pete ni de su estúpida banda, de la *omertà* ni de sus chulerías y, conforme Diego rasca con las uñas el mostrador para quitar las migajas pegadas, Minnie le lanza el anzuelo «¿a qué hora se juntan los Quinonas[34] en los columpios?», y Diego, sin pestañear siquiera, se inclina suspicaz y la mira a los ojos «¿quién pregunta?», y Minnie le replica «la hermana de Pete el Negro quiere verlo», y Diego la sopesa con la mirada, y Minnie, que se ha leído muchas veces las chuletas que escondía su hermano bajo el colchón destripado, porque al muy payaso se le daba fatal memorizar, se sube con las rodillas al taburete y del modo más natural e impasible le pide la cuenta, y le deja una moneda de cinco de propina, un *nickel*[35] reluciente cargado, sin que Minnie se dé cuenta, de posibles indirectas, y ahora Diego lo tiene en la palma de la mano y lo observa, mientras el sol tenue de la tarde cae sobre él y se refleja ora en la cafetera metálica de remates negros, ora en la fotografía enmarcada de un antiguo grupo de amigos, ahora distanciado, que posa ante la lente empañada un mes de junio en la piscina municipal de Centerville, poco antes de su cierre y demolición tras el extraño e inexplicable ahogamiento de uno de los cinco adolescentes sonrientes retratados, que mantuvieron sus apodos infantiles (el Gordo, el Salido, Junior y el Alcalde) y se convirtieron en barones del *crack* y la heroína, fundando la «Organización», nunca mejor dicho, que contaba con las sucursales de «los Quinonas» y de «la Mochila», que pasan hierba y farla,[36] *crack* y caballo en las escuelas, los barrios pobres y los alrededores del estado de Nueva Jersey, desde Atlantic City hasta Nueva York.

Minnie vuelve a los recreativos de Bill y es como si no se hubiese marchado ni un instante, Susan se ha quedado dormida sobre la mesa con los periódicos de antes de ayer, que anuncian en portada el asesinato de John Lennon, y Litó sigue, imparable, entre vítores y gritos de guerra por el nuevo récord que ha batido y la nueva pantalla que aparece en la superficie convexa, y Minnie, que se aburre con los videojuegos y los *flipper*, da dos vueltas a la sala y se acerca a Susan para tirarle suavemente de la manga y preguntarle con gran seriedad «¿puedes decirme qué diferencia hay entre los doce y los trece?», y Susan se despierta de su profundo sueño e inspira de una vez, «claro, una vela más en la tarta», y se detiene para continuar a toda velocidad, por inercia, «te van a salir los dos dientes que te faltan», y Minnie palpa los huecos de sus encías mientras Susan la coge con ternura de la muñeca, «y a lo mejor te harás mujer, este año o el que viene», y Minnie deja escapar una exclamación, porque Susan le ha dicho algo que no se dice y que seguramente no debía oír, «¿que va a bajar el ejército rojo?», pregunta asustada, y sus terribles sospechas se confirman, porque al parecer «antes o después, el ejército rojo alzará la bandera rusa», y piensa en lo que había oído decir en el colegio tres

años atrás al hijo del aspirante a concejal, cornudo y recién separado, «todas las mujeres son por naturaleza traidoras, anarcoautónomas en potencia y comunistas ocultas a partir del momento que levantan la bandera roja» y, en el momento en que Litó mete su última moneda, rebosante de concentración y maestría prestidigitadora, porque ha llegado tras largos esfuerzos y sacrificios virtuales a la pantalla quincuagésimo primera, se va la luz, y la corriente vuelve a estabilizarse tres segundos más tarde, y la pantalla pone en letras grandes y negras «*game over*, meta la moneda en la ranura».

Es domingo por la noche, poco después de las siete, y la espesa oscuridad de diciembre ha cubierto la carretera y los letreros de las gestorías y los bufetes, el autobús de la línea Dudley que tiene como estación terminal Cooper Grant cruza la avenida desierta, y en su cristal se reflejan las luces opacas de la marquesina blanca con la inscripción «Ariadni», y Basil Cambanis cumplimenta los turnos de la semana y se rompe la cabeza para ver cómo organizar el horario del día siguiente ahora que Sally, una de sus chicas, se ha puesto enferma, algo de la garganta y los pulmones, tiene que hacerse más análisis, eso han dicho los médicos, y Veronica, que padece migrañas y sufre crisis de pánico, en esta época no puede ocuparse sola del restaurante, o a lo mejor sí, tendrá que hablar con ella para ver qué pueden hacer, «¿Veronica?», al carajo todo, piensa vender el restaurante, «que lo derriben, que lo hagan polvo», está decidido, es domingo por la noche y no hay ni un alma, la semana anterior a esa misma hora desvalijaron la multitienda de enfrente sin que nadie se enterase, llegó la policía y rellenó dos papeles, recogió dos firmas y se fue por donde había venido, con el rabo entre las piernas, son casi las ocho y a las nueve piensa bajar las persianas metálicas, va a cerrar antes, para qué esperar. «¿Veronica?», y mientras busca a Veronica con la mirada, se abre la puerta del *diner* y una ráfaga de viento reactiva las persianas, mueve los ventiladores de techo y las lámparas, esa noche esperan una tormenta de nieve y que la temperatura caiga hasta los veinte grados, [37] tantos años en la Costa Este y aún no se ha acostumbrado al frío, ocho meses de invierno y dos meses de verano, y otros dos meses de comodín, para ponerlo de los nervios, una vez frío y otra calor, y la nieve no se derrite, se congela y se convierte en un fango cristalino, una ameba gigante que se extiende por la ciudad y engulle, insaciable, carreteras y aceras, casas y coches.

No había dejado de nevar en toda la noche, cuajaron dos pies al cabo de pocas horas y no hubo nadie que no se quedara medio minuto en la puerta o la ventana, un poco antes de quitarse las botas o de ponerse los guantes, evocando y observando el estruendoso silencio del copo que cae y se pierde, y Basil Cambanis se queda de pie en el pasillo, hablando en voz baja, justo al lado del baño pequeño que

tienen para los invitados y que parece un trastero, y Susan ha apoyado la espalda en la pared y lo oye con los brazos cruzados a la altura del pecho, no tiene valor para intervenir en sus cálculos mezquinos, a lo mejor ni siquiera quiere, y cada palabra medida de él equivale a un copo de silencio espinoso con el que Susan se atraganta, Basil le dice que no quiere nada, que se quede ella el dinero de la casa y del restaurante, a condición de que no pida pensión alimenticia, que salga el divorcio de común acuerdo, «¿y las niñas?», lo interrumpe Susan, y Basil agacha la cabeza y le da una patada a un copo invisible enganchado a la punta de la bota que ha olvidado quitarse, manchando el pasillo y el salón de agua embarrada, «tú sabrás», le contesta, y sí, en efecto, ella sabe que cada copo es único en su composición, y que la nieve se quedará en la ciudad hasta marzo, quizás hasta abril, y que el río, en un momento dado, se congelará por zonas, como la noche de la Navidad de 1776 en la que George Washington cruzó con sus dos mil cuatrocientos hombres el río Delaware para ganar la primera batalla importante del Ejército Continental, la batalla de Trenton,[38] y todo aquello eran acontecimientos menores, que han ocurrido y se han registrado, como también que su marido es un cobarde y ahora que llegan las duras se marcha y a ella no le importa, porque algo en su interior se ha helado y nota la rigidez desde los dedos del pie hasta la base de las cervicales, y su estremecimiento es una aceptación de los acontecimientos, de las ventajas y los inconvenientes de lo ocurrido, su estremecimiento y el crujido de la puerta del baño, que se abre primero una rendija y luego de par en par, y de la oscuridad sale Litó con una pila de pegatinas dobles de la colección Panini en la mano que tiene intención de cambiar al día siguiente en el colegio, papelitos que los hacen viajar atrás en el tiempo, a la Copa Mundial de fútbol de 1978 en Argentina y al *Grease* de John Travolta y, según ambos, al verano más feliz y despreocupado de todo el planeta.

Y Litó se alza entre ellos como un puente flotante sobre un río inaccesible, no les va a hacer el favor de echarse a llorar ni le va a dar de nuevo el asma, aprieta sus cromos, estruja en la palma de la mano el rostro de Daniel Passarella[39] y echa a correr, cruza el pasillo y regresa al salón, a su cama provisional, incómoda y expuesta a las inclemencias del tiempo; se echa a dormir con la ropa y los zapatos puestos, como un náufrago de agua dulce, y se arropa hasta arriba con la manta, no vaya a ser que deje un mínimo hueco por donde entre el musgo de la orilla para ahogarla con sus tentáculos asquerosos y resbaladizos, y cuando Basil se arrodilla a su lado para susurrarle un par de fragmentos de sabiduría adulta e innecesaria, Litó se hace la dormida, aprieta los párpados para mantenerlos herméticamente cerrados, tanto que la boca se le arruga en las comisuras y los surcos

de las mejillas excavan pliegues prematuros en el rostro infantil: se trata de una imagen de niñez envejecida tan ridícula, tan fuera de lugar, que solo puede provocar tristeza pura.

Minnie no tiene intención de dormir esa noche y está estudiando la lección del día siguiente, se ha quedado muy atrasada en la materia, sobre todo en geometría, y ahora está intentando calcular con el lápiz las pequeñas superficies redondas de las galletas de chocolate que parecen platillos volantes y salen de una fantástica máquina de chocolate futurista; tienen un diámetro de 16 milímetros, y su cerebro da vueltas alrededor de los crujientes radios de almendra intentando encontrar la solución deseada, que asciende a alrededor de 201 milímetros cuadrados de superficie ideal, cosa que le deja un regusto dulce y pleno en la boca; ahora ya está lista para meterse con la periferia de una rueda de coche y la superficie bosquejada de un polígono en forma de cruz que se halla encerrado dentro de un cuadrado simpático pero laberíntico, y justo cuando va a acometer tan ardua tarea, al tiempo que muerde la punta, no tan apetecible, del lápiz blando 2B, Litó da un empujón a la puerta y, con los ojos hinchados y enrojecidos y la manta echada por encima cual antigua pelliza que en sus pliegues guarda las malas noticias, se arroja a la cama de bruces junto a Minnie y se queda dormida relativamente rápido, porque allí, en su habitación, con Minnie, se siente segura, y Minnie, a la que le pesan los ojos por el sueño y las sucesivas noches en vela, deja el cuaderno en el suelo y apaga la luz, y las dos muchachas se duermen una junto a otra, y sus respiraciones se van sincronizando poco a poco a medida que avanza la noche.

VIII

Cómo surgen en la tierra (apareciendo a intervalos), cuánto se les valora y qué terribles son para la tierra, qué acostumbrados están a sí mismos, como a cualquier otro, qué paradójica se les antoja su época, de qué modo la gente reacciona ante ellos, aunque no los conozca, cuánto hay de ineluctable, siempre, en su destino, cómo se equivocan siempre al elegir los objetos de su adulación y su recompensa, y cómo se ha de pagar siempre el mismo precio inexorable por la misma gran adquisición.[40]

La amistad de la señorita Mecca con la señora Hozibar no tardó en provocar un revuelo en la pequeña ciudad, quizás porque la felicidad es algo que todas las personas, sensatas o no, envidian, y el rostro de Constanza Mecca había perdido por completo su antigua lividez, y la pregunta que todos tenían en la punta de la lengua era qué había ocurrido, y cuanto más padecía su hermana por un amor sin salida y una boda inminente basada en grandes obcecaciones y pequeños intereses, más resplandecía su hermana mayor, con su conmovedora sencillez y la mirada abierta, y pronto, como sucede siempre, su pequeño e inofensivo secreto fue descubierto, fruto de una combinación de descuido propio y clara intención insidiosa ajena, cuando Nondas Cambanis, inducido por el yerno de los Mecca, Nino Cavani, y por la generosa bonificación que este le ofrecía, se dedicó a seguir a la hija de su jefe y vio con sus propios ojos a Constanza Mecca atravesando el umbral de la señora Hozibar y, si las malas lenguas no lo hubiesen instruido y alertado, no habría encontrado nada sospechoso ni reprochable en que dos mujeres adultas gustasen de conversar junto a la pequeña chimenea apagada o en la microscópica terraza trasera, junto a las verduras comestibles, y en que tejiesen a finales de verano chales de hilo y mangas de futuros jerséis cálidos en compañía de una gata callejera gruñona y vieja con siete vidas; sin embargo, mientras esperaba pacientemente en la acera, escondido tras el grueso tronco de un árbol, a punto de perder la esperanza de poder contar algo que suscitase interés, ocurrió lo que tenía que ocurrir, que la señora Hozibar le dio las buenas noches a la señorita Mecca y la abrazó tiernamente, y según estaban, en la entrada de la casa de dos

plantas, con la puerta entreabierta, sus manos se entrelazaron con fuerza durante un instante, y la mano de la señora Hozibar acarició la mejilla de la muchacha, y la besó suavemente, con cuidado, no se fuese a romper, en la boca, y la señorita Mecca se ruborizó y se mareó, pero no retrocedió, sino que se limitó a cerrar a ciegas la puerta con la mano y no salió antes de que la medianoche tocara doce veces su melodía en el campanario de la Virgen Carmiótisa.

Nondas Cambanis no era un chivato; puede que fuese cobarde y analfabeto, e incluso que no supiese mucho de la vida, pero no tenía madera de soplón, por supuesto que lo que vio lo alteró y lo sorprendió, y de buena gana mantendría una conversación cara a cara con el paterfamilias Mecca, pero se trataba de un tema delicado y de naturaleza particular, y su instinto le decía que no se metiese en asuntos ajenos, menos aún si eran de carácter amoroso, que solo conseguiría esparcir engorros y acusaciones, así que mantuvo el secreto oculto y la boca cerrada, hasta que una noche, en el sótano cerrado, todo se dio la vuelta y se abrió la caja de Pandora, porque, como la cabeza le daba más vueltas que un trompo a causa de los vapores de la *grappa* asesina que resucitaba a los muertos, se fue un poco de la lengua: que él no entendía qué hacían en la cama dos mujeres juntas, en concreto la señora Hozibar y la señorita Mecca, y Nino Cavani, que entendía perfectamente qué hacen dos mujeres en la cama, y estaba bastante sobrio, no perdió ni un momento y encontró la manera y el pretexto de poner sus propias condiciones en el acuerdo para la dote, junto con una condición inquebrantable: que si la hija mayor no se curaba de sus inclinaciones desnaturalizadas, la boda con Anna-María no se celebraría y el compromiso se disolvería, porque él no quería taras en la familia: a ver luego quién le garantizaba a él que el hijo o la hija que trajese al mundo no iban a arrastrar la vergüenza y el estigma en su sangre.

Tres días duraron los llantos y los gritos en la casa de los Mecca, y eso porque Constanza se doblegó y estalló, reconoció su culpa y lo repulsivo de su naturaleza, y soportó los gritos y las amenazas de la madre Mecca y la mirada glacial e incorruptible del padre Mecca, al que en menudo aprieto había puesto, y la señora Mecca tomó sus medidas y, acompañada del reverendo Leone, cruzaron una tarde el umbral de la señora Hozibar y le pidieron, o mejor dicho exigieron, que interrumpiese todo contacto y relación con la inocente e ingenua muchacha, que mientras tanto había llegado a los veintiséis cumplidos, y ni cortos ni perezosos la amenazaron con males terribles y represalias, porque aquel asunto estaba a punto de adquirir grandes dimensiones y sería bueno que les diese tiempo a atajar y a salvar el honor de Constanza Mecca, porque ningún marido se casaría con ella con tan grave historial, y el reverendo Leone, que en el fondo era una

persona cándida y plácida y no soportaba que su rebaño se extraviase del camino, invitó a la señora Hozibar a que se arrepintiese y acudiera a confesarse para dejar tras de sí a la mujer pecadora e inmoral que llevaba en su interior, y la señora Hozibar, que ya había visto y aguantado bastante en su propia casa, declaró de repente que ya bastaba, sanseacabó, y, en cuanto a lo otro, en su cama solo mandaba ella, antes de abrir la puerta de par en par para mostrarles de muy mala manera el camino de regreso, «adiós muy buenas», y la señora Mecca recogió su dignidad, se colocó las horquillas en el pelo ondulado, cogió del brazo al asombrado reverendo y con la cabeza bien alta cruzó cinco yardas de camino, esquivando con cuidado los taimados y asquerosos charcos.

La señora Hozibar y la señorita Mecca, a pesar de vivir en la misma ciudad, no volvieron a encontrarse, porque a veces el azar es así, las circunstancias no ayudan y hay épocas desafortunadas, la suerte necesita el empujón de los valientes, actos y sacrificios que le engrasen las ruedas, y aunque muy a menudo la señorita Mecca ocupaba la mente y el corazón de la señora Hozibar, que se preguntaba dónde estaría, qué haría y si sería feliz, no se atrevía a indagar, porque el vecindario se había vuelto en su contra y la había estigmatizado, y a su espalda se decían muchas cosas, sobre orgías, cigarrillos de opio, bebidas alucinógenas y todo tipo de desviaciones morales, pero a ella qué le importaba, se había dedicado de lleno a su trabajo, y las tardes libres visitaba la biblioteca municipal, hasta que volvió de nuevo el invierno, y no dejó de encontrar consuelo en las alegrías y las penas de papel, mientras que la señorita Constanza Mecca, convertida en señora Totti, se marchitaba y languidecía en un matrimonio concertado a toda prisa que más que matrimonio era pura maldición, y no alimentaba esperanza ni ensueño alguno; se hallaba prisionera en las páginas de un libro mal escrito que parecía una farsa y pronto concluiría, porque un año y unos meses más tarde la señora Totti se quejó de una indisposición que la molestaba cada vez más y, aunque su entorno lo atribuyó a su naturaleza frágil y neurasténica, ella, en cuestión de tres meses, dos semanas y cinco días, se encamó con unos dolores terribles en todo el cuerpo, y a mediados de agosto de 1928 se le diagnosticó una metástasis de cáncer de mama y, tras una batalla desfallecida y sin gloria, cerró los ojos el primer domingo de octubre, segura de haber vivido al menos un amor grande y novelesco, y la enterraron, tal como había pedido por último deseo, en el cementerio de Harleigh, en la misma tierra, en el mismo césped, que su poeta y humanista preferido, Walt Whitman, y ya era tarde, pasadas las doce de la noche, cuando la señora Hozibar, hojeando el *Courier-Post* de la semana anterior, leyó la esquela de Constanza Totti-Mecca, de veintiocho años, queridísima esposa, hermana, hija y tía, y

amante, quiso añadir, pero el pesar y las lágrimas le estrangularon la voz.

Y a pesar de que Nondas Cambanis no era sino el farolillo rojo del mecanismo que condujo al escandaloso descubrimiento y en ningún modo el autor moral e incitador de la desgracia, se le consideró mentiroso, culpable y responsable del doble infortunio que se les había echado encima y, como en la familia Mecca no tenían a nadie más a quien echar la culpa, ahora que el tremendo y nocivo estigma del cáncer pesaba sobre sus genes, se esfumó el rencor que le guardaban a la señora Hozibar para centrarse en el forastero, intruso y conspirador que, en el fondo, siempre les había parecido antipático, porque metía aquella nariz torcida en todos sitios y no hacía más que propagar hiel y veneno; desde que cayó del cielo, una noche hace muchos años, ante la puerta de su santa casa, se habían sucedido las desgracias una tras otra, y en la reunión familiar extraordinaria que convocó la señora Mecca, impelida por su hija Anna-María, tomaron la decisión conjunta y unánime, defendida por el acusador principal, Nino Cavani, de que tenían que librarse de aquel griego calumniador y descarado, prescindir de sus servicios, que se fuese por donde había venido, no le guardaban rencor, pero que encontrase su camino, como tantos otros y, tras acordarlo y arreglarlo con todo detalle, abrieron una botella de vino tinto que tenían guardada en la bodega para tales acontecimientos de festejo, y ahuyentaron todas sus dudas: recordaron las extraordinarias virtudes y la bondad intrínseca de la hija prematuramente perdida y desearon de todo corazón que sus nietos viesen solo alegrías y riqueza.

Las noticias encontraron a Nondas Cambanis en su apartamento en Bergen Square, donde lo visitó el paterfamilias Mecca para anunciarle las desagradables noticias, siempre acompañado de sus insustituibles gorilas, Sergio y Peppito, se había cerrado un ciclo, acababa la temporada y noviembre enseñaba de nuevo los dientes; Nondas Cambanis, que pronto volvería a ser Andonis, sintió que el suelo se tambaleaba bajo sus pies, y no le importaba tanto perder el satisfactorio jornal y el esmerado trabajo en la *grappa* como la benevolencia y el cariño de las personas que consideraba su familia, y que ahora de buenas a primeras le prohibían cualquier implicación en los asuntos familiares y lo acusaban descaradamente de alevosía, de haber arrastrado por el fango a una muchacha inocente e indefensa, y vinieron a achacarle poco más o menos que la enfermedad de su hija, porque con sus descubrimientos falsos e inexistentes la había mandado a la tumba; Andonis Cambanis escuchó la larga lista de acusaciones y se quedó con la boca abierta, pidió perdón y aceptó todo lo que se le reprochaba en silencio, le dio las gracias a su jefe por los años tan bonitos que había pasado a su servicio y cerró la puerta para empezar

su vida de cero; no podía ser, algo hacía mal, y, tras pasar la noche en vela, pensando en aquellos acontecimientos tan feos e injustos, tomó la decisión de que a partir de entonces solo se juntaría con griegos; por atravesados que fuesen, más valía lo malo conocido.

Con el poco dinero que tenía ahorrado, Andonis Cambanis alquiló una casita en el este de Camden, en los límites de Cramer Hill con Dudley, donde se habían ido juntando poco a poco unos cien griegos, quizá más, que soñaban con la construcción de una iglesia ortodoxa y un centro cultural que cobijase sus conciliábulos y conversaciones y, con el dinero restante, que ascendía a una suma digna, hizo sus cuentas y llegó a la conclusión de que podría montar algo suyo, pedir permiso al Ayuntamiento y montar un puesto ambulante propio para vender piscolabis en la calle y como, en su opinión, las salchichas y los buñuelos necesitaban mano y toque femeninos, decidió convertir su escaso capital en fruta, manzanas y naranjas en invierno, fresas y cerezas en primavera y a finales de verano, por qué no, higos chumbos, zarzamoras y moras, y así lo hizo, en efecto; en menos de un mes cogió la mercancía y se puso a dar vueltas por la calle, y a pesar de que era muy cansado y le dolían las piernas y los riñones de pasar tanto tiempo de pie, el dinero que sacaba no estaba mal: pagaba las facturas y le quedaba algo para la hucha, porque no tenía confianza en los bancos y su dinero lo enrollaba en fajos, como las viejas, y los metía en el colchón, se lo había enseñado su madre, que había vivido la quiebra del Estado griego en el 93,[41] el dinero es como los queridos, tiene que estar cerca, a mano, y Andonis Cambanis, a pesar de que las prósperas sirenas del 28 lo llamaban, no tomó ningún préstamo, no jugó ni invirtió sus ingresos en el vértigo dorado de la Bolsa, y de ese modo, el jueves negro y el martes negro de octubre del 29,[42] salió ganando solo porque no salió perdiendo, pues tenía reservado su dinero en metálico entre plumas y plumones de segunda categoría.

Y mientras los bancos y las acciones se desplomaban como un castillo de naipes, arrastrando a la catástrofe económica a quienes habían realizado depósitos e inversiones, Andonis Cambanis disfrutaba con moderación del fruto de su trabajo, que tenía guardado como a la niña de sus ojos en su colchón de plumas, porque veía que las cosas, en lugar de mejorar, empeoraban: las ventas del puesto habían caído un sesenta o setenta por ciento en solo un año, la mercancía se pudría y se veía obligado a venderla a un tercio del precio de minoristas y, como consecuencia, sus beneficios eran exiguos, monedas de hojalata de cinco y de diez que irritaban los oídos con su ruido cacofónico y suplicante, así que, cuando en otoño de 1930 la Unión Internacional de Exportadores de Manzanas[43] tuvo la fantástica idea de repartir el excedente entre los desempleados a precio de mayorista, y sepultar

literalmente la ciudad con el remanente de manzanas sobrantes al precio de cinco centavos por unidad, sacando a la calle al menos a unos trescientos vagabundos ambulantes que paseaban su decadencia y su mercancía de barrio en barrio, Andonis Cambanis se lamentó de su suerte y acabó hincando la rodilla, antes de entregar la mercancía sobrante a los chavales que rebuscaban en la calle y entre las basuras algo para comer, cuyo número se había multiplicado; entonces decidió cambiar de rumbo, dejó las manzanas y la fruta y alquiló un antro de dos metros cuadrados en Dudley y, con un socio tesalonicense, montó en el año 31 un taller de reparación de zapatos al que llamaron Segunda Oportunidad, y cuando las cosas empezaron a ir medio bien y el jornal se estabilizó en veinte dólares, contrataron a una modista del Levante mediterráneo venida a menos para que les hiciese como pudiese los zurcidos y el jornal subió a cincuenta; el negocio iba lento, en primera y cuesta arriba, y en cuanto les dio por pisar un poco el acelerador para escaparse, se quedaron sin gasolina, porque en el 33 tardabas hasta una semana en ver una moneda de diez, y todo el mundo pedía que le fiasen y pagaba con cupones de comida, y la economía, sin combustible, renqueaba, y por todos lados surgían y se extendían los Hoovervilles[44] y organizaciones filantrópicas con decenas de voluntarios; las colas para el rancho recordaban una serpiente negra que rodeaba y sitiaba las ciudades, y en la carnicería todos pedían a escondidas un poco más de carne y mandaban a los niños a buscar huesos para perros que no tenían ni tendrían jamás, y Andonis Cambanis, en medio de tanta tristeza y neblina, se enamoró y perdió el sentido.

IX

cena familiar:
las luces,
demasiado tenues[45]

Para asombro general de Basil y Susan, Litó y Minnie se han vuelto inseparables, y aunque al principio Susan tenía sus dudas de hasta qué punto era sincera la naturaleza de su amistad, y de si su hija se aprovechaba de la niña acogida y en qué medida, acabó llegando a la conclusión de que las niñas habían formado un vínculo de amistad extraño pero práctico, y, a pesar de que al principio Litó daba la impresión de tener la sartén por el mango, ahora las cosas habían cambiado por completo y era Minnie la que en realidad cortaba el bacalao y daba órdenes e instrucciones, y Basil, que ha perdido la fe en la serenidad del hogar conyugal, no ve nada con ojos inocentes, y está convencido de que dicho cambio es un plan retorcido de Susan, y de que las niñas están en el ajo, de que todas están compinchadas para tenderle una trampa, para derrotarlo, para hacerlo cambiar de opinión y que se quede, pero de ninguna manera, y cuanto más lo piensa más se empeña, y le viene a la mente su primera aventura con una esmirniota malvada que lo traicionó, y luego la segunda, con la hija del tendero Stein, tímida y comedida, amor que creyó verdadero y que tardó cerca de dos años en olvidar, y la tercera, la vencida, con la hija del ayudante de farmacéutico, que se fue al traste poco antes de la boda, y para curar las heridas se lanzó de cabeza a las garras de su mujer, Susan, a quien esa noche ve como un ave de presa, como si los dedos se le hubiesen curvado y los labios enflaquecido, incapaces de mostrar algo de bondad, como mascando solo segundas oportunidades perdidas, y desde el pasado le vienen a la cabeza las palabras de su padre, amplificadas, con eco rumoroso, las segundas oportunidades están vacías, son para aquellos que necesitarán terceras y cuartas oportunidades y nunca se cansarán de tragar fracasos, «¿me escuchas cuando te hablo, Vasilis, o estás pensando en las musarañas?».

Y Vasilis, o Basil, en americano, estaba, en efecto, pensando en las musarañas, era un niño sensible que se metía de cabeza en amores, de

pequeño decía que cuando creciese quería ser Jesusito, y sus compañeros se reían de él y le lanzaban piedras y maldiciones; todo aquello hasta que cumplió doce, cuando dejó de tener paciencia y fantasías de santo mártir y de alguna manera se enderezó, metafórica y literalmente, y llegó al metro setenta, y más o menos por ahí se quedó, en el uno setenta y cinco, y era guapo o casi guapo, tenía algo zalamero en la mirada que atraía, y unas pestañas negras, largas y melancólicas, que daban sombra a sus ojos color miel, había salido a su madre, Ralú, que era de Lesbos, de Asómatos, y era famosa en Dudley por su porte orgulloso, por sus riquísimas comidas caseras y por el *ouzo* que se echaba al coleto cuando tenía penas de amor, y porque de vez en cuando salía a la calle, estrafalaria y desconocida, increpando a los transeúntes con gestos bastos y palabras soeces, cosa que era la angustia permanente del pequeño Basil, que su madre no se saliese del tiesto mientras su padre estaba trabajando y haciendo los recados, y entonces le daba por los rezos fantásticos y se volvía de nuevo el Jesusito que soportaba el dolor con estoicismo y otorgaba el perdón y la absolución por la vergüenza y las desgracias que lo perseguían.

Pero los males no dejaron de llegar, y una tranquila tarde de verano, a principios de junio del 44, cuando estaban empezando los calores y había menos gente por la calle, mientras Andonis Cambanis estaba a punto de almorzar en la tienda, con media hora de retraso, Ralú salió a la calle como un fantasma y, a pesar de que no le había dado tiempo a terminar la tercera garrafa de medio litro de vino tinto, sintió una especie de mareo, como si se le durmieran las piernas, y cayó, se diría que adrede, sobre el primer coche que venía a toda velocidad, y Basil, que había salido a buscarla, se quedó petrificado y no corrió a ayudarla, sino que se quedó atrás, mirando el cuerpo inmóvil de su madre, que yacía en la carretera, y al conductor que chillaba, y después, seguro de que su madre había muerto, abrió la puerta, entró en la casa, la cerró, vació la garrafa en el fregadero, la lavó bien y la metió en el armario; después se sentó en el sofá a esperar y cuando volvió su padre, cerca de la medianoche, lo llamó y le metió una bofetada de las que hacen historia, para que se acordase: su madre estaba viva y se había quedado paralítica, y sus tormentos a partir de entonces serían dobles, triples y cuádruples.

Basil no tenía buena relación con su padre ni intereses comunes que los acercasen; Andonis Cambanis había intentado muchas veces enseñarle el oficio de remendón, pero el niño era un negado para los trabajos manuales y presentaba inclinación natural para las letras, cosa que Andonis Cambanis veía con malos ojos y no celebraba, porque en su familia nadie se había dedicado a florituras y artisteces, pero ante la obcecación y la insistencia de su hijo hizo como que se

echaba atrás, y además la tienda iba fenomenal, habían creado su propia mini franquicia, con tres establecimientos de Segunda Oportunidad, de los cuales dos eran exclusivamente suyos, la economía y la industria se habían recuperado, Estados Unidos y los aliados iban ganando la guerra, y mientras Andonis Cambanis no se decidía a contratar a un ayudante y corría de un establecimiento a otro para organizar y controlar las entregas y la contabilidad, Basil Cambanis cuidaba de Ralú con un cuaderno y un libro en la mano, y cuando se aburría de las lecciones, cosa que ocurría cada vez con mayor frecuencia, sacaba los cómics de Superman y la fantástica Metrópolis y se los ventilaba, porque quizá no se le había pasado del todo la obsesión de Jesusito, pero Superman había llegado para quedarse, y era mucho más guay, mucho más guapo y vivía junto a ellos, humano en el papel y al mismo tiempo superhéroe con fuerzas sobrenaturales que ponía a disposición del bien común, y Basil Cambanis, a la edad de nueve años, mientras su madre encamada le pedía un vaso de vino fuerte, tomó la decisión concluyente de que sería un periodista de éxito que salvaría al mundo de sus nocivos espejismos.

Sus planes acabaron en agua de borrajas un año después, tras sus primeras tentativas en el periódico del colegio de East Camden: los artículos de una página sobre las arañas venenosas del Amazonas y las vidas de los santos mártires no presentaban ningún interés, y su estilo extenso, cadencioso y rumiante provocaba sucesivos bostezos en sus lectores, escasos, contados con los dedos de la mano, que cambiaban alegremente de página y de artículo, ya que sus intereses tenían que ver con cosas palpables y digeribles: la mejor heladería y por qué, cómo hacer el mejor avión de papel, cómo impresionar a la amiga de tu hermana, diez consejos más uno para un tirachinas más firme y eficaz, cómo teñirse las piernas para que parezcan bronceadas a falta de medias, qué dicen los chicos entre sí, artículo escrito por la molesta Bonnie, dos años mayor que él, y qué dicen las chicas, escrito por su antipático compañero de clase, apenas un año mayor que él y presunto galán de la escuela, que llevaba el antiestético apodo de Smoothy.[46]

Y a lo mejor para Basil el fin de la Segunda Guerra Mundial no significó mucho más que condecoraciones chillonas, cruces y medallas, soldados de infantería repatriados y desfiles triunfales, pero para Andonis Cambanis fue el fin de una época dorada, porque en el fondo sabía que las cosas cambiarían, como debía ser; la economía se había puesto en marcha por completo, las mujeres habían entrado en la cadena de producción, la Bolsa marcaba una tendencia ascendente, la compra de ropa y calzado producido en serie se había puesto de gala y era literalmente cuestión de tiempo, del implacable tiempo, que

los clientes y clientas le dijeran «zapatero, a tus zapatos», y mientras clavaba el tacón con un martillo, encorvado sobre el mostrador, Basil lo miró de reojo y deseó de todo corazón no ser como su padre de mayor, y ahora son las tres de la tarde, las niñas están en el colegio, Susan en el baño y Basil luchando con el ciempiés que se ha escondido bajo el desagüe del fregadero, y cuanto más intenta arrinconarlo y darle con el zapato derecho, que sujeta en la mano tras habérselo quitado, más se le escapa; diecisiete pares de patas venenosas, ¿o son veinte?, corren sin parar y juegan al escondite en ranuras y salientes de la madera, y Basil golpea una y otra vez sin piedad, por arriba, por abajo, por la derecha y la izquierda, y sus siete golpes consecutivos y desatinados no han servido para nada, y ahora Susan está detrás de él con su famosa mirada de desprecio y la toalla del baño enrollada a modo de turbante en la cabeza, «¿qué mosca te ha picado?», y Basil la ignora y se concentra para asestar el golpe final y fatal en cuanto aparezca el ciempiés, y, en efecto, lo consigue, lo aplasta de un ruidoso golpe contra la pared, y Susan, que no se ha movido del sitio, le pregunta si ha cocinado mientras él se levanta con su trofeo en la mano, porque ese día le toca a él, y Basil, al que no le importa un pimiento, asiente «sí, claro» y sonríe con ironía, «¿de verdad? ¿Qué?» insiste Susan, y Basil, moviendo triunfante su botín en el aire, responde «*paputsakia*[47] al horno».

En efecto, le tocaba a él cocinar, solo que no tenía ganas de rollos, así que sacó del congelador tres *bagel* de sésamo idénticos; los tostó en la tostadora, los rellenó de queso cremoso, eneldo y salmón ahumado del Atlántico, puso en el borde de los platos hondos pepinillos y patatas fritas de bolsa y los sirvió en la mesa con una cremosa ensalada de col con mayonesa y un litro de Coca-Cola, y cuando Susan abrió la puerta y las niñas entraron corriendo en casa, Basil Cambanis cogió el abrigo y las llaves del coche y salió por la puerta trasera, se metió en el coche y puso rumbo al *diner*, su pequeño paraíso en la tierra que se vería obligado a vender por un poco de calderilla, como afirmaba y le recomendaba el nieto Cavani, porque la oferta había menguado en diez mil dólares redondos, y pronto no habría transacción ni discusión, porque en el mercado no fluía el dinero, el Banco Central no imprimía billetes y el maldito Volcker no hacía más que subir poco a poco los tipos de interés con el pretexto de la inflación pertinaz e inmutable, adónde coño iban a llegar los putos tipos, que ya iban por el quince por ciento, y el paro en su apogeo, ocho por ciento, y, lo que era peor, los rumores y los periódicos no veían el final de la política de restricción monetaria, y Basil no hacía más que repetir en su mente sus prosaicos cálculos, tal y como iban las cosas era mejor que dejase el establecimiento cerrado, menos gastos, menos impuestos tendría, eso por no hablar de que ahorraría cientos

de litros de gasolina del ir y venir por la ciudad, pero al llegar al *diner* y verlo lleno por primera vez desde hacía meses, un martes por la tarde, poco antes de anochecer, sintió algo parecido a una elevación del espíritu, como si hubiese cometido algún error, algo que no había calculado bien en toda su amplitud, como si hubiese parámetros ocultos, multiplicadores en potencia que no estaban incluidos en el modelo que había compuesto, números desconocidos y factores que ya mostraban su ciega subordinación a un plano más optimista y profundamente humano.

Las cuarenta y dos personas que atestan el *diner* con sus trajes oscuros y raídos, y las corbatas claras, las barriguitas rechonchas y los chistes a voces, tienen el siguiente rasgo en común: son todos helenoestadounidenses de segunda o tercera generación, y han venido a Camden para las jornadas anuales de la organización AHEPA[48] (anexo y sucursal número 69), que este año, por primera y quizá última vez, se organiza en la ciudad, en los límites de Dudley con Cramer Hill, con el pretexto de que se cumplen treinta y seis años sucesivos de célebre presencia en Camden y sesenta y cinco en total en West Jersey, porque veintinueve años y un pico de meses y días atrás, después de una reunión tormentosa y controversias de noches enteras por cuestiones fiscales, abandonó la calle Mickle con los hijos de Periclís y las hijas de Penélope, con las servidoras de Atenea y con Santo Zomás, el protector ortodoxo, para mudarse, tras muchos esfuerzos y tribulaciones, al prometedor barrio de Cherry Hill, que estaba subiendo como la espuma, y resulta que hoy en día, los entonces hijos e hijas han crecido y han seguido poblando la comunidad helenoestadounidense —con énfasis en «estadounidense»— y ya no tienen nada que envidiar a las demás minorías que llegaron pronto a repanchigarse en Estados Unidos reivindicando desde su nacimiento privilegios y primacía, y los integrantes de la AHEPA hablan ya la lengua sin problemas, han estudiado o han creado empresas, se han convertido en abogados o médicos y tienen sueños propios, más o menos comunes, ver cómo sus hijos reúnen un día su primer milloncejo, poder enorgullecerse de sus vástagos y de sus difuntos padres, que tomaron la decisión de emprender un viaje hasta el otro lado del mundo, y no dejan de pedirle a Basil vino, cerveza y *ouzo* de Mitilene que tiene guardado en el trastero para ocasiones así, especiales y poco corrientes, van a dar las diez y en el restaurante sigue sin caber un alfiler, está rebosante de humo, con la calidez asfixiante que provocan ese tipo de noches imprevisibles de alcohol dulce, y Veronica se desliza entre las mesas como una chavalita, solo le falta llevar unas cintas rosas en el pelo y la falda escolar de *majorette*, y recuerda las buenas épocas pasadas en las que cada noche era fiesta, los bares se llenaban desde muy

temprano y las calles eran un hervidero de vida, y Basil, tras beber uno o dos vasitos de más, le da al palique con un cuarentón de Quíos de segunda generación, asesor de empresas, que tiene intención de dejarlo todo para volver a la patria de su padre, y el dinero que ha sacado piensa invertirlo todo en la isla, apuntalar las ruinas, construir una casa y formar una familia; todo lo que le sobre lo destinará a alguna gran idea, porque se le ha metido en la cabeza montar una empresa con la que no se pueda competir, las leyes son favorables y las cosas están cambiando en Grecia, pronto tendrán una persona amiga en el Gobierno, crecida en Estados Unidos, demócrata y recta, y saldrá un nuevo sol, más verde y esperanzador que nunca, como uno de los primeros cuadros de Dalí, «un cambio aquí y ahora», sigue monologando, ahora es la oportunidad de volver, ahora que están en la flor de la vida, ahora que cuentan con los conocimientos técnicos para cambiar el curso de la historia y desviar el río para que riegue las zonas secas y alejadas, y da una palmada en la mesa con furia y deseo, por aquello que cree que le pertenece desde la generación de sus bisabuelos, una herencia lejana que ha viajado de boca en boca, de generación en generación, «por qué sentarse a esperar, coño», y Basil siente de veras que el asiento no le basta, y mientras da vueltas en el taburete intentando acomodarse y las palabras del quiota lo azotan con furia, la solución se le aparece como un rayo rasgando la oscuridad, ha surcado el cielo hace millares de años luz y ahora resplandece llena y esplendorosa ante él, es verdad que su griego es pobre y fragmentario y su situación económica un naufragio, pero el dólar es fuerte y el dracma débil, y la equiparación se ha estabilizado más o menos en los 43 dracmas; eso le otorga cierta ventaja cuantitativa que, bien medida y correctamente invertida, puede granjearle los beneficios perdidos de su vida, desterrados por la mala suerte, al diablo con Susan y las niñas, el dinero de la venta del restaurante le pertenece por completo, y, de repente, en medio del embeleso y el pasmo del alcohol, vislumbra un futuro venturoso, despreocupado y ligero, sumido en un verano prolongado, en el rumor de las cigarras y el murmullo del mar, y casi nota en las papilas el sabor del perifollo maridado en su plato con el guisante dulce y las alcachofas recién peladas.

A la mañana siguiente, y con la primera luz vacilante, débil, de febrero del 81, Basil Cambanis se despertó en el único sofá de piel del restaurante, había dormido en una mala postura y le dolía el hombro derecho, le pesaba la cabeza y el *diner* Ariadni parecía bombardeado, era un paisaje borroso, formado por incontables puntitos, como la primera obra de un pintor neoimpresionista, y, al ir a levantarse, a hacer café y a echarse agua en la cara, la noche anterior volvió a la mente como un remolino, como un tifón, y cogió la escoba y la

fregona para limpiar lo más gordo hasta que llegase la señora que lo ayudaba a recoger por las mañanas, y mientras ordenaba y barría por encima, una pandilla de jóvenes latinos con gorros y capuchas pasó por delante de la cristalera del *diner*, y un chavalín delgado, todo fibra y pose, se detuvo, se subió el pantalón que le quedaba dos tallas más grande, miró hacia dentro para ver bien y cogió una gran piedra.

X

cena de acción de gracias:
la trona del bebé
en el sitio vacío[49]

Andonis Cambanis no tenía intención de enamorarse; es más, con el paso de los años se había hecho a la idea de que cerraría los ojos solo, desvalido y sin herederos, en una casa pequeña de soltero con un jardín detrás, y el dinero que había ahorrado lo donaría a la organización de afectados por el cáncer para ahuyentar la mala suerte que le había tocado, porque él creía en el puñetero hado, como su madre y sus pobres antepasados, que no habían vivido más que pobreza y escorbuto, y cuando su socio tesalonicense lo convenció a duras penas para que fuesen al baile anual de la organización AHEPA, en el hotel de lujo Walt Whitman, Andonis Cambanis sacó del armario el traje antiguo y apolillado y se lo probó para darse cuenta, con gran pesar, de que habían pasado casi once años desde la muerte de su madre, de que había cogido once kilos por lo menos, de que las perneras le quedaban una pizca cortas y de que la chaqueta no le abrochaba; era imposible acudir con esas pintas al baile, de modo que se echó atrás y le mandó recado al tesalonicense de que le dolían los huesos y tenía fiebre, para que no lo esperase en la fiesta, pero Takis lo conocía bien, sabía de su carácter pusilánime y cobarde, y lo tenía previsto; así que cuando se enteró de cuál era el problema, envió el mismo día a la modista levantina con un traje prestado para que se lo arreglase lo que el tiempo y la urgencia de la ocasión permitiese, y de ese modo Andonis Cambanis, a las ocho y cuarto menos una puntada cruzada, el 22 de abril de 1933, se hallaba ante el espejo de su casa, inesperadamente bien vestido.

Para la comunidad helenoestadounidense, el baile anual era sin duda, después de la Santa y milagrosa Pascua, el acontecimiento del año, y toda la flor y nata hacía cada año acto de presencia; a pesar de las penurias económicas, que no eran pocas, se deshacían viejos vestidos y trajes para coser otros nuevos, siempre de acuerdo con los mandatos de la moda, y así, sin darse mucha cuenta, Andonis

Cambanis gozó en silencio de la estima general, porque en su tienda se habían deshecho y remodelado muchos vestidos, y aún más trajes, qué manos tenía la modista, la llamaban «la Rockefeller de la aguja», hasta se decía que acudían antiguas señoras de la alta sociedad venidas a menos y que, a escondidas, poco antes de que cerrase la tienda, confiaban a sus manos sus llamativas propiedades mobiliarias, ropa cara que con los años se había desgastado y dado de sí y necesitaba un arreglo, un pequeño retoque, una renovación, y mientras el tesalonicense apreciaba los dobladillos y las puntadas dobles de la levantina, embelesado entre frufrús y perfumes embriagadores y dulces, Andonis Cambanis se quedó en una esquina, observando con indiferencia a la banda que acababa de subir a la tarima a tocar e interpretar *fox-trot* y tangos griegos, y cuanto más hablaba la cantante griega con su voz ronca de amores nuevos[50] y lamentaba con repetidos «y sin embargo, y sin embargo»[51] los viejos tiempos no olvidados, más jugaba Cambanis con la crucecita mate de su bautizo que llevaba colgando del cuello y que no se había quitado en treinta y dos años.

Y entonces la vio, sola con aquel palmito en medio de la multitud, sujetando la cestita de las contribuciones voluntarias que aportaban los miembros; dos minutos más tarde estaba dando vueltas con gracia en la sala y coqueteando con un grupo de señores bien arreglados mientras que sus esposas, desterradas del círculo y de la conversación, le lanzaban miradas envenenadas llenas de furia y de inquina, y de ese modo Andonis Cambanis hizo de tripas corazón y se acercó para echar una moneda en la cesta, en aras de la construcción del templo ortodoxo; a continuación se puso a hablar con ella tímidamente, era por lo menos diez años mayor que él, y guapa, con una fisionomía noble, los cuarenta años y los escollos la habían deslucido un poco sin llegar a estropearla, lo más bonito que tenía eran aquellos ojos de color gris verdoso que te hipnotizaban y te llevaban a su ritmo, y Andonis Cambanis, que no sabía de mujeres y era torpe con ellas, cuando lo miró profundamente a los ojos, se alteró tanto que volvió a sacar una moneda para echarla en el cesto; a ella le entró una risa espontánea y natural y lo cogió de la mano para decirle «ya está», bastaban los primeros dólares para bendecir sus esfuerzos, y entonces se presentó, «Ralú, soy Ralú, de Mitilene», y se estrecharon la mano, «Andonis, Andonis Cambanis», y con un giro de colegiala y una risa alegre, espesa y cristalina, se perdió de vista para aparecer tres o cuatro grupos más allá, cogida del brazo de su amiga esmirniota, con el cesto debajo del brazo. Se acercaba la medianoche, la hora más importante, y entonces, como si existiera un acuerdo previo que tuviera como señal la última campanada del reloj, dejaron a un lado las buenas obras y las filantropías del día anterior e hicieron señas a la

banda para que empezase el baile.

Tenía que volver a verla y, cuanto más rato pasaba, más lo torturaba aquella necesidad, lo ahogaba, dominaba todo su ser; buscaba maneras de acercarse, el pobre no tenía ni idea de bailar, sus movimientos carecían de armonía a pesar de ser esbelto y fibroso, estaba allí plantado cual lechuga en su esquina, acechando el momento en que pasase por su lado para dedicarle un par de palabras de admiración, para ganársela, pero las dos veces que ella se movió hacia donde estaba se le escapó la oportunidad como si fuese arena entre los dedos, la llamó otra persona, la saludó una amiga, y Andonis Cambanis estaba en vilo, y cuando el reloj marcó las dos y cuarto, asumió que no tenía agallas para acercarse a ella y dejó la copa para dirigirse al baño, a esperar pacientemente su turno, mientras tocaban las canciones de amor y los *amanés*, y entonces la vio, distinguió su contorno tras el cristal opaco de la puerta, sus manos en el lavabo, entregadas a la caricia del agua corriente, y se lanzó como un ariete a decirle lo que tenía pensado desde hacía un rato y no había dejado de murmurar una y otra vez, pero entonces las palabras se le quedaron pegadas en la punta de la lengua, burlándose de él, porque ni salían ni entraban, no daban el paso esperado para asomar, para ser pronunciadas e irse a la buena de Dios, y como el habla se le rebelaba, sus manos tomaron la iniciativa y actuaron como no podrían ni mil palabras juntas: se quitó la crucecita del cuello y se la colgó a ella; Ralú bajó la mirada, conmovidísima y sumisa ante aquel hombre que la coronaba reina de su casa y futura esposa.

Ralú no tenía nada que darle a él, aparte de su buen humor y lo atractivo de su apariencia: era como el rocío de la mañana, que resucita las hojas de las plantas y vuelve a dar brillo a los estambres, y se dejó arrastrar con gusto por el deseo de Andonis Cambanis porque era diferente y tímido, un manitas, y lo que los demás veían como debilidades de carácter, Ralú lo veía como respeto y prudencia, y con él se abrió paso por la tierra desconocida del matrimonio, en octubre del 33, e instalaron su hogar en la casita de Cambanis, porque no necesitaban más espacio ni habitaciones; al principio iban a trabajar juntos y todo funcionaba como un reloj, con normalidad y equilibrio. El único que no veía con buenos ojos los pequeños cambios era Takis, el tesalonicense: el icono de San Dimitris a caballo, que había cambiado de pared para ceder su lugar a un bordado de Mitilene, el punzón que se había caído y las migas que cada dos por tres se distinguían en el mostrador de trabajo y en el suelo; se lo llevaban los demonios, y había veces que le daban ganas de dar un portazo, de coger su parte y largarse, porque era irascible, ciclotímico y misógino, y se encendía un cigarrillo con la colilla del anterior para calmarse los nervios y serenar el anhelo oculto que le suscitaba la mitilena, que

unos años atrás se había hecho la difícil, no le había hecho caso alguno, y mira ahora dónde estaba, de segunda jefa en su tienda, una verdadera pesadilla.

El aire viciado del taller no amainaba de ningún modo, ni que fuera viento del sur, no hacía más que poner las cosas patas arriba; y no acababa de caer la deseada lluvia, para que escampasen los refunfuños que, como si fuesen polvo, se acumulaban en las superficies de las cosas y las empañaban, hasta el punto de que no se veía de qué material estaba hecha la resistencia de los tres, todo parecía idénticamente cincelado, y lo único que le importaba a Andonis Cambanis era el trabajo y su parte de beneficios, y Takis se callaba todas las faltas que veía y le molestaban en lo más profundo, y soltaba el veneno siempre en forma de comentarios maliciosos, indirectas y quejas, hasta el punto de resultar odioso e insoportable, y solo los gritos de Ralú lo ponían en su sitio y lo hacían entrar en razón; de ese modo, día tras día, semana a semana, se asentó una tónica oscura que al principio asombraba a los clientes habituales con su envite implacable, pero que con los años y la costumbre se volvió pintoresca, una parte indivisible del trabajo: Takis insultaba y le hacía feos a Ralú la mitilena, que no se cortaba un pelo y le devolvía unos cumplidos que harían enrojecer de ira y vergüenza hasta a un marinero curtido, y cuanto más intentaba Andonis Cambanis mantener un equilibrio, más atrapado quedaba en el fuego amigo, hasta que se desesperó, se indignó y decidió dar espacio a la ira, y se retiró de sus peleas para entregarse de lleno al jornal, con tanto empeño y tanto talento que, casi dos años después, abrió por insistencia e iniciativa suya su primera sucursal en el barrio de Parkside.

Era el principio de una nueva era. El levantamiento de la ley seca con la decimoctava enmienda en diciembre del 33 marcó el fin de la guerra química que había declarado el gobierno Coolidge el invierno del 26[52] a los bebedores con el método de la desnaturalización;[53] era cuestión de tiempo que el alcohol de metano, la gasolina y el formaldehído dejasen de ser ingredientes para el consumo, aunque, por supuesto, según reconocieron los médicos y la opinión pública, no sin antes haberle costado la vida a miles de ciudadanos estadounidenses que consumían sin saberlo el indigesto *whisky* de color azulón cuya base química estaba destinada a la producción industrial de tintes y combustibles, pero que, a falta de etanol, los mafiosos sustraían de los almacenes de las fábricas para regar el mercado con veneno tóxico, asegurando falsamente que era «de primera», que estaba limpio y recién destilado, y Andonis Cambanis, que en su juventud distribuía con Gina, el coche fúnebre, cajas enteras de «material de primera», en aquellos últimos días del 33 se le venía de vez en cuando a la mente, como un cortejo fúnebre, la *grappa*

asesina que resucitaba a los muertos, y se apoderaba de él una aflicción sombría y amarga que le quemaba las entrañas; después se olvidaba de todo y recordaba los días buenos y generosos que vivía, y los mejores, que estaban por llegar, y amontonaba los dólares en el arcón para cuando su hijo cruzase el umbral, porque el día en que se metió en el barco con rumbo al extranjero le había prometido a su madre que, cuando se casase y su mujer diese a luz a su hijo, si todo iba bien, le daría el nombre de su difunto padre, su hijo se llamaría Vasilis, Vasilis, porque lo había prometido y había dado su palabra.

Y a pesar de que Andonis Cambanis deseaba más que ninguna otra cosa en el mundo un hijo sano y fuerte que lo sucediese en la pista y en el esfuerzo de la empresa ahora que los negocios habían tomado su curso, no acababan de concebir, como si Dios se hubiese empeñado en llevarle la contraria, y había mañanas en las que Andonis Cambanis miraba suspicaz la barriga de Ralú, que no se hinchaba por nada del mundo, como si allí dentro, en el abismo de la naturaleza y la astucia femenina, se ocultase el secreto de los frutos, y no hacía más que medirla a ojo, pero Ralú, en vez de engordar, más bien adelgazaba, hasta que un día él le soltó sin remilgos que a ver si es que no podía quedarse preñada y se estaban esforzando en vano; entonces Ralú se levantó hasta arriba la falda, se bajó las bragas y le escupió en la cara, cómo se atrevía, a ver si era su picha, pequeña y reseca, porque lo que eran las caderas de ella encerraban el secreto del jardín del Edén y el lujo del Oriente, y Andonis Cambanis levantó la mano y la golpeó una, dos y tres veces seguidas, con fuerza, y después se aplacó su furia y se suavizó su ira, así que se encerró en el baño con dos rápidas inspiraciones, y tres semanas después, cuando ya habían desaparecido los cardenales y las rojeces, le pidió perdón, y para demostrarle que lo decía en serio alquiló un coche y un chófer y la llevó al *drive-in* que había abierto al este, en el barrio de Pennsauken, más allá del parque del afluente Cooper, y vieron juntos, en medio del silencio y la espesa oscuridad, *Wives Beware,*[54] cuyo protagonista era el entonces cuarentón Adolphe Menjou, siempre impecable y hecho un pincel.

En los años en los que se dio, de higos a brevas, el acto de procreación entre Andonis y Ralú Cambanis consistió en una batalla sangrienta y secreta, en la que, a su fin, nadie salía nunca victorioso; quedaban dos criaturas arañadas, heridas y debilitadas por las pugnas y las palabras mordaces, y Andonis Cambanis, cuando estaba de malas, levantaba la mano con el mismo impulso e ira que la primera vez, y Ralú, que con el tiempo se acostumbró a sus particulares deberes conyugales, lo ponía de vuelta y media, dedicándole todo tipo de adjetivos inmorales, y así se enfrentaban en casa a los momentos pequeños, pero también a los grandes y los revueltos, y los meses pasaban despacio; en cuanto al trabajo cotidiano, Takis el

tesalonicense había perdido su dinamismo y no hacía más que olvidarse de cosas, citas y fechas, Andonis Cambanis rebosaba de pedidos, cuentas y contabilidad, y Ralú, por pura cabezonería, se mostraba cada vez menos proclive a contribuir, a prestar la menor ayuda, a llevar a cabo hasta la más mínima, la más insignificante tarea.

Y mientras discurría el primer mandato del presidente Roosevelt en la Casa Blanca, tras proclamar con decisión el *New Deal* y prometer trabajos bien remunerados y las mismas oportunidades para todos, Ralú descubría poco a poco las beneficiosas propiedades terapéuticas del alcohol, y en concreto del *ouzo*, que, bebido con el estómago vacío, entumecía rápidamente la cabeza y alegraba el corazón, y mientras Franklin Roosevelt luchaba a brazo partido para esconderle a la prensa la invalidez causada por la poliomielitis, que le había costado las dos piernas y por poco su carrera política, Ralú se daba a la bebida sin esconderse, vaso a vaso, noche a noche, y luego también a mediodía, y Andonis Cambanis, absorto en el trabajo y las perspectivas de desarrollo en la gran Filadelfia vecina, una noche de invierno en la que se había helado la carretera y la humedad había empapado las paredes, se echó a dormir en la cama un poco antes, pensando en el balance del año mientras se santiguaba, y conforme contaba los ceros que le llenaban y le pesaban en los bolsillos, vio la esbelta figura de Ralú cruzar la calle trastabillando, con una chaquetilla desgastada en los hombros y una bolsa de papel del ultramarinos bajo la axila, y volvió a enamorarse a primera vista, con una ternura que le recordó cuánto había sufrido él también en su vida, durante tantos años, y pensó que tendría que socorrerla ahora en aquel mal trago, en aquel momento difícil; corrió a abrirle la puerta, la tomó a toda prisa entre sus brazos y se pasó toda la noche diciéndole cosas bonitas y prometiéndole la luna, diciéndole que las cosas cambiarían desde el día siguiente, que era solo cuestión de tiempo, en concreto, cuestión de tres meses, de siete días y algunas horas, para que tuviese lugar el gran acontecimiento que daría la señal para cambiar de rumbo.

XI

el viejo barrio
en ruinas:
nombres en las aceras[55]

Pete sopesó la piedra en la palma de la mano. Había tardado medio mes en enterarse de dónde se hallaba escondida su hermana y estaba casi seguro de que algo le tenía preparado, algo malo habría tramado para él, nunca se habían llevado bien; tampoco le caía bien su madre, aunque la muy gilipollas hacía esfuerzos, pero él no soportaba su derrotismo y su miseria, las histerias y los sopapos grasientos. Él, entre el trapicheo, los equipos de música robados y los coches, siempre conseguía ahorrar algo, sacaba mucho más a la semana de lo que la idiota de Luisa recibía de los servicios sociales en tres meses, y ahora tenía la cabeza acelerada por la hierba que había rociado con *crack*, y el cerebro hacía asociaciones locas, imposibles, iba de una cosa a otra con tanta exactitud y velocidad como si todos sus sentidos estuviesen electrificados, no se le escapaba nada, estaba en la cima del mundo, Quinonas en periodo de prueba y pronto rey y, tras sentir la punzante calidez de la piedra en la mano, silbó a sus dos esbirros para que estuviesen preparados, listos, y todos juntos inclinaron hacia atrás el cuerpo para coger fuerza e impulso, como arcos mecánicos sincronizados, y tiraron las piedras con una diferencia de milésimas de segundo, y conforme se rompían y se hacían añicos las cristaleras del *diner*, Pete levantó el revólver prestado y disparó un primer y último tiro de gracia al cristal que aún seguía en pie en una esquina, al grito de «Saludos a Minnie», y los tres pusieron pies en polvorosa entre risotadas, empujones y bromas, antes de entrar en el coche aparcado, dar la vuelta y, tras alzar en el último momento el dedo corazón, gesto copiado de las películas de bandas, perderse de vista a toda velocidad por la avenida vacía.

Basil Cambanis se nota alterado; nunca, en todos los años que ha vivido en Camden, ha sentido amenaza alguna y, si en alguna ocasión se había preocupado, se trataba de algo pasajero y temporal, la sospecha desmentida de que algo podría acabar mal, la sombra de un

peligro que pasaba rozándolo sin tocarlo; las cosas malas siempre le sucedían a los otros, que, en su humilde opinión, se las estaban buscando o tenían mucho morro y nada de cuidado, así que las desgracias encontraban terreno fértil para prosperar; le tiemblan las manos y la colombiana que ha venido a limpiar lo obliga a sentarse en el sofá de piel mientras la agente de policía le toma declaración, y al poco aparece también su mujer, Susan, a la que ha llamado por teléfono Miranda, y ahora la policía dobla la libreta, Miranda barre los cristales rotos y Susan habla con los técnicos que han venido a tomar medidas y el pedido, por suerte el destrozo lo cubre la aseguradora, ya que la rotura de cristal a manos de gamberros y delincuentes no entra en la categoría de ataque terrorista, dado que posiblemente constituya un intento de robo que en algún momento se torció, qué raro que no cogieran la recaudación de ayer por la noche, a ver si lo habían seguido, a ver si les habían silbado algo, y Basil insiste en su declaración, no oyó que dijesen nada claramente, solo algo que de lejos no entendió bien, y el segundo agente mueve la cabeza en señal de negación antes de llevarse la palma de la mano a la boca para tapar el bostezo, algunos yonquis puestos que habrían salido a reírse un rato, a no ser que tenga asuntos pendientes con alguna banda y lo hayan puesto en el punto de mira, «no» responde Susan, «no» corrobora Basil, el caso queda registrado para entrar en el laberíntico archivo y el coche patrulla se marcha, las niñas están en casa, estudiando juntas, y los cristaleros irán por la tarde a poner el cristal, «¿te quedas a esperarlos?» pregunta Susan, y Basil se mira las manos apretadas, que no han dejado de temblar del susto, «estoy pensando en dejarlo todo y en mudarme a Grecia, quiero que vengas conmigo» y Susan lo mira a los ojos, y le dan ganas de gritar «tú estás mal de la cabeza, criatura», pero se calla, se muerde la lengua y se levanta de un brinco de su asiento antes de arrojarle unas migajas de compasión, «me lo pensaré y te lo diré».

Susan se lo pensó, tampoco es que le llevase demasiado tiempo, lo que tardó en entrar en el coche y en volver a casa, y como a esas horas no hay especial tráfico la cuestión la atormentó, o mejor dicho la molestó, durante un cuarto de hora como mucho, es evidente que no tiene intención de instalarse en un país cuya lengua no habla, un país que hace apenas seis años que acaba de salir de una dictadura de siete, un país que le recuerda las noticias lúgubres de Latinoamérica, de Argentina y de Chile, de ninguna manera, piensa quedarse en Camden y si es necesario se mudará a Vermont, siempre ha querido mudarse a Vermont, ha oído que es la versión oriental del viejo San Francisco *hippy*, las escuelas son buenas, de lo más progresista, con el dinero que le dé Basil construirá una casita en el bosque, cerca de una pequeña ciudad de provincias de cinco mil habitantes, como Jericho,

o alquilará un apartamento en Burlington, que es más grande, hasta decidir sus próximos movimientos, a lo mejor podría montar una granja con productos ecológicos o una tiendecita de antigüedades restauradas con la mercancía adquirida en mercados de temporada y en garajes que con el tiempo se han convertido en almacenes intransitables urgentemente necesitados de una buena limpieza, y cuanto más lo piensa, más optimista se siente, tal vez el divorcio es un mal necesario que la desbloqueará, un camino de sentido único que la conducirá a un sendero tranquilo donde no habrá policías, ni semáforos ni señales, y, durante cierto tiempo, lo que dure el trayecto, hará lo que le parezca bien, lo que le dé la gana, y no tendrá a nadie que le dé la barrila, pero en ese momento abre la puerta de la casa y se encuentra un salón convertido en un verdadero campo de batalla: Litó ha movido el sofá y la mesita de cristal y ha puesto a Minnie de portera al estilo Subbuteo en una portería hecha con dos sillas del comedor; en el momento en que entra su madre ella chuta, la pelota choca contra la silla, la derriba, rebota en diagonal contra la pared y acaba en el jarrón de porcelana antes de entrar en la portería, y entonces Susan, de golpe, se da cuenta de que no está sola, de que por ese camino de sentido único, que a lo mejor se convierte en un abrupto camino de cabras, tiene que arrastrar dos coches de choque que cuentan con sus propias normas rígidas, y que preferirían, si es que no lo exigen «aquí y ahora», unos columpios, o quizá una pista de carreras con tierra y barro, ideal para bloqueos y acrobacias; y con ese pensamiento se sienta o, mejor dicho, se desploma agotada en el sofá desplazado, para digerir poco a poco la nueva disposición, anárquica e incómoda.

Litó había sido desde pequeña una niña difícil, con gran tendencia a las trampas, las travesuras y los accidentes caseros, con un talento sin igual para meterse donde no la llamaban, hacerte sudar la gota gorda y llevar a cabo cualquier tipo de destrozo, por venganza o no, como aquella vez que Susan la riñó porque había vertido la miel en el suelo de la cocina; lo había pisoteado y pringado todo, pero no le bastó aquello: a los dos minutos se le ocurrió la fantástica idea de trepar con los zapatos llenos de miel por el sofá nuevo de piel y, cuando Susan se puso a gritar y le dio una bofetada, fuera de sí por el caos que había sembrado la pequeña, Litó, a sus cinco años, cogió la tijera y cortó en pequeñas tiras de tela la falda negra que su madre había apartado, lavada y planchada, con el objetivo de ponérsela en la entrevista de esa tarde para un puesto de secretaria en una editorial pequeña y prometedora; su obra recordaba a una manualidad despistada y vanguardista, y Litó la presentó llena de orgullo, dándole el título de «muchos vestidos para mami», lo cual llevó a Susan al borde de la histeria, si no de la apoplejía: a Basil le costó Dios y ayuda

contenerla y hacerla volver en sí; ordenó al mismo tiempo a la pequeña que se encerrase en su habitación y que no asomase la nariz hasta que se tranquilizaran las cosas, y ella lo obedeció de inmediato, porque a lo mejor Basil no tenía experiencia con niños listos, difíciles y vengativos, pero se las apañaba con la pequeña Litó mucho mejor que Susan, porque a hurtadillas la sobornaba con juguetitos y cristales de colores, para que se quedase tranquila y le hiciese caso, hasta que Litó exigió su primer dólar como pago, y entonces Basil se puso hecho una fiera y le dio una buena azotaina para que entrase en razón; pero qué va, Litó simplemente se dio cuenta, a la calculadora edad de siete años, de que era preferible que sus deseos y anhelos permanecieran sumergidos y que salieran de vez en cuando a la superficie en forma de perlas deseadas y herméticamente cerradas que a veces ofrecemos en un momento de generosidad a los demás, para que nos las abran y nos las devuelvan llenos de alegría, si es posible junto con un delicado broche de oro, y de ese modo ponernos de una vez las perlas al cuello.

Y a pesar de que sus padres la sacaban de quicio, los quería, porque los dos juntos conformaban su única estabilidad inquebrantable, su pilar de apoyo, junto con el fútbol, claro, y cuando todo iba mal en el cole y los chicos le gastaban bromas soeces —porque, además de su nombre tonto y difícil de pronunciar, su desarrollo precoz y desgarbado los asustaba— y las chicas la llamaban «68, inadaptada», dejando en el aire indirectas ocultas —«solo te falta uno para 69»— y dejaban escapar risitas arrastradas, y sus profesores se hacían los suecos, porque sus inacabables males los dejaban por completo indiferentes, Litó sentía que la ira y la aflicción la embargaban y que la tierra desaparecía bajo sus pies, y entonces, con el menor pretexto, serio o no, estallaba a su vez contra sus padres, para desahogarse, y después, cuando ya se había calmado, algo que siempre la sorprendía y le causaba gran impresión era que sus padres no le guardaban rencor, y al día siguiente todos estaban de nuevo como si no pasase nada; hubo una vez en la que poco faltó para que se liase una buena, un miércoles cochino y lluvioso en que se había obstruido el alcantarillado y el patio estaba a punto de inundarse, y ella fue y se metió en una pelea con un compañero que la había insultado delante de toda la clase de geometría, llamándola lesbiana larguirucha e ignorante, porque no estaban de acuerdo en cuál era el mejor equipo de baloncesto en lo que iba de año, lo de lesbiana no le había importado mucho, se la sudaba, porque no lo era, le molaba un montón el profe de gimnasia, un galán medio italiano que jugaba al fútbol de puta madre en la cantera de los Ravens, tampoco lo de larguirucha, porque lo era, no cabía duda y no podía hacer nada para cambiarlo, pero lo de ignorante era una verdadera injusticia, la gota que colmaba el vaso y, como el patio se había inundado en el recreo y

las aguas corrían tapando el cemento, Litó le hizo una llave de cabeza a su compañero y lo tiró de boca al suelo, susurrándole con los dientes apretados que lo retirase todo, y lo habría ahogado de veras en el agua sucia si no los hubiera pillado y separado el profesor vigilante, que los castigó con dos días de expulsión y llamó a los tutores para que tomasen medidas, y Basil, que salió pitando hacia el cole, acabó enterándose por azar de toda la verdad sobre lo que había ocurrido de boca de un niñito lloroso, especialmente sensible y frágil, que iba a la misma clase que Litó e, intentando vengarse de sus compañeros abusones, le arrancó a Basil la promesa de que pondría las cosas en su sitio y lo obligó a dar dos y tres veces su palabra; así pues, Basil no dudó en enfrentarse al director y al profesor vigilante, dijo lo que tenía que decir en tono enérgico, y durante el regreso no le dijo ni palabra a Litó. Solo Susan, el segundo día de expulsión, mientras ordenaba a regañadientes la casa y limpiaba el polvo de los muebles, le propuso a su hija, que estaba tirada inmóvil en el sofá, con las desgastadas zapatillas de deporte colocadas sobre el reposabrazos, que, aparte de ir a fútbol, empezasen a ir juntas a las clases de baile del centro municipal de Dudley, y Litó negó con la cabeza y soltó sin pensarlo dos veces lo que siempre decía el profesor de gimnasia a los dos chicos afeminados y aislados de la clase, «el baile es para los maricas», para exhortarlos a continuación, «vamos, bonitas, a ver cómo corréis, dejad el *plié* y las piruetas para casa», mientras que señalaba como ejemplo palmario y luminoso a Litó, que nunca lo decepcionaba y siempre iba al menos veinte metros por delante de toda la clase en el *sprint*, «muy bien, esa es mi chica, bravo, Litó, campeona» le gritaba, y ella corría aún más rápido, volaba, porque lo amaba con locura, sentía por él una enorme debilidad y deseaba más que nada en el mundo agradarle.

Minnie se agacha a recoger los trozos del jarrón roto que se han desperdigado por el suelo mientras Litó patea la pelota contra la esquina del sofá, era un jarrón bonito, lo había comprado Susan la primavera de 1970 en Poughkeepsie, en uno de esos viajes relámpago, un fin de semana olvidado en Rhynebeck, con una Litó de dos años que paseaba remolona por el pasillo con los pañales cagados colgando y Basil más feliz que una perdiz porque había encontrado la mermelada de mora perfecta, y ahora Minnie recoge y clasifica los trozos grandes, intentando ajustarlos, para ver si es muy grande el destrozo, si puede arreglarse lo que se ha perdido, la imagen compacta de una cosa, y poco a poco se restauran los contornos y las sombras de luz, pero faltan algunos trozos básicos, añicos microscópicos que se han diseminado y perdido por el suelo, y mientras palpa la alfombra con los dedos a ver si los localiza, se equivoca y recoge una basurita, un pelo, un poco de polvo y un guijarro, y se pregunta si con esos

hallazgos se podría hacer un jarrón nuevo, una copia deteriorada del original que de algún modo recordase su existencia anterior, Minnie puede curarle las heridas con un poco de polvo, un par de pelos, dos o tres piedritas del jardín, y puede que al final salga algo que no sea defectuoso y feo, y mientras Litó sigue dándole patadas a la pelota en la esquina del sofá, porque quiere pedir perdón, pero no puede, Susan se levanta y coge los trozos rotos de las manos de Minnie y los tira a la basura, porque no tiene ni tiempo ni paciencia ni valor para más paroxismos sentimentales: el jarrón se ha roto y su lugar está en la basura.

Basil Cambanis está de pie tras la nueva cristalera que acaban de colocar los obreros y la observa, porque algo le molesta y le pesa en el estómago, lo irrita esa renovación centelleante en algo que tiene una fecha de caducidad definitiva, hace poco lo ha llamado Nino Cavani para decirle que ha llegado a la oficina una oferta mejor, dos mil por encima del último precio de venta, y que no sea tonto, es mejor cerrar el acuerdo y estrecharse la mano ese mismo día, y Basil le ha pedido unas pocas horas de plazo, y Cavani se ha hecho de rogar, pero a regañadientes le ha dado dos horas para pensarlo y decidirlo, sin dejar de repetirle que, en caso de que su respuesta sea negativa, no cuente con él, no van a encontrar una oferta mejor, punto final, no está dispuesto a perder el tiempo en cosas que no dan beneficios, y Basil mira ora su reloj, que le recuerda que de un momento a otro expira el plazo, ora el cristal impoluto que no presenta ni una mácula, y siente que las agujas del reloj lo estrangulan, mientras el teléfono del restaurante suena igual que la primera vez que fue a la guardería y se negaba a entrar en la clase; se había quedado plantado como si lo hubiese fulminado un rayo en mitad del patio, mirando cómo se alejaba su madre, cuando de repente ella giró la cabeza y, al verlo con las piernas plantadas en el cemento, dio media vuelta para abalanzarse sobre él a toda prisa y soltarle una bofetada delante de sus compañeros antes de arrastrarlo cogido de la oreja para que entrase en el aula, y Basil hace amago de levantar el auricular pero no puede, algo no le deja, y, durante un momento, durante unos pocos tic tac del reloj, sus dedos se quedan suspendidos, amasan el vacío para domarlo y atrapan, con ánimo de aprisionarlo, un puñado de aire.

XII

Solo ellas se entienden y entienden a sus semejantes,
como solo las almas entienden a las almas.[56]

El embarazo de Ralú llegó de la nada, como un rayo en un cielo despejado; Andonis Cambanis se esforzó por recordar cómo y cuándo había tenido lugar la concepción, contaba los días y los amontonaba en el almanaque, le parecía recordar algo, aunque no estaba seguro, y las pocas o muchas veces que le picó la mano y estuvo a punto de levantarla se arrepintió y se la guardó de nuevo en el bolsillo, porque el hijo era suyo, no cabía duda, y el par de bofetadas que se le escaparon en una pequeña pelea fueron nubes pasajeras, caricias y sobresaltos conyugales, en el fondo él era el hombre de la casa, quien siempre tenía razón, e hizo un gran esfuerzo para que no le faltase de nada a Ralú, siempre había hielo en casa, fruta, carne y verduras, y no hacía más que traerle regalos, ropita de bebé cosida a mano, y Ralú, que había cogido solo dos kilos y medio en cuatro meses, sentía que llevaba en su interior una piedra que le habían obligado a tragarse a la fuerza, y que esa piedra se le había quedado en el estómago, había echado raíces y le desgarraba las entrañas, y cuantas más jarritas de *ouzo* bebía, más se encabezonaba la piedra en pesar y echar brotes; al principio no sabía si los vómitos en el baño eran por culpa de la piedra o de la bebida, y después dejó de pensar, se hizo a la idea de que estaba gestando una piedra, y no hacía más que gritarle borracha al bebé que lo iba a llamar Petros, que ese iba a ser su secreto, Petros, de piedra, de lastre, y en plena borrachera le decía guarradas en tono dulce y luego se sumía en un sueño profundo y soñaba con barrancos altos, ensangrentados y abruptos, y en el fondo una carnicería de corderitos recién nacidos, muertos, encerrados en bolsas transparentes herméticas.

Así salió de su matriz Vasilis, bañado en sangre y líquido amniótico, y Ralú, por un momento, pensó que su llanto era también un residuo primitivo de ella, y solo respiró hondo cuando la tijera cortó el cordón umbilical; se echó sobre un costado y se relajó, porque conocía bien su destino y no intentaría cambiarlo, a ese niño no lo

querría, había traído al mundo su maldición, que pronto crecería, adquiriría voz, existencia y juicio, y cuando se lo pusieron en brazos para que lo amamantase, se le oscureció la mirada y sus manos empujaron al bebé lejos de su dolorido pezón; la enfermera jefe corrió a coger al bebé, algo en la mirada de la puérpera la asustó y llamó a otra enfermera para que avisase al médico y lo informase. Ralú se midió durante un rato con el blanquísimo techo, tardó cuarenta días en hablar, y durante aquellas semanas que duró su duelo, las que se quedó con el bebé encerrada en casa, le enchufaba el biberón para que no se quejase y no le dio nunca leche suya; Andonis Cambanis, medio presente medio ausente, no se tomó muy en serio los consejos del médico de que estuviera pendiente de su mujer y del bebé, estaba seguro de que con el tiempo todo se arreglaría, y mientras dormía tranquilamente el sueño de los justos en casa y en la tienda, el odio se iba haciendo más profundo, como las grietas que socavan la resistencia de los materiales, y al final basta un terremoto insignificante, un desmolde prematuro o incluso una precipitación desdichada e indeseable para que se tambaleen los elementos de la estructura y pongan en peligro la construcción, y Ralú vaciaba una garrafa tras otra, a duras penas se mantenía en pie, un trago más y se desplomaría, y al lado, en la cuna, lloraba su bebé de seis meses, chillaba y se debatía, el médico les había dicho que cualquier día echaría los primeros dientes, entonces Ralú se apoyó en la cuna del bebé, llenó el biberón de *ouzo* y se lo dio para que se lo tomase y la dejase tranquila, y el niño bebió, se serenó y cerró la boca.

Andonis Cambanis sabía que su mujer empinaba el codo con cierta frecuencia, aunque por supuesto no tenía ni idea de hasta qué punto, porque el acuerdo eran dos botellitas a la semana, pero Ralú se hacía con muchas más en el ultramarinos de un griego, primo lejano, paisano y borrachín, los unían lazos de sangre y le daba pena amargarla, él también conocía en sus carnes el acicate de la bebida, y algún mediodía o alguna tarde en las que Ralú se quedaba sin blanca y sin alcohol, él le mandaba con el chico de los recados una o dos garrafillas aguadas de su parte o alguna damajuana de *retsina* de tres al cuarto para olvidar las penas, para recuperar el olfato y el gusto antes de retomar las obligaciones familiares y sumirse en la rutina conyugal; lo único que hacía bien Ralú y con plena conciencia era cocinar, tenía muy buena mano, y a pesar de sus mareos y de las frecuentes melopeas, era un as en la cocina: sus salsas espesaban y tanto sus carnes como sus guisos olían a gloria, estaba claro que tenía un gran talento que se echaba a perder y, puesto que siempre había un plato de comida casera bien cocinado, Andonis Cambanis no advertía las dimensiones del problema y la necesidad de Ralú; solo el pequeño Vasilis, que aún no hablaba, presentía el odio incombustible de su

madre, que lo hechizaba a él y a la casa, y vivía cada día sumido en la pesadilla y los efluvios de la bebida, que inundaban la habitación e impregnaban las paredes con un sabor agridulce que le secaba la boca y le revolvía el estómago, a su madre le tenía miedo y no se le acercaba mucho, y a su padre lo evitaba cuanto podía, porque era irritable y de modales bruscos, y de esa forma encontraba su apoyo en historias fantásticas y superhéroes invisibles que habitaban en el gran diván y lo cuidaban, porque tenían la misión secreta de no dejar que nadie se acercase ni le hiciese daño.

Y el daño llegaba siempre poco a poco, en dosis pequeñas, casi insignificantes, nunca estallaba con fuerza tormentosa sino que lo rodeaba sin que se diese cuenta, casi con suavidad, para que se acostumbrase, no dejaba señales definitivas ni indelebles, solo alguna huella superficial, algún cardenal que cambiaba de color y de forma, como las estaciones, una caricia con el cinturón del padre, un golpe con la zapatilla de la madre, e insultos permanentes y constantes por el plato roto, el vaso sucio, el hielo que se derretía, el agua que se había derramado, la comida que había quedado en el plato, y, de ese modo, sus primeras palabras no vinieron a nombrar ni a definir los objetos, sino a acompañar y bautizar las pequeñas acciones malintencionadas y vengativas que tenían el poder de acumularse y se sumaban, se amontonaban, se apilaban como teselas separadas en un mosaico odioso y repulsivo que representaba la santa familia y no acababa de ninguna manera, un mosaico en el que reinaban formas severas y emaciadas, marionetas de bondad que no tenían voz para pedir perdón, tan solo ojos abrasadores que buscaban recuperar su sangre.

Habían pasado tres años enteros desde el nacimiento de Vasilis Cambanis y el pequeño apenas articulaba dos palabras seguidas, se desarrollaba con lentitud, a paso de tortuga, y Andonis Cambanis, impaciente por enseñarle todo lo que debía saber su único hijo, no encontraba respuesta alguna a su sermón de la tarde, aparte de una breve mirada escrutadora que pronto se humillaba y recaía sobre los zapatos infantiles, porque la ocupación principal del pequeño Vasilis Cambanis era atarse y desatarse los cordones de los zapatos, podía pasarse horas enteras entretenido con lazos flojos y nudos, era la solución que había encontrado y su manera de no ocupar en absoluto espacio vital, porque mientras ataba y desataba Ralú se olvidaba de él, y mientras ataba y desataba Andonis Cambanis se despistaba, porque los adormecía el ritmo, la silenciosa repetición de un acto insustancial, y una mañana laborable, de las pocas veces que Andonis Cambanis se lo había llevado a la tienda para que se familiarizase con las herramientas y el espacio, entró el padre Stelios, con aquella entonación silbante de Seres que retumbaba en los oídos, y pidió que

le arreglasen los zapatos buenos para la boda de su hija mayor, que se casaba aquel sábado, y conforme la mirada del sacerdote se paseaba por la estancia, cayó en el pequeño y se detuvo en él, antes de preguntarle su nombre, e insistir una segunda y una tercera vez en saberlo, y ante aquella barba tan larga y tan gris, y aquellos ojos tan negros e imponentes en busca de una única verdad, Vasilis se echó a llorar y dijo su primera frase compleja.

Si la Segunda Guerra Mundial estalló de forma oficial en Estados Unidos con el bombardeo de Pearl Harbour, el 7 de diciembre de 1941, en casa de la familia Cambanis las luchas cuerpo a cuerpo comenzaron una semana antes, justo después del regreso del padre y el hijo a la casa, después del descubrimiento de que Vasilis Cambanis no respondía al nombre de Vasilis sino al de Petros, el que le había inculcado su madre desde la cuna, lo llamaba Petros, Petros para arriba y Petros para abajo, Petros por la piedra y por la cruz que llevaba ella en su interior, y durante todo el trayecto desde la tienda, en Parkside, hasta la casa, que estaba en la frontera de Dudley con Cramer Hill, Andonis Cambanis fue preguntándole al pequeño cómo se llamaba, y cuanto más respondía «Petros» e insistía con lágrimas en los ojos en que aquel era su nombre, más sopapos le caían; llevaba las mejillas amoratadas de tanto golpe, y cuando por fin entraron en casa y salió Ralú, bebida, a recibirlos, Andonis Cambanis no aguantó e hizo añicos y pisoteó todo lo que encontró, puso la casa patas arriba, y después cogió a Ralú del pelo y al pequeño del cuello de la camisa, los arrastró hasta la habitación y les dijo que se lo metieran bien en la mollera, que en aquella casa no había ningún Petros ni lo habría nunca, lo que había era un Andonis con todo lo que hay que tener, y un Vasilis, como su abuelo, que exprimía la piedra y sacaba agua, y una madre imbécil y alcohólica, que no se acordaba ni de su nombre de tanto beber, maldita la hora y el momento en que se fijó en ella y acabó casándose.

Dos días tardó Ralú en reponerse, no tanto de la paliza, porque los golpes habían sido insignificantes en comparación con otras veces, dos arañazos, tres cardenales y un raspón en la espalda del marco de la puerta, sino porque a la mañana siguiente Vasilis, de tres años, se echó a hablar, como si hubiese domesticado el trabalenguas que lo mantenía sujeto a la mudez, había encontrado de forma mágica e inesperada las palabras adecuadas para articular un discurso fluido, y sus primeras frases coherentes fueron en inglés, con una entonación impecable, era un verdadero estadounidense, un morenito oriundo de aquella tierra que había crecido un poco y había marcado una línea de separación con sus padres, su declaración de independencia empezó con la palabra, no había nada que lo vinculase a la tierra patria, pobre y reseca, y lo de Vasilis se convirtió en poco tiempo en sus labios,

gracias a su insistencia, en Basil, porque no era griego ni se sentía como tal, y sus padres, con aquel acento pesado y extranjero y sus modales bastos, lo avergonzaban, no quería mucho trato con ellos en la calle, y en el colegio lo de Basil tenía sentido, sonaba bien, era fácil de pronunciar y llevaba en su interior un impulso y un dinamismo que llenaba la boca, en vano intentaba su padre convencerlo de que mantuviese el Vasilis al menos en casa, Basil Cambanis no discutía el derecho inalienable a autodenominarse, era dueño y señor de su nombre porque desde muy pronto había concluido que lo de Vasilis no era de su gusto, y a las preguntas melifluas e insistentes de conocidos, desconocidos y transeúntes «¿y tú cómo te llamas?» respondía «Basil», se llamaba así y punto; no pensaba cambiarse el nombre pasase lo que pasase, por nada ni por nadie.

Ralú había traído al mundo a un ciudadano estadounidense que se negaba obstinadamente a hablar la lengua de sus abuelos y que, a pesar de entenderla perfectamente, respondía siempre en inglés y les corregía de forma ostentosa la sintaxis y la pronunciación, y Andonis Cambanis, cuyo ánimo y corpulencia se habían vuelto más pesados, había adquirido la mala costumbre de retrasarse por la noche, porque en su camino estaba la cafetería O Niagaras, que regentaba Mikés, el de Édesa, y día sí día no echaba una partidita de cartas, se tomaba un vinito y charlaba con los parroquianos sobre la terrible guerra que arreciaba en Oriente y Occidente, la dura ocupación alemana de Grecia y el frente abierto de Estados Unidos en Asia y el Pacífico, y así, charlando en general y calculando fuerzas y factores, daban ventaja a las fuerzas aliadas, bastaba con que los británicos detuviesen a los alemanes en el norte de África y en El Alamein, y los rusos en Stalingrado; las conversaciones iban y venían día y noche en bares, casas y calles, porque Camden vivía la guerra de forma indirecta pero activa, y tenía a treinta mil mujeres y hombres al servicio de la New York Shipbuilding Corporation, con sede en la costa este del río Delaware, que abastecía el conflicto con la mayor producción de barcos de guerra, buques de desembarco de tanques, buques Ro-Ro y destructores, y Andonis Cambanis había visto el histórico Indianápolis flotando a lo lejos por primera vez en el agua, casi una década antes de su hundimiento en Pearl Harbour, y de cerca los «cuatro ases», barcos de pasajeros destinados a unos cruceros por el Mediterráneo, que fueron reclutados y exterminados, y el único que quedó, huérfano de hermanos, fue el exótico Exochorda,[57] al que apodaban «La novia», y que a causa de la guerra cambió de sexo, de cometido y de rumbo, y se transformó en Harry Lee, barco de transporte, y pasó a la historia de la Segunda Guerra Mundial con el nombre de un sujeto belicoso que desarrolló una carrera llena de éxitos y ganó siete estrellas de plata, condecoraciones de honor, medallas de hombría en

la batalla, precisamente había sido una estrella lo que Andonis Cambanis le había regalado a su futura mujer, Ralú, dos días antes de su boda, estaba seca y desprendía un intenso olor a anís, y ella se rio, la cogió, le dedicó un saludo supuestamente militar por el honor que le hacía y se la prendió con un imperdible en la pechera de la chaqueta, eran aliados en la batalla del matrimonio, aliados que, cuando ya no tuviesen contra qué ni contra quién batallar, se enfrentarían entre sí, como en efecto ocurrió, y según doblaba Andonis Cambanis la esquina de Mikés para emprender el camino a casa, a las doce pasadas, tres hombres vestidos de forma casi idéntica, con traje oscuro y gabardinas a juego, lo arrinconaron, lo cogieron del brazo y lo metieron en un Ford negro de lujo.

XIII

la campana de la catedral
sacude unos copos de nieve
del aire de la mañana[58]

Basil Cambanis tiene el motor y las luces apagados y lleva una hora sentado en el coche, a dos manzanas de su casa; y doblado en el bolsillo lleva el cheque del Banco de Estados Unidos que lo convierte en el único beneficiario de la exigua cantidad de veintitrés mil dólares, y no es que se haya arrepentido de haber malvendido de esa manera el restaurante siguiendo un impulso, ya hacía años que quería venderlo y quedarse tranquilo, quitarse de encima responsabilidades y facturas, pero es verdad que lo había calculado y pensado de otra manera, quería estar seguro de que a la mañana siguiente tendría una alternativa segura, había hecho muchos planes para el día en que pudiera quedarse en la cama remoloneando, ya que contaría con la seguridad de que su decisión tendría garantías inmediatas, de que sus perspectivas se traducirían en dólares, que se multiplicarían *ipso facto* en cuanto pusiera en marcha su plan secreto, pero, por desgracia, la verdad era que Basil Cambanis no había urdido ningún plan brillante, ni de cosecha propia ni ajena, en su mente solo circulaban ideas sueltas, fluidas, que le costaba meter en un molde para formar algo estable y compacto; le gustaban los coches, pero no lo bastante como para abrir un concesionario de segunda mano; además, quién iba a comprar un coche estadounidense de segunda mano, con sus depósitos insaciables y el precio del petróleo batiendo un récord histórico tras otro; podría empezar algo en casa, un trabajo de oficina, por ejemplo, elaborando artículos para un periódico local, e ir ascendiendo poco a poco en los escalones de la jerarquía periodística, pero Susan le había dicho que se olvidase del tema, que no tenía talento y que sería conveniente que se quitase de la cabeza lo de la escritura, a quién le importaban los fantasmas que habitaban en Petty Island, los arcones enterrados de los piratas y los tesoros ocultos de los mercaderes de esclavos del siglo XVII y XVIII en una ciudad que se veía azotada por la pobreza y la crisis, el desempleo y la delincuencia, y a Basil

Cambanis le entraba la pena, no podía ser que no tuviese ningún talento, y Susan le acariciaba la mano con ternura, porque a lo mejor sabía escribir con cierta gracia, poner dos frases juntas con corrección gramatical y sintáctica, «pero, cariño…», sus temas eran casi siempre inoportunos y estaban fuera de lugar, y sus frases verdaderas retahílas, largas y prolijas, que no te permitían respirar, si al menos contase algo interesante, algo apasionante, algo con gancho… Y de ese modo se desvanecían sus planes uno a uno, se volvían borrones e imperfecciones en el papel, y el cheque ahí, acurrucado en el bolsillo, cargando las costuras con unos pocos ceros insignificantes; como se quedase un rato más en el coche él también se volvería pequeño e insignificante, se convertiría en un cero enorme, fatal, indudable, y por miedo a tragarse los ceros y dejar de respirar, abrió la puerta del conductor y salió, para encontrarse de frente con una luna casi llena que le recordó por un momento un cero descomunal, voraz y blanquecino colgado encima de su cabeza que se balanceaba en el universo como una espada de Damocles.

Basil Cambanis duerme en su lado, el izquierdo, junto a la ventana, que esa noche no está bien cerrada, o eso le parece, y ha metido dentro de la funda de la almohada el cheque de los veintitrés mil dólares, y con la mano casi puede sentir el tacto del papel, o eso le parece; por mucho que intenta entregarse al sueño, sus ojos permanecen abiertos y los pensamientos lo atormentan, Susan da vueltas en la cama y acaba en su lado, lo irrita la facilidad y la soltura con las que duerme su mujer, siempre había sido de sueño fácil, ocurriese la desgracia que ocurriese, cuando Litó tuvo cuarenta de fiebre que no bajaba y tuvieron que llevarla a urgencias y al final se quedó dos noches en el hospital, cuando le dolía el corazón tanto que pensaba que se estaba muriendo de un paro cardiaco, por suerte al final solo era un dolor del estómago que se reflejaba en la espalda y le dieron unas pastillas para recuperar la flora del duodeno y para la digestión, y cuando murió Dave, el padre de Susan, que Dios lo tenga en su gloria, y tuvieron que tomar todos el tren de la mañana a Columbus, en Ohio, y ella dormía a pierna suelta y casi pierden el tren para el funeral, y al verla con los ojos herméticamente cerrados y las manos bajo la cabeza, privándolo de los pocos centímetros cuadrados de sueño y espacio vital que le corresponden, se da cuenta de que puede imaginarla vieja con facilidad, con la artritis que a menudo atormenta a las mujeres delgadas y de constitución frágil, intuir que se romperá la cadera, se le hará añicos a los setenta y cinco años, por un resbalón o un mal paso en una escalera recién fregada y resbaladiza, imaginar su rostro, que acabará surcado de forma horizontal y vertical por muchas arrugas delgadas y simétricas, el pelo fino y blanco que raleará en ciertas zonas, y sus ojos azules, que perderán el brillo y se

parecerán a un cristal empañado por el vaho matinal, y Basil Cambanis siente que con el dinero que tiene escondido en la almohada querría comprar algo de tiempo, un par de décadas al menos, para recuperar de nuevo su cabellera lozana, espesa y ondulada, que ha empezado a escasear de forma preocupante, y tras tocarse con los dedos el cráneo desnudo en la parte trasera de la cabeza, se da la vuelta y abraza con fuerza la almohada y, como no es capaz de pegar ojo, se levanta a mear y a beber agua, porque le trae buena suerte reemplazar de inmediato lo que pierde.

Basil Cambanis no tira de la cadena por no despertar a las niñas, que por la noche comparten la cama de 1,20 que hay frente a su habitación y, de puntillas, baja con cuidado y sin ruido la escalera de madera, dando zancadas más grandes para cruzar el salón, pero se tropieza con la mochila tirada de su hija y se golpea el dedo meñique en la esquina del sofá, tras lo cual maldice el momento en que se le olvidó encender el piloto azul, y, según entra en la cocina, cojeando un poco del pie derecho, se encuentra con Litó delante del frigorífico abierto con una cucharita en la mano, cogiendo del estante el frasco de mantequilla de cacahuete tamaño familiar, y, antes de que le dé tiempo a disfrutar el fruto de su incursión nocturna, Basil Cambanis le coge el frasco de las manos y le recuerda el trato que hicieron tres años atrás, después de una dura negociación de dos horas: la mantequilla de cacahuete es un mal alimenticio necesario que hay en el frigo y en la mesa solo porque existe también en los frigoríficos y en las casas de sus compañeros y compañeras; Basil no querría por nada del mundo privarla de algo ni hacerla sentir inferior, pero aquello tampoco significaba que pudiese tener acceso a las grasas saturadas cuando le viniese en gana; el acuerdo era una rebanada de pan untada de mantequilla de cacahuete cada dos días, después de la cena o de la comida, y tiene que respetarlo, a no ser que quiera que se zampen esa noche todo el frasco los dos juntos y no lo repongan nunca más, porque la mantequilla de cacahuete es un sabor infantil que Litó tiene que superar, y más ahora que ya es una chica mayor: está en el tercer día de regla.

Conque se sientan en la mesa de la cocina con las luces apagadas y colocan entre ellos el tarro gigante de mantequilla de cacahuete, la verdad es que Litó solo quería una cucharada, a lo mejor dos, como mucho tres, solo por el sabor, y no medio tarro en el estómago, pero se obliga a tragar otra cucharada, contiene las náuseas que le salen de la boca y la nariz y respira hondo antes de apartar el tarro lejos de sí, hasta ahí, no puede más, y Basil sigue imparable y Litó lo observa, con sus escasos cabellos y el mechón anárquico que le cae ante los ojos, y le pregunta si es verdad que las va a abandonar, y Basil se deja la cuchara en la boca para ganar tiempo y le responde con acertijos y

medias verdades, que eso depende también de su madre, que la gente a veces cambia por el camino y de compañeros pasan a ser enemigos, fieras que luchan ante un plato de comida, y Litó le pregunta cómo y por qué cambian, y Basil se toca los labios con la palma abierta, como acobardado de reconocer que los sueños tarde o temprano se desvanecen para convertirse en planes prácticos que incluyen una casa y un primer hijo, un coche familiar y una casa de campo, y que no hay nada erótico ni deseable en un envase con descuento tamaño familiar, basto y voluminoso, y Litó insiste en saber qué tiene que hacer para convencer a su madre de que lo convenza para quedarse, para que no se vaya, y Basil le responde que está pensando muy seriamente, en fin, que tiene ya decidido instalarse en Grecia y abrir un local, tiene intención de montar algo suyo desde el principio, se merece una segunda oportunidad, y Litó mira de reojo el tarro que está casi vacío, y la cucharita de Basil, que rebaña con tesón y azoramiento las paredes de cristal, mendigando una o dos cucharadas de tiempo más, y Litó, que conoce bien a su madre, su frialdad y sus obsesiones, no se la puede imaginar viviendo en un lugar lejano y bañado por el sol al otro lado del Atlántico, llamado Grecia, así que le pide, le ruega, que al menos la lleve con él, por lo menos de prueba, no quiere quedarse en Estados Unidos con Susan, no le gusta el colegio de East Camden, odia a la señora Gardner con sus test imbéciles y sus estúpidas preguntas de capacidad crítica, se apuntará a la escuela griega, aprenderá griego y se deshará del maldito 68 que le había cargado la chalada de su madre y que lleva tanto tiempo arrastrando, y todos se ríen de ella a su espalda, y, en cuanto al fútbol, ya encontrará un equipo femenino nuevo para jugar, y luego estudiará y trabajará, «¿y Minnie?» le interrumpe Basil, «¿vas a dejar a tu amiga aquí, sola?» le pregunta de nuevo y su padrastro juega la última carta que le queda, y Litó lo piensa bien, mejor que antes, muy bien, y le sube la sangre a la cabeza y se le arrasan los ojos, «mamá la quiere más que a mí», y se levanta llorando, enciende la luz de la cocina por error, en plena confusión, y se va corriendo al baño a vomitar, qué asco, aborrece la mantequilla de cacahuete, a su madre, a su padrastro y a sus compañeros de clase, al mundo entero, nadie la entiende, nunca la ha entendido nadie.

Y no solo no la entiende nadie, sino que ella ni siquiera puede controlar su cuerpo, sus apetitos y sus nervios, le está ocurriendo algo terrible e insoportable, y lo peor es que no puede dominarlo, y la pone de los nervios tener que llevar un mini pañal asqueroso llamado compresa para que absorba la sangre sucia que desprende su cuerpo con asiduidad y en grandes cantidades, y cuando Susan le dijo que eso iba a ocurrir una vez al mes, cada mes, durante el resto de su vida fértil, es decir, más o menos hasta los cincuenta años, le asaltó una

gran pena, una gran turbación, cómo iba a jugar al fútbol y a correr con un mini pañal puesto que le molesta incluso al sentarse; desde hace tres días desea de todo corazón ser un chico, sabía que mear de pie era una ventaja innegable contra la que no había réplica, pero aquella novedad era un golpe bajo, le hace creer que las características distintivas de los chicos son muy superiores, se pregunta qué ven los chicos en las chicas para andar corriendo algunas veces detrás de las faldas, y lo único que quiere es esconderse en algún sitio hasta que todo se detenga, se irá de casa, dejando una nota sencilla y sibilina, y desaparecerá unos días, les va a enseñar quién es Litó, ya se ha aburrido de que otros decidan por ella, y mientras Minnie, que se acaba de despertar, observa cómo llena su mochila de objetos sin ningún orden ni concierto, cosas innecesarias e inútiles en una clase escolar, Litó se vacía una hucha bien cebada en el bolsillo y le informa a Minnie de que ese día juegan fuera, y de que pasarán la noche en la vecina Filadelfia: que les diga a sus padres que no la esperen esa noche a cenar.

XIV

Una vaga neblina envuelve la mitad de las páginas
(a veces, qué extraño y claro resulta para el alma
que todas estas sólidas cosas no son, en verdad, sino apariciones,
conceptos, irrealidades).[59]

Lo primero que le pasó por la cabeza a Andonis Cambanis era que tenía asuntos pendientes con la mafia italiana, pero, por mucho que se estrujó el cerebro para encontrar qué error iba a pagar con intereses unos quince años y pico después, no encontró nada a lo que aferrarse, nada que le diese una explicación satisfactoria o al menos lógica, y según pasaba el tiempo y el conductor cruzaba el puente Benjamin Franklin y salía de la ciudad de Camden con rumbo evidente a Filadelfia, más le olía la cosa a chamusquina, porque la mafia en aquella ciudad huraña era dura y conocida por sus métodos extremos e impresionantes que competían en inhumanidad y fantasía con las orejas cortadas y los dedos arrancados de Nueva York, las lenguas amputadas y las narices seccionadas de Brooklyn, e hizo amago de rezar una oración silenciosa, y antes de juntar las manos en posición de arrepentimiento por sus antiguos crímenes y faltas, el más alto, el de los ángulos toscos, le tapó los ojos con un pañuelo negro; el coche dio la vuelta y al cabo de veinte minutos entró por un camino de tierra y, según bajaba la ventanilla el copiloto para tirar la ceniza del puro, la tierra le olió a mojado y el coche se detuvo con brusquedad; antes de que le diera tiempo a desentumecerse lo agarraron y lo arrojaron a un almacén con tres mostradores y un váter común, amontonándolo en aquel cubil junto a otros diez, que tenían más o menos la misma pinta, y al poco, tras unos tímidos diálogos de tanteo, descubrieron que sí que había un elemento de culpa común que los unía a todos y los metía en el mismo saco: todos sin excepción tenían papeles italianos y, por una u otra razón, habían descuidado o no habían querido adquirir la nacionalidad estadounidense. De acuerdo con la modificación de 1918 de las disposiciones del Código Federal de Estados Unidos de 1798, referente a enemigos y extranjeros, el Gobierno estadounidense tenía la capacidad y el derecho de arrestar,

encarcelar o confinar y deportar a los ciudadanos extranjeros residentes mayores de catorce años, independientemente del sexo, que no hubieran adquirido la nacionalidad estadounidense y cuyo país se encontrara en guerra con Estados Unidos.

Normalmente la verdad es sencilla y simple, como las fórmulas matemáticas que describen las leyes de la naturaleza, a pesar de que hay múltiples causas y consecuencias, factores endógenos y exógenos, desconocidos, estables y variables; la verdad, colectiva o personal, suele encontrarse en algún lugar en medio de muchas inexactitudes que se consideran verdades inamovibles y por cuya veracidad ponen la mano en el fuego las gentes moderadas, porque saben combinarlas sabiamente con algunas verdades falsas, y Andonis Cambanis, con los brazos cruzados sobre el pecho, carecía de labia y astucia para salvar el pellejo, de modo que, cuando le llegó su turno, intentó en vano convencer a los federales de que su vida era un lance de dados y que había ido siempre donde lo llevase el viento, de que terminó en Camden por casualidad, y de que por azar trabajó en la New York Shipbuilding Corporation, por eso conocía los entresijos y los pasadizos secretos; veinte años atrás buscó trabajo y lo encontró, y de la mafia italiana e irlandesa apenas había oído hablar, qué iba a saber él de *grappa*, cadáveres, porcentajes y transportes ilegales, y si por casualidad había conocido a un par de pequeños estafadores italianos, él no podía ser culpable de que sus jefes, los mafiosos, apoyasen a Mussolini, y sus papeles italianos son, además, falsos, él es griego, griego de la gran diáspora, nació en la isla de Nísiros, que para desgracia suya se halla en manos de los italianos, como todo el Dodecaneso, no tiene nada que ver con agentes italianos ni alemanes, y en su vida ha visto un japonés, y, si lo ha visto, todos los amarillos le parecen chinos, no tiene ni idea de qué le están contando sobre una irlandesa sordomuda, él es griego, honrado y leal, y si estuviese en Grecia batallaría del lado de los Aliados, no se alistó en el ejército porque no fue necesario, no le tocó, y en el fondo quién quiere guerrear contra enemigos y fantasmas arriesgando la vida, él lo que quería era una casa, como todos, su dinero, su trabajo y su tranquilidad, y ver que su hijo se las apañaba un poco mejor que él, que es un empresario respetuoso con la ley, tiene tres establecimientos a su nombre, bueno, dos y medio, dos para ser exactos, y paga sus impuestos, lleva siete años casado con una griega de Mitilene, mire, la alianza, de plata, ¿por qué no se lo creen?, vaya, pero qué iba a pintar él en Montana o en Tennessee en un campo de retención provisional y de reasentamiento de extranjeros, él no es un traidor, ni un agente ni un saboteador, y no hizo los papeles para la nacionalidad porque se le olvidó, por descuido, no se le pasó por la cabeza que fuese algo necesario, imprescindible, si él es más estadounidense que griego, los

haría en ese momento, rellenaría la solicitud y pagaría la tasa, «ahora» dice, y va en serio, y mientras alza la voz para subrayar que se está cometiendo una injusticia contra él, se cierra la puerta y una mano lo levanta, lo empuja hacia el interior y lo hace aterrizar de una patada en un banco de espera.

Por suerte no fue a Montana, además allí concentraban sobre todo a los germanoestadounidenses sospechosos y, un poco más allá, en Idaho, Wyoming y Arkansas, a los japoneses de primera y segunda generación, y hasta junio de 1942 habían arrestado y reasentado a mil quinientos veinte italianos, entre los que no se encontraba Andonis Cambanis, y eso porque, dentro de su mala suerte, fue afortunado, y mientras esperaba el veredicto de los federales, lo reconoció un italiano, antiguo mafioso y ahora colaborador externo del FBI con buenos contactos con los padrinos Lucky Luciano y Paul Carbone, y que antiguamente, en 1919, le había ofrecido a Andonis Cambanis trabajo y casa siempre que le hiciese unos recadillos en Hell's Kitchen; tan orgulloso de ser un fisionomista al que no se le escapaba nunca una cara, lo reconoció a la primera y le hizo de tapadera porque, después de tantos años, Andonis Cambanis le pareció igual de menesteroso y desgraciado, y de ese modo les habló bien de él a los federales, porque Mussolini estaba mosqueado con la mafia y la mafia con Mussolini, y la última novedad era que los mafiosos, bajo el mando del padrino Luciano, o Lucky, que estaba encarcelado, habían convencido a Roosevelt para que colaborasen por el bien de la democracia contra los nazis, los comunistas y los fascistas, como efectivamente ocurrió, y los estadounidenses ya habían establecido contactos y puentes con las familias sicilianas y preparaban el terreno para el desembarco angloestadounidense en el hipogastrio blando de Hitler, Sicilia, dirigido por el general Eisenhower, y que llevaría el nombre de operación Carne Picada;[60] en cuanto a los comunistas, como las mosquitas muertas rojas de los franceses se atreviesen a meter mano en el viejo puerto y en las cargas sospechosas de Paul Carbone y de Salvatore Greco, los aplastaría la mafia hermana corsa en Marsella.[61]

Y después de tres días que le parecieron una semana, lo metieron en un autobús de mala muerte y lo mandaron de vuelta a Camden, donde caminó una hora y media hasta llegar a su casa. No había despuntado el día y aún no funcionaban los transportes, y cuando llegó con paso lento a su casa no dijo ni mu, se encerró en el pequeño baño, se lavó, se vistió, se peinó, y salió dos horas más tarde para facilitar sus datos y sus huellas dactilares en la oficina de correos más cercana, como si fuese un delincuente fichado y abominable; le retiraron el carné antiguo, le sacaron una fotografía reciente y a cambio le dieron un carné de extranjero procedente de país enemigo,

que debía llevar consigo pasase lo que pasase, y pasó a ser uno de los integrantes del millón cien mil extranjeros inscritos en los libros del Ministerio de Justicia que entraban en la categoría de enemigo y que, o bien se hallaban en campos de concentración, o bien circulaban libremente por el país con un régimen particular y, a partir de ese mismo momento, todo dependería de la docilidad y lo civilizado de su comportamiento con respecto a la nación y el territorio estadounidense.

No obstante, en aquellos tres días que le parecieron una semana, algo se rompió en su interior y no volvió a unirse nunca más, como si renunciase a lo mundano; nunca volvió a levantarle la mano a Ralú y dejó el bar, de vez en cuando pasaba a saludar y, a regañadientes, seguía las noticias, pero no con el mismo fervor, como si ya no fueran con él; no es que padeciese depresión, era que hasta allí había llegado su aguante, hasta allí podía compadecerse, renegar, agobiarse y enfadarse, la tienda iba casi bien y la mantenía porque le daba un sueldo y un beneficio anual, pero no con el mismo celo y viveza, y con el tiempo se encorvó y su tamaño menguó un palmo, perdió un par de kilos que poco a poco se convirtieron en tres y cuatro, porque comía, claro, pero no con el apetito de antes, y al cabo de un año, en la primavera del 43, su hijo recibió la nacionalidad estadounidense, pero a él se la denegaron las autoridades, le dijeron que primero tenía que terminar la guerra y que luego ya verían qué hacían, y mientras Andonis Cambanis seguía en la tienda y se pasaba de la mañana a la noche ocupado con rompecabezas económicos, porque su socio tesalonicense, Takis, había empezado a perder la cabeza, y todos los síntomas apuntaban a un Alzheimer galopante y agresivo, Ralú intentaba dejar de beber, pero en vano: cada vez que intentaba beber menos, los demonios volvían a acosarla con más fuerza, y se echaba a la calle lanzándoles a los transeúntes comentarios maliciosos e insultos soeces, y Basil, que acababa de cumplir los cinco años, le escondía las botellas en los armarios y los cajones, dentro de edredones y debajo de las camas, tras las puertas y fuera de las ventanas, pero Ralú, la muy pájara, tenía un olfato de sabueso y el olor del alcohol la llamaba y la atraía hasta con los ojos cerrados: dejaba al FBI y a la CIA a la altura del betún.

Y mientras los aliados intentaban penetrar la línea del invierno[62] y ocupar Roma, Andonis Cambanis vendió la mitad de la sucursal de Liberty Park para sufragar los gastos médicos y el funeral de Takis, el tesalonicense, porque se lo debía, y al vaciar la casa de su amigo y socio de pequeños objetos y basura medio podrida, se encontró un gramófono Victor bien conservado y unos discos llenos de polvo en cuya etiqueta estaba escrito a mano «Enrico», y se los llevó a la tienda y después a casa y, pocas horas antes del funeral, con un Basil

pequeño e inquieto y una Ralú vestida de negro y muda en el diván, se propuso romper el silencio, ahuyentar el invierno que se había asentado en las paredes y los muebles; sacó el gramófono y colocó la aguja temblorosa sobre el disco, y la voz cálida de Caruso irrumpió y, durante un momento, los hechizó y los envolvió, sin que ellos supieran que en el París de 1830 el invierno era también cruel y helado y le había costado el amor y la vida a una modista enflaquecida llamada Mimí; conforme la aguja arañaba con firmeza el disco, un falsete quebró la melodía y la voz se detuvo, antes de que una tercera persona dijese «vamos otra vez, Enrico», y *La Bohème* enmudeció, era un mal momento, un intento fallido, y por muchos discos que probó en el gramófono, siempre daba con una imperfección, con una repetición, porque se trataba de discos defectuosos que habían acabado en la basura, grabaciones abortadas porque algo había ido mal, un mal comienzo, una nota apresurada, un encasquillamiento de la voz, un malentendido, y Andonis Cambanis insistió en probar los discos uno detrás de otro, no le cabía en la cabeza que su socio hubiese coleccionado los errores y desaciertos de otros, hasta que Ralú no aguantó más, estalló y chilló «no aguanto más», y el pequeño Basil, con las manos tapándose los oídos, corrió y se abalanzó sobre él para rogarle de rodillas que detuviese aquellas voces.

Y las voces se detuvieron, y llegó la primavera, entró abril y las cosas se calmaron, en los barrios de Dudley, Marlton y Parkside llamaban a la puerta recogiendo sartenes y cacerolas en desuso, todo tipo de hierros viejos susceptibles de reciclarse en chatarra para apoyar a la industria bélica y el conflicto que se libraba en Europa, África y Asia; Ralú entregó su dote, sus dos sartenes y una de las cacerolas grandes, cosa que dejó la casa huérfana de utensilios de cocina, y cuando se enteró, Andonis Cambanis no dijo nada, fue y compró una sartén nueva y una cacerola, e hizo la vista gorda; era un mayo dulce y las noticias de los frentes abiertos eran más bien alentadoras, y Cambanis se presentaba cada quince días ante las autoridades y se ponía a la cola antes de estampar una firma bajo el «enemigo-extranjero», y luego enfilaba de nuevo el camino hacia la tienda de Dudley, y a mitad del día recorría a pie el trayecto hasta Parkside para ver cómo iban las cosas por allí, junio había entrado con fuerza y había caldeado el ambiente, y a menudo se le olvidaba la chaqueta mañanera sobre la mesa, poco faltó para que se pusiese malo una noche en la que se puso a lloviznar, pero era un hueso duro de roer, y los virus pasaban rozándole; el 4 de junio de 1944, el 5.° Ejército de los Estados Unidos liberó Roma, y ese mismo medio día Ralú se hizo una buena quemadura en la mano derecha y chamuscó la olla que olvidó al fuego con las judías verdes; por si fuera poco, a la mañana siguiente enfermó Basil y le subió una fiebre de 39°, y a pesar

de todas las advertencias insignificantes, indignas de mención, que recordaban pinchacitos de aguja, nada dejaba presagiar lo que ocurriría, porque el 6 de junio, mientras Basil seguía convaleciente y Andonis Cambanis estaba hasta arriba de trabajo para un baile de caridad a favor de las esposas de los soldados de infantería que habían resultado mutilados, y las fuerzas estadounidenses, británicas y noruegas pretendían desembarcar de forma coordinada en Normandía, al mando del general Eisenhower, Ralú preparó unos *yemistá*[63] que le salieron mejor que nunca, puso la radio en voz baja para oír a Telly Savalas y la voz de los Estados Unidos patrióticos,[64] se plantó un plato de comida y un poco de vino tinto fuerte que le había mandado de extranjis el primo caritativo y benévolo y se sentó junto a la ventana: se comió primero el pimiento y luego el tomate, como hacía su madre, y dejó para el final las dos patatitas crujientes con un poco de *feta* blando y salado, y se bebió todo el vino, un litro y medio de un tirón, y en medio de la neblina de la embriaguez, en medio del estupor, le pareció que no estaba en Estados Unidos, porque en la radio hablaban griego y resultaba que los tomates estaban dulces y jugosos, y los pimientos eran frescos y aromáticos, como si los hubiesen cortado de la huerta de su tío, y las patatas se habían impregnado del aceite y se habían ablandado bajo la costra, y por la ventana pasó alguien que se parecía a su hermano mayor, igualito que Andreas, como dos gotas de agua, en pleno mediodía en Dudley, Dios mío, cuándo habría llegado, cuánto tiempo llevaría buscándola, y se levantó con el mandil puesto para ir a su encuentro, abrió la puerta trastabillando y salió.

XV

mirlo solitario de plumas rojas,
pescando un junco en la pleamar;
las nubes ondulan[65]

En casa de Susan Müller y de Basil Cambanis reina la agitación, son las nueve de la noche pasadas y Litó aún no ha vuelto, la nota apresurada y manchada de mantequilla de cacahuete «yo me largo de aquí», que ha dejado sobre la encimera de la cocina, además del testimonio de Minnie de que Litó le había pedido que los avisase de que se marchaba a la vecina Filadelfia por un partido amistoso de fútbol, suscita en Susan y en Basil sucesivas preguntas sin respuesta, ya que en el colegio, donde ha llamado Susan, no saben nada de un partido amistoso, y del entrenador de fútbol, con quien había hablado Basil, no habían sacado nada en claro, sí, había un amistoso con las Hienas de Filadelfia planeado para el mes anterior, pero se había anulado por dificultades económicas, «¿sabe cuánto cuesta una estancia en la ciudad de Filadelfia?, el doble o el triple que en Camden, mejor jugar en Boston o en Washington, como quien dice» y Basil cuelga el auricular y Susan no sabe qué hacer, y ambos miran a Minnie con suspicacia, y en su fuero interno quizá la culpan de todo aquello que les está ocurriendo y que los perturba, pero no se atreven a elaborar la acusación; Susan va y viene de la cocina, y Basil abre la puerta, a ver si se han equivocado y Litó está, como de costumbre, en el jardín trasero, golpeando el balón contra la pared, y Minnie se siente una intrusa pero no tiene adónde ir, aprieta los puños y los dientes sentada en un extremo del sofá, desearía ocupar el mínimo espacio, volverse invisible, vagar por la calle, meterse en las casas y robar las sobras de los platos de las familias, dormir en las esquinas de las camas de 1,80, tomar de vez en cuando prestada la ropa y devolverla conforme crezca y ya no le sirva, todo eso hasta que se haga mayor y no necesite a nadie, y Susan llama a la policía para denunciar la desaparición, pero aún no han transcurrido veinticuatro horas, estaría bien que esperasen al menos tres o cuatro horas más antes de pasar por la comisaría; Basil le propone a Susan que cojan el

coche y vayan a dar una vuelta por Filadelfia, y en medio de todo ese caos y ese pánico, Litó intenta acomodarse en el gran armario metálico con las herramientas del jardín y el antiguo colchón, doblado y mohoso a trozos, la muy bribona ha conseguido colarse dentro del colchón enrollado que guardan por si acaso, y lo único que asoma y se atisba son las puntas de sus mechones rubios e indisciplinados, y solo se oye su respiración, silbante e irregular, porque el polvo y los ácaros del armario y de ese colchón viejísimo le hacen cosquillas en la garganta, y se le ha olvidado llevarse el inhalador para el asma, mierda, podría dar una buena inspiración y santas pascuas, pero aguanta, todavía aguanta escondida, va a intentar aguantar todo lo que pueda.

Se le ha entumecido el cuerpo, no es fácil estar sentada, inmóvil y muda en una posición tan incómoda, se pone en pie, estira los brazos y sacude las piernas, han pasado dos horas, bosteza de aburrimiento y de no saber qué hacer, y después vuelve a escurrirse en su espiral negra, un verdadero pasadizo en las entrañas del colchón apolillado, apoya la cabeza y desea que se mueran sus padres, una curva fatal en la carretera, un mal cálculo en el asfalto mojado, inspira profundamente y cambia de opinión, no, no quiere que se mueran, lo que quiere es salvarlos de una muerte segura que puede prever, sacarlos a rastras del coche en llamas y hacerles *ipso facto* la respiración artificial, a riesgo de perder su vida por la inminente explosión, pero eso tampoco basta, y se hunde un palmo más en las profundidades del colchón, se va a morir, está decidido, se va a morir, y su muerte será instantánea y su funeral será el infierno en la tierra para sus padres, y es lo bastante generosa como para perdonarlos por todas las amarguras y decepciones que le han procurado, y llorará con ellos, porque pondrá cuidado en quedarse un poco aparte, para contemplar el funeral y el cortejo, y recibirá el pésame a pesar de que odia los funerales, porque en el único que le había tocado estar, el de su abuelo, en Columbus, sus primos la miraban como si viniese de otro mundo, y le hicieron unas preguntas tontísimas, que qué significaba Litó y que si era un nombre idiota, de retrasados, y el hermano de su difunto abuelo le dio un beso baboso en la mejilla y un pellizco en el culo, y la tía Mary le riñó por llevar zapatillas de deporte y por sentarse con las piernas abiertas, menuda señorita, y cuando se acuerda se le sube la sangre a la cabeza, los odia a todos, y se pregunta si alguien la echará de menos, sus compañeras de equipo seguro que no, y qué sentido tiene estar allí metida, le ruge el estómago, y además le duele un poco la cabeza del anquilosamiento y el ayuno, y allí dentro está oscuro y da agobio, y no respira bien del todo, pero se vuelve a obstinar, porque aunque salga del colchón seguro que no consigue nada, tendrá que darles una buena lección, y

se hunde un palmo más, cierra los ojos y se queda dormida.

Minnie no ha ido nunca a Filadelfia, le resulta un lugar desconocido que solo ha visto en anuncios, en periódicos y revistas, y conforme el viejo coche familiar de Basil toma la curva para salir a la avenida Washington Lane, en el este, y desde allí al campo del colegio Roosevelt, Minnie observa que Filadelfia no es tan distinta de Camden, y lo único que puede decir con seguridad es que quizá cambie un poco la talla, los edificios son mucho más altos, las carreteras más anchas y limpias, y al mismo tiempo que se empapa de información a través de la ventanilla del coche, busca a alguien que se parezca a su padre, y escruta a todos los adultos de color de mediana edad en busca de sí misma; ha pegado las palmas al cristal del coche y la mirada fija en la carretera y en las casas, no vaya a escapársele la oportunidad única que se le ofrece, y Basil conduce despacio y con cuidado, la escuela Roosevelt está cerrada, con las luces apagadas, y el guardia de seguridad mira la fotografía de Litó y niega con la cabeza, y Susan tiene ahora la ventanilla del coche bajada y la cabeza fuera, y no deja de exigirle a Basil que aminore la velocidad, pero no puede ir mucho más despacio, y el coche está electrificado por una tensión inconfesable, tres contornos recortados, colgados cada uno de una ventanilla, está a punto de amanecer y de agotarse la gasolina, Basil Cambanis llena el depósito con la tarjeta en el autoservicio 24 horas de Exon, mientras Susan usa el baño y Minnie escudriña con curiosidad a un sin techo que podría ser su padre, cree que se le parece pero no está segura, está a punto de abrir la puerta para preguntarle cómo se llama y si se acuerda de ella, pero tiene miedo, eso por no hablar de que no está del todo segura de la semejanza, más bien para nada segura ahora que lo mira mejor y advierte los delgados rasguños en la cara, la costra de sangre seca alrededor del mentón, el abrigo rasgado y lleno de manchas, pero, antes de que le dé tiempo a decidir qué hacer, Susan abre la puerta y entra en el coche, y Basil arranca, porque vuelven a Camden y lo primero que van a hacer nada más llegar es pasar por la comisaría.

Pete se revuelve en el vestíbulo de la comisaría de Marlton, le han esposado las manos a la espalda, pero no es eso lo que lo irrita y lo pone fuera de sí, ni siquiera el mentón torcido y las costillas rotas a causa de los golpes recibidos con las porras y las patadas de los policías, lo que desea más que nada en el mundo, lo que le quema, es saber qué gusano se ha chivado, porque no es que lo hayan pillado con un coche robado y un botín bien provisto, es que esa misma noche habían tenido reunión y reparto en Gateway y había cogido su parte, el *crack* y la heroína que tenía que vender, tres kilos en total, con un margen de beneficio de un quince por ciento sobre las ventas, y era su última misión de prueba como camello en la calle, después tendría

que elegir su propio equipo, lo iban a nombrar príncipe, y con subir un grado más en los cinco años siguientes se convertiría en rey, en Quinonas adulto, tendría sus propios guardaespaldas y su banda, solo tenía que salir todo bien esa noche y todo lo demás vendría después, chavalas, dinero, coches, se lo pasaría en grande, como el Gordo, el Alcalde y el Salido, que no hacen más que tocarle los huevos y asignarle tareas asquerosas, si saben que tiene los mejores contactos en los colegios para pasar hierba, para qué le dan la heroína, a quién se la va a vender, se pueden contar con los dedos de una mano a los fracasados que se chutan a los doce y a los trece, con el *crack* sí se puede hacer algo, entre el patio y el recreo se vende un poco; está como un león enjaulado, aúlla y brama tirado en el suelo, cómo ha metido la pata de esa manera, «me cago en la puta, joder»; le habían tendido una trampa, le quitaron su parte de pasta y la nueva mercancía, la ha cagado, a tomar por culo, ahora que lo iba a conseguir, y de todos los suyos, que son unos moñas, solo lo han cogido a él, no habían tendido más trampas, a nadie más, eso estaba apañado desde dentro, más claro el agua, hijos de puta, no saldrá del calabozo, pero se van a enterar de con quién están tratando, como mucho acabará en el reformatorio que hay a las afueras de Camden, se la suda, como mucho dos años, luego a la calle, y lo va a poner todo patas arriba, y mientras el madero que lo trincó y le dio el primer hostiazo en la mandíbula con la porra lo empuja con el pie para que se levante y entre en el despacho blanco de dos por dos para interrogarlo, Basil y Susan denuncian la desaparición de su hija menor de edad, Litó Cambanis, y Minnie pone en su declaración lo que sabe y lo que se imagina, ya que es la última que la vio, y el responsable del turno de mañana le pregunta si le había llamado la atención algo durante la semana anterior, si se había fijado en algo sospechoso o si Litó le había dicho algo extraño, y Minnie asiente «sí, claro», que la anciana señora Malrose, de la casa de al lado, sigue encendiendo las luces de Navidad en el salón y habla con sus gatos como si fuesen sus hijos John y Michael, desaparecidos en los arrozales de Vietnam, y que Litó había vendido el álbum y las pegatinas de Panini para reunir dinero para su viaje a Grecia, y mientras Minnie habla, cruza las piernas y les pide permiso para ir al baño porque tiene muchas ganas de mear, y cuando el responsable le señala la puerta y le indica todo recto, a la derecha y al final, la primera puerta a la izquierda, Minnie se confunde; en vez de ir a la derecha se mete a la izquierda y abre la primera puerta a la izquierda con la llave olvidada en la cerradura, para darse de bruces con su hermano Pete, que está esposado y tiene el mentón torcido, hecho polvo, y lo único que consigue decirle, entre la confusión y el susto, es un «Pete, mamá» ahogado que casi no le sale de la garganta, y abre los brazos para darle un abrazo porque lo

ha echado de menos, echa de menos a todos, a su madre, a su padre, al que no había conocido y no recuerda, y a su hermano Pete, pero él, como un toro ante un paño rojo, se abalanza sobre ella y la estampa con todas sus fuerzas contra la puerta metálica, Minnie tropieza y cae de rodillas, y él la patea con saña en las costillas y el cuerpo, y Minnie se encoge y se agazapa como un gusano invertebrado, se escurre y se zafa dejando atrás un riachuelo amarillo y calentito, se arrastra y se levanta, y, temblando, se aleja dejando la puerta entreabierta tras de sí, y que desearía, cómo desearía, haber cerrado del todo.

XVI

(*Di, oh, Madre, ¿no he sido fiel a tu pensamiento?*
¿No os he tenido presentes, a lo largo de la vida, a ti y a todo lo tuyo?)
[66]

Está inmovilizada en la cama del hospital de West Jersey y la enfermera jefe, la señora Hozibar, se ocupa, con ayuda de su subalterna, de sus heridas superficiales, que se cerrarán en una semana, como mucho en dos, y cambia las gasas y las vendas; Ralú Cambanis está estable y ha recuperado la conciencia, aunque se niega a decir ni una palabra, y el médico y profesor de neurocirugía que la trata afirma que se debe al *shock* postraumático y que es cuestión de tiempo que recupere el habla, no así el movimiento de las extremidades superiores e inferiores, porque el golpe en la nuca ha sido fatal y la parálisis total e irreversible, la verdad es que no se lo han dicho aún, qué sentido tendría, dada su situación; dos días atrás, cuando la llevaron al hospital, el médico hizo un aparte con su marido, que parecía una persona a la que ha sorprendido la tormenta en mitad del océano y se aferra a su anticuado traje de tres piezas y a su inglés mediocre de entonación pésima como si fuesen tablas de salvación, y le anunció que no había esperanza de que su mujer pudiese volver a andar, y que tendrían que replantearse su vida desde el principio, con nuevas circunstancias y exigencias, y le pidió a la enfermera jefe, la señora Hozibar, que, antes de abandonar la habitación de la paciente, le explicase al señor Cambanis qué quería decir exactamente, y la señora Hozibar lo miró fijamente a los ojos y vio su miedo, su desesperación y su pánico, y se lo perdonó todo, lo tomó del brazo y le explicó mientras paseaban por el largo e inhóspito pasillo cómo sería su vida a partir de aquel momento, y Andonis Cambanis, con el sombrero en la mano, la detuvo a la mitad, jugueteando nervioso con el ala entre los dedos, y buscó algo a lo que aferrarse, una insinuación oculta o un pestañeo que pusiese en duda sus palabras, para organizar su réplica interior y atreverse a objetar que los milagros existen y que la ciencia no los descarta, y que las cosas pueden cambiar de un momento a otro, y que la vida puede dar

otro giro, y otro, y que nada en el mundo, ni ninguna esperanza, se pierde por completo.

No había esperanzas, y eso se vio muy pronto: Ralú movía solo los ojos y la boca y lo único que podía levantar era la voz, sus deseos tenían brazos que no hacían más que pedir, y sus pensamientos piernas que la perseguían, y cuando la abandonaba el ánimo guardaba silencio y esperaba el alcohol, y se pasaba horas sin decir nada, porque el alcohol se lo habían reducido, si no quitado del todo, y solo cuando se ponía a gritar y a emitir aullidos inarticulados, porque decía que la asaltaban unos dolores terribles en las piernas y en los brazos, permitía Andonis Cambanis algunos tragos, le había dado orden al pequeño Basil de que le diese, con medida, un poco de vino o de *ouzo*, o lo que tuviesen a mano dentro del armario, y siempre tenían cuidado de que no faltase alcohol en casa, era su calmante, el bálsamo de su mujer, y en efecto Ralú se calmaba como los bebés en la cuna, y cuando volvía en sí de la dulzura y el sueño de la bebida comenzaba un lamento arrastrado y extraño, un verdadero plañido, y veía pasar las horas hasta que se hacía de noche y volvía su marido, y entonces le pedía a gritos que la matase, que la arrancase de aquel martirio insoportable y cotidiano, y Basil no la aguantaba y deseaba de vez en cuando que se muriese mientras dormía, y cuando cumplió los seis años y fue por primera vez al colegio, respiró y se quitó un peso, una sombra negra de encima, pero en el colegio pronto todos se enteraron de cuál era la situación en su casa y, de un día para otro, se convirtió en el hazmerreír de la clase, al que todos señalaban con el dedo, el hijo de la alcohólica retrasada, y pronto el martirio lo persiguió por todas partes, en casa llevaba una cruz a cuestas y luego en el colegio subía el Gólgota, entonces fue cuando se convirtió en Jesusito y soportaba las maldades y las burlas, los insultos y las amenazas, únicamente porque esperaba convertirse algún día en superhéroe y que todos descubriesen sus poderes sobrenaturales y vengativos, y soportaba los gritos de la bocazas de su madre paralítica que pedía agua, y la cuña, y que la peinase, que la lavase y la asease, y al inconsciente de su padre, que le hizo poco a poco aprender a hacer las tareas domésticas y a cocinar, porque era necesaria una casa limpia y ordenada, y que en la mesa siempre hubiese un plato de comida humeante: toda la fuerza de sus raíces griegas, toda su dignidad, se concentraba en un plato de comida caliente cocinado de acuerdo con la tradición.

Y mientras que la guerra iba de maravilla y todo apuntaba a que la victoria de las Fuerzas Aliadas era cuestión de meses, si no de semanas, según los más optimistas, Andonis Cambanis, cuando regresaba del trabajo por la noche, leía fragmentos del *Eznicós Kíricas*[67] a su mujer, porque el médico había insistido en que le

hablase de cosas alegres y familiares, y, cuando caía en sus manos algún periódico de la comunidad griega, le leía las crónicas sociales, las nupcias, las inauguraciones y los bautizos, y, tras terminar con todo lo que había de agradable, saltaba a las victorias de los Aliados y a las noticias políticas que tenían que ver con Grecia y que los concernían de forma indirecta, como que el 26 de septiembre de 1944, durante la liberación de la ocupación alemana, se firmó el acuerdo de Caserta entre el Gobierno griego de unidad nacional y los líderes militares de las organizaciones de resistencia EAM y EDES, bajo la supervisión de las fuerzas militares británicas del Mediterráneo con sede en Salerno, que determinaba que todas las fuerzas de guerrilla que actuaban en Grecia quedaban a partir de ese momento a la orden del Gobierno griego de unidad nacional, que a su vez debía obedecer y ejecutar las órdenes y los mandatos del dirigente de las fuerzas libertadoras británicas en Grecia, el general británico Ronald Scobie, y mientras Cambanis baja el periódico y lo deja sobre las rodillas, porque se ha cansado y porque le aburre tanta sigla, tanto nombre y tanta información, que caen como lluvia sin piedad, Ralú le pide que se acerque, que la levante y la siente en la silla de ruedas, pero Cambanis no sabe qué hacer, es de noche, las dos pasadas, y el niño está dentro dormido, pero su mujer insiste: quiere salir a la calle a tomar aire fresco, y mientras Cambanis se queda ahí plantado, mudo e inmóvil, Ralú intenta en vano levantar las caderas, tomar algo de impulso, darse la vuelta, hacer girar su cuerpo hasta el extremo del diván, y Cambanis se levanta despacio, como si tuviese todo el tiempo a su disposición, y se queda de pie, inclinado sobre ella; luego se arrodilla, la abraza con cuidado, se ha quedado en cincuenta kilos, y la deposita en la silla. Después abre la puerta; es una noche de luna incompleta que parece estar de pie, y conforme las ruedas se arrastran por el asfalto y la pareja lucha por mantenerse en el centro de la calzada, sobre la línea divisoria blanca y delgada, parecen dos campos rivales que se necesitan el uno al otro para existir, y mientras trazan círculos concéntricos alrededor de la manzana, en medio de la noche muda y asfixiante, Ralú le pregunta de repente si él se fiaría de alguien que se llama Scobie, qué clase de nombre es ese, y su interés es extraño pero también auténtico, y Andonis Cambanis no le responde, porque la cuestión no le atañe, no le ha pasado siquiera por la cabeza lo que pueda significar el apellido Scobie, y a fin de cuentas no le importa, aunque nada bueno puede salir de un apellido que significa «espinoso»[68] y tiene sus raíces en un pueblo olvidado, borrado del mapa, y en un lugar escocés, antiguo y ya perdido.

Y así, de vez en cuando, bien entrada la noche, cuando no llovía ni nevaba ni caía la temperatura por debajo de cero, empezaron a dejar acostado al niño y salir con la silla de ruedas a dar una vuelta a la

manzana, y el paseo se convirtió en costumbre, y cuando hacía buen tiempo sacaban las sillas al sol y lo tomaban juntos, y una vez, una noche suave de octubre, un veranillo de San Martín que pilló de buenas a Cambanis, llegaron hasta el río, contemplaron un buen rato la línea costera cristalina de Filadelfia y tomaron en silencio el camino de regreso; la quería por su desgracia, era la compasión, los remordimientos y los años que pasaban, que lo habían ablandado, y en el rostro de Ralú (que le sacaba siete, si no ocho años), precozmente envejecido y arrugado, veía la desgracia y la desesperación de la madre de mediana edad a la que había abandonado veinticinco años atrás, en medio del hambre y la pobreza, a merced de los parientes y de la bondad de los desconocidos, y cuanto más pensaba en el pasado, más se juraba que se quedaría con Ralú hasta el final, y empujaba la silla de ruedas día sí día no por aceras, carreteras, pendientes y cuestas, y los domingos, al mediodía, poco antes de que las calles se llenasen de alegrías, voces y familias, cogía a la suya, hijo, mujer y silla de ruedas, y salían todos juntos a la calle a tomar un refresco, a tomar un dulce oriental y una bola de helado en la pastelería La Concordia.

Estaban a principios de noviembre de 1944. Franklin Delano Roosevelt, conocido por sus iniciales, FDR, se hacía con su cuarto mandato consecutivo en la Casa Blanca con Harry Truman de vicepresidente, Basil Cambanis recibía sus primeros tres puntos por una piedra que le había arrojado a la cabeza un matón de su clase, un grandullón insoportable, y Andonis Cambanis contrataba a un ayudante armenio para la tienda de Parkside, no podía atender las dos tiendas él solo, necesitaba ayuda con los pedidos y los recados, y Arsen era un carácter noble y bondadoso, no se quejaba, era una persona de confianza y el poco dinero que le ponían en mano no lo malgastaba en bares y tabernas, sino que ahorraba para su propio negocio, porque tarde o temprano acabaría montando uno, y así a Andonis Cambanis le quedaba más tiempo, y tenía pensado enseñarle el oficio a su hijo, insuflarle el espíritu empresarial, porque lo veía peleando día y noche con las letras, estaba seguro de que no le entraban y de que su hijo le mentía al decirle que tenía talento para la pintura, la escritura y las artes, y a Andonis Cambanis no le hacía mucha gracia la joven profesora irlandesa del niño, que le llenaba la cabeza de pájaros con historias fantásticas de salvajes, piratas, revolucionarios pobres y perseguidos, historias con final feliz o desgraciado; encima Basil Cambanis era zurdo, y eso ya era mala señal, y mientras los rusos proyectaban sus exigencias imperialistas sobre Occidente y los comunistas locales defendían sus derechos laborales, inflamando las pasiones y los espíritus en sindicatos y asociaciones, según le había soplado Arsen, los federales no podían

ver a los rusos o a los rojos ni en pintura y elaboraban listas secretas con nombres de huelguistas e instigadores, y Andonis Cambanis, a quien le daban miedo las listas y las fichas policiales, tuvo cuidado en tomar sus medidas, y obligaba a Basil a que sujetase con la derecha el bolígrafo, de modo que, cuando el pequeño se despistaba y se santiguaba con la izquierda, Andonis le golpeaba en la mano con un cucharón de madera, siempre mojado y a punto sobre la mesa, para mantenerlo a raya, y cuando se dio cuenta de que *Eznicós Kírix*[69] había puesto rumbo a la izquierda, interrumpió su suscripción mensual y empezó a comprar solo *Atlantís*, que loaba las hazañas de la Grecia libre, alababa a los aliados británicos, libertadores y garantes, y reclamaba el regreso de Yorgos II al trono, y todo ello porque Andonis Cambanis no quería más líos con los federales: quería estar del lado del orden, de los poderosos, de los norteamericanos y del Gobierno que tocase.

Y cuando terminó la guerra y cayeron las firmas de la capitulación sin condiciones de Alemania en Potsdam, y era cuestión de tiempo y de soluciones que el Dodecaneso, y Nísiros con él, se uniese al resto de Grecia, Andonis Cambanis se dejó llevar y, en medio de la atmósfera festiva de triunfo y euforia general, le prometió a su hijo que en cualquier momento harían un gran viaje transatlántico, si Dios quería, y de veras esperaba conseguirlo, al menos una única vez, deseaba que su hijo viese el lugar donde había nacido y crecido su padre, y tenía intención (lo había prometido en secreto) de acudir a la tumba de su madre, Fotinula, porque de vez en cuando la escuchaba en sueños, dando vueltas y resollando en su tumba por el aceite agotado y la vela apagada.

El viaje a Nísiros y a Grecia no tuvo lugar jamás, eran muchos días en barco y el dinero para el pasaje de ida y vuelta bastaba para que una familia viviese cómodamente casi dos meses, y no es que Andonis Cambanis fuese tacaño, pero el negocio había caído a pesar de que la economía gozaba de buena salud, todos querían zapatos y ropa nueva, lo viejo era el residuo de una época de recesión, de luchas y de privaciones que todos querían olvidar, además estaban las endiabladas máquinas que te lo preparaban todo en un abrir y cerrar de ojos y a la mitad de coste, y Andonis, que contaba el dinero a mano, veía que las reservas del cajón disminuían, según sus cálculos el sueldo mensual había bajado un veinte o veinticinco por ciento, pero le había hecho una promesa a su único hijo y no podía echarse atrás, no quería, no soportaba incumplir su palabra, y, de ese modo, en julio del 46 alquilaron un sedán automático de tercera y bajaron hasta Tampa, en Florida; reservaron una habitación doble en un hotel a cinco kilómetros de la playa y se dedicaron a pasear, a bañarse y a tomar el sol, y aquella semana en que Arsen cuidaba de las tiendas y se quedó

con Ralú en casa, su día a día y sus costumbres adquirieron el color rosado de la cigala y la langosta, hasta que llegó el momento del regreso y no se habían dicho nada más allá del qué vamos a comer y dónde vamos, si el agua estaba caliente, si las sillas eran cómodas y el colchón duro, y cuando entraron ya en el sedán amontonando al buen tuntún el equipaje y la ropa sucia en el maletero, Andonis Cambanis cogió el volante con fuerza y apretó la boca, porque le quemaba el hombro por el sol y le molestaban las manos y la espalda, que se le estaban pelando, los sentía como si fuesen pequeños compromisos, como huellas de aplazamientos, de culpas y de humillaciones que lo marcaban, y cuando dejaron atrás Washington y les quedaban tres horas más de camino para llegar, detuvo el coche en el arcén, se quitó la manga corta, cogió de la ropa sucia una camisa de manga larga arrugada y llena de manchas para ponérsela y, cuando llegaron a Camden y aparcaron el sedán en el exterior de la oficina de alquiler de coches La Ganga, metió al niño en el asiento del copiloto y lo obligó a besar una cruz y a jurar por aquel Jesús al que tanto quería, a prometerle con la mano en el corazón que, pasase lo que pasase, ocurriese lo que ocurriese, se encontrase con lo que se encontrase por el camino, un día volvería a Grecia, a buscar la tumba de su abuela, y que lo haría sobre todo por su padre, por Andonis Cambanis, hijo de Vasilis, que, aunque no tuvo tiempo, siempre guardó en su mente aquel viaje, pero no pudo realizarlo, no se atrevió.

XVII

al quitarse
el chaleco antibalas:
calor[70]

Litó está aburrida de esconderse en el trastero y de que nadie la encuentre, está agarrotada y cansada, nota el cuerpo duro y rígido, las piernas pesadas e inflexibles como alicates, así que trepa y se escapa del colchón, empuja la puerta metálica para abrirla y respira por fin aire puro, «¡qué felicidad!»; prepara el desayuno, que devora con gran apetito en la cocina mientras hojea las noticias deportivas del periódico de antes de ayer, se pone el chándal y prepara la mochila del colegio mientras espera con calma y paciencia a que vuelvan sus padres, ya son las siete de la mañana, como tarden un poco más se pierde la primera hora; no es que le importe, pero algo le dice, y está segura de ello, que en un primer momento tendrá que seguirles la corriente, y en ese instante meten la llave en la cerradura y se abre la puerta, y Susan, Basil y Minnie entran en casa y se encuentran a Litó con la mochila colgada del hombro, atándose los cordones de los zapatos, y durante un instante, solo un instante, seis o diez segundos como mucho, nadie dice nada, y entonces Susan se abalanza como una ménade y la golpea con fiereza en la espalda, en la cara y en la cabeza, y Basil se lanza como un resorte a sujetarla, tira de ella y le da una bofetada, y Litó no se defiende, tampoco se mueve de su sitio, sino que sigue atándose los cordones de los zapatos, o, mejor dicho, desatándolos para atarlos de nuevo, porque el nudo estaba flojo, torcido y desigual, y ella quería un nudo fuerte y apretado, perfectamente simétrico, pero le tiemblan las manos y le resbalan los dedos, la confunden y la abandonan, y Minnie, que sabe de cordones y de nudos gordianos, se acerca, se arrodilla junto a Litó y le ata con fuerza los cordones, para que no se le desaten, se tropiece y se caiga, y Litó, a la que siempre le cuesta dar las gracias, como si las palabras se le atascaran en sus amígdalas hipertróficas, estalla y el nudo se deshace en incontables sollozos, agradecimientos ahogados y disculpas despedazadas.

Basil Cambanis y Susan Müller conversan en tono enérgico bajo la vieja morera, Basil da vueltas en una superficie de tres metros cuadrados abriendo y cerrando la boca y los brazos, pero no dice nada sustancial que despierte el interés de Susan; ella lo contempla impasible, con una mirada glacial y los brazos cruzados, antes de pasar a toda prisa al contraataque, qué va a hacer ella en Grecia, está loco, su vida está aquí, tanto la suya como la vida de su hija, no piensa dejar que se la lleve con él, de eso que se vaya olvidando, que se lo quite de la cabeza, no tiene importancia lo que quiera Litó ni lo que le haya dicho, porque apenas tiene trece años y, a fin de cuentas, acaso no fueron sus propios padres los que llegaron a Estados Unidos en busca de una vida mejor, qué quiere demostrar, no tiene ningún derecho a dictarle qué hacer y cómo criar a su hija, es su hija, ya está, y qué ha conseguido él en su vida, nada de nada, eso por no hablar de que ha vuelto a la niña una cabezona y una egoísta como él; si tiene que hacer de mala una vez más, pues lo hará, y puede estar seguro de que llegará un día, una hora, un momento, en que Litó le dará las gracias, y Basil se queda allí plantado con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos, mirando con el rabillo del ojo hacia la ventana grande de la cocina, tras la cual está Litó, de pie, en posición de firmes y semejante a un juez insobornable con su mochila del colegio colgada del hombro; Basil mueve la cabeza un momento, arrepentido, y se acerca a Susan para cogerla del hombro, propone declarar una tregua durante unas semanas, o al menos unos días, hasta que vendan la casa, recojan las cosas, arreglen los cabos sueltos y los asuntos pendientes, el dinero y el divorcio, y quién sabe, puede que en ese tiempo cambien de opinión, y que todo mejore, en los momentos difíciles es cuando se ve lo unidas que están las parejas y la resistencia de las familias, y Susan, en lugar de sonreír, le enseña los dientes y le da unos golpecitos amistosos, casi despectivos, en la espalda, para nada, se ha pensado bien las cosas, Litó se va con ella a Vermont, alquilarán un pequeño apartamento en Jericho, donde una antigua amiga suya le ha encontrado un trabajo bien pagado en el Museo Bentley del Copo de Nieve, inscribirá a Litó en una escuela buena y barata, quizás interna, y poco a poco reharán su vida desde cero, sin él, ¿se entera?, ellas solas.

Basil camina encorvado por el gran supermercado de Cramer Hill, Susan detesta la compra semanal y nunca lo acompaña, es cometido de él abastecer los armarios y llenar el frigorífico, y Litó, que lo acompaña alguna vez, tiene dolor de garganta y un poco de fiebre, y Susan, que no quiere que su hija pierda más clases, le ha prohibido que salga de casa; por eso lo acompaña Minnie, tras la insistente exhortación de Susan, que reclama un poco de tiempo y espacio lejos de todo y de todos; la verdad es que él también preferiría estar solo,

pero Susan se lo propuso a la niña y ella dijo rápidamente que sí y se vistió en menos que canta un gallo, porque le encantan los supermercados y Luisa y ella daban vueltas entre las estanterías durante horas, miraban los precios para compararlos, elaboraban largas listas que siempre olvidaban en casa y llenaban el carro con envases familiares que salían a cuenta tanto en precio como en cantidad, y Minnie le va pisando los talones a Basil, mirando los estantes, los productos nuevos y multicolores, y le llama la atención lo diferente que es el supermercado de Cramer Hill, que está mucho más limpio y es más grande, porque el suyo, el Mamacita de Centerville, es relativamente pequeño, oscuro y está muy sucio, lo regenta un portorriqueño barrigón de mediana edad con la gritona de su mujer y no encuentras tanta variedad, y mientras Minnie lo sigue, ensimismada, tocando de vez en cuando los estantes y los envases, Basil, que encabeza la marcha, distraído, como siempre, en su mundo, como siempre, gira en una esquina y desaparece, Minnie lo pierde de vista, y de repente Minnie se encuentra sola en el mundo, le entra el pánico y la asalta una gran inseguridad, el corazón se le sale del pecho, le va a mil por hora, es como si aletease intentando volar, y en el bolsillo lleva diez centavos nada más, lo que ha quedado de la última paga que le dio su madre, se ha guardado la moneda, como si fuese un talismán, en el bolsillo del abrigo, y cuando se siente mal o triste, la toca con los dedos y hace acopio de valor, y apresura el paso de estante en estante y de pasillo en pasillo para encontrar a Basil, y un señor alto, otro con barba blanca y una señora bien vestida, todo el mundo, todos se apartan para dejarle paso, porque ahora va corriendo sin aliento, de estante en estante y de pasillo en pasillo, y Basil está ahí, un poco más adelante, tres o cuatro pasillos a la derecha y luego a la izquierda, sumido en lúgubres pensamientos sin salida, y Minnie lo ve desde lejos, reconoce su contorno pesado y el chaquetón oscuro, ligeramente desgastado y descolorido en el cuello y los codos, y suelta un suspiro antes de echar a correr y aferrarse a su manga; de repente siente tanta felicidad junta que se echa a llorar en silencio.

Susan cubre con una manta de lana a Litó, que vuelve a tener décimas y está tiritando, se sienta junto a ella y le coge la mano, y le explica con ternura que Grecia es un lugar lejano e inhóspito que no les corresponde, y que es una pena que malgasten su futuro por la terquedad y la ambición desmedida que caracterizan a la juventud y la adolescencia, ¿sabe cuántas veces se ha arrepentido ella de haber abandonado los estudios y no haberse licenciado? Creía tener toda la vida por delante, pensaba no poder equivocarse, la empujaba su instinto, solo que estaba equivocado, porque siempre iba corriendo detrás de hombres y de ideas, y en esta ocasión no va a cometer el mismo error, piensa quedarse allí a luchar, y puede que al principio

sea difícil, pero después todo se arreglará, «¿nos iremos de Camden?» pregunta Litó, «sí», afirma Susan, «¿adónde?» quiere saber Litó, «a algún lugar de Vermont» le responde Susan, «sin el 68 de segundo nombre» se empecina Litó, y Susan asiente con la cabeza, «júramelo» insiste Litó, y Susan se lo jura «te pido perdón, fue un error, lo reconozco», y en ese momento se produce una gran pausa, una pequeña reestructuración de fuerzas, un recuento de las que se van y las que se quedan, y Litó se mira las uñas sucias y los dedos antes de hacer una última pregunta, «¿vendrá Minnie con nosotros a Vermont?», sin saber en realidad si quiere llevarse consigo a su nueva amiga, quiere y no quiere, más bien no, no, no quiere, y Susan aprieta con las manos las dos manos de su hija y le dice lo que tanto quiere escuchar, «no, Minnie se queda aquí, encontrará otra familia».

Basil no tenía intención de desviarse del camino a casa porque la mitad de las compras del maletero necesitan frigorífico y congelador, pero es el primero de marzo y se acaba de acordar, se le había olvidado por completo, lo ha dicho por la radio Nickaphonic Nick, [71] junto con una cosa rara que ha leído, se llama haiku y tiene una forma extraña y unas normas definidas, y a Basil le llama la atención, aunque él de poesía no entiende, nunca fue su fuerte, prefiere las novelas de bolsillo y, según dobla la esquina de la calle Mickle con la Tercera Avenida y se detiene en el *stop* delante de la última residencia de Walt Whitman, que han reformado y transformado en museo, contempla la carretera mientras le vuelven a la mente los tres renglones rimados sobre un músico ciego con una taza de latón en la mano y el copo blanco que recibe de limosna, y Basil enciende la calefacción y cambia de emisora, porque están pasando por un túnel de circulación rápida y la retransmisión está llena de nieve y la carretera de hielo, y salen al barrio de Fairview, con vistas a Newton Creek y Morgan Village y a los cascos de barcos pequeños y grandes que habían encallado en algún momento, se oxidaron con el tiempo, quedaron amontonados en la costa y fueron abandonados en el cementerio de barcos, y Basil gira en una oscura calle paralela y aparca el coche familiar delante del mal mantenido geriátrico La Esperanza, y Minnie vacila en seguirlo, pero Basil le hace señas para que no tenga miedo, se quite el cinturón y salga del coche, y Minnie lo obedece, porque puede confiar en él, y ahora los dos caminan juntos, saludan y dan las buenas tardes al guardia nocturno, y entran casi a la vez en La Esperanza, gris y mal iluminada.

XVIII

Grande es la vida… y real y mística… donde esté y quien sea, grande es la muerte… igual que la vida mantiene todas las partes unidas, la muerte mantiene todas las partes unidas; igual que las estrellas regresan después de fundirse con la luz, la muerte es tan grande como la vida.[72]

En marzo de 1949 Andonis Cambanis cumplía los cuarenta y nueve años, y era la primera vez, desde hacía mucho, que iba a celebrar su cumpleaños con amigos en casa, Basil había ordenado la casa y había cocinado *yuvetsi*[73] al horno, siguiendo las instrucciones de su madre encamada, a las nueve menos algo llegó Arsen con el postre, a las nueve y algo llamaron al timbre los invitados del bar O Niagaras, Mikés, el dueño, con Maro, su esposa obesa, Lakis, el de Volos, con su amigo Makis, de Cosani, los dos guapetones y más arreglados que un pincel, pero por alguna razón inexplicable todavía solteros, y alrededor de las nueve y media llegó con retraso Lenió, la modista levantina, que se había enterado de los invitados que había y se había traído a una buena amiga, una esmirniota guapa, coqueta y espabilada, con su hija pequeña, y Tasula, la esmirniota, era también antigua amiga de Ralú, y hacía diez años que se había mudado de Nueva Jersey a Nueva York, pero las cosas no le fueron bien así que se volvió a Camden con el rabo entre las piernas, su novio Vrasidas llevaba años casado con otra y todas sus promesas sobre matrimonio, lujos y bautizos quedaron en agua de borrajas, y Arsen levantó el vaso para hacer el primer brindis, por la salud y la felicidad, que cumpliese muchos más, que pudiese ver Andonis Cambanis cien años llenos de alegría y con nietos, que por lo menos fuesen dos, y Ralú, que no llegaba a su vaso, evitó los primeros tragos, y le vino bien, porque le daba vergüenza de Tasula, la esmirniota, solo esa noche podía y debía contenerse, y todos elogiaron la comida y lo bien que entraba el vino que la acompañaba, y Ralú mostró paciencia, y así, sobria, sentada en la silla de ruedas con la falda buena y la chaqueta, todo era bonito y festivo, y todos tenían una palabra agradable que decir, pero ella contemplaba las cosas con frialdad y lógica, y tras recorrer la habitación con la mirada vio la verdad desnuda: el desgaste en las

paredes, los armarios abollados y descoloridos en los bordes, los kilos de más de Maro, estoicamente ocultos bajo la blusa *extra-large*, los dientes estropeados y escasos de Mikés, que apenas sonreía y cuando hablaba siempre se tapaba la boca con la mano, los pelos ralos y débiles en la raíz de la esmirniota, que se los atusaba y componía para que no se levantasen en la punta, sin dejar de comerse con los ojos y de echarle miraditas empalagosas a los dos morenos solteros; entretanto, Makis y Lakis se hacían señales de connivencia, y a Ralú no le convencían, porque bien sabía ella que los lechuguinos de ese palo ponían los cuernos y jugaban a los casanovas y a los galanes a costa de una; pidió un trago de vino, se lo bebió, y llegó a la conclusión de que el mundo, siempre y en todos lados, sin bebida ni vino, sin perdición ni autodestrucción, es insoportable, y los justificó a todos por sus errores, sus faltas y sus defectos, y se bebió el vino de un trago con la pajita que le trajeron, y pidió un segundo vaso, y un tercero, al carajo con todos, con todo, cuántos años más viviría, estaban todos inmersos en la misma mierda, así que ella también nadaría, y que cada palo aguantase su vela; llamó a su hijo y a la hijita de Tasula la esmirniota, les pidió que se acercasen, y mientras los demás estaban ocupados elogiando el *ravaní*,[74] Ralú les señaló el polvo en el suelo y los marcos oxidados de las puertas, a Maro, que cogía a escondidas dos trozos de dulce, a Mikés, que masticaba con cuidado, porque le faltaban la mitad de los dientes laterales, a Tasula, que coqueteaba y trinaba cual jilguero encendido entre Makis y Lakis, y al tacaño de Arsen que, tras repartir con cuidado los trozos, se metió el envoltorio y la cinta que adornaba la caja del dulce en el bolsillo interior, y Ralú les deseó a todos descendencia, porque creía con todo su corazón en la perpetuación de la asombrosa especie humana, y se echó a reír con tanta fuerza e histeria que a punto estuvo de ahogarse, «a vuestra salud», y se le cayó la mantita, dejando desnudas y expuestas sus piernas feas, enflaquecidas y marchitas, congelándoles la sangre y creando una turbación que se extendió cual neblina por la habitación, y la noche terminó ahí, con las sonrisas heladas de los invitados, y pocos minutos más tarde todos se dieron a una fuga desorganizada, eran las tres pasadas y Andonis Cambanis llevaba un buen rato solo, de pie, en el umbral de la puerta, había inaugurado los cincuenta y no tenía ganas de irse a dormir, esperaba algo, esperaba algo que no llegaba.

Lo que sin embargo llegó dos mañanas más tarde fue la tarjeta verde, dentro de un sobre oficial marrón del Departamento de Extranjería e Inmigración, las letras y la dirección del sobre se habían emborronado por la repentina lluvia matinal, el papel se había empapado y desgarrado ligeramente, y a su corazón le dio por latir con fuerza por la turbación de tantos años de espera, y en su fuero

interno deseó por un momento su destrucción eventual, pero cuando abrió el sobre la tarjeta plastificada y verdosa estaba intacta y lo miraba a la cara con expresión burlona, por el pelo, que había encanecido por completo, por las mejillas chupadas que habían excavado pequeñas cavernas en el rostro en lugar de construir colinas y llanuras, y por su nombre que, en el documento oficial, escrito y visto bajo otro prisma, resultaba como poco extraño, cuando menos ridículo, le pareció que las vocales sobresalían, obligando a las consonantes a converger en una peligrosa cercanía, así que tiró el sobre a la basura y escondió la tarjeta verde en el cajón de las facturas sin pagar sin decirle nada a nadie; en la tienda se enfadó con Arsen, que ahorraba en el hilo y contaba las puntadas dobles que daba Lenió en los dobladillos y los zurcidos, y a mediodía comió una ración de *golabki*[75] en el 44 de Wobrowski, el polaco, pero no le bajaba la comida, y en casa, por la noche, extenuado ante la televisión nueva, comprada con descuento y a plazos por su quincuagésimo cumpleaños, giró la ruedecilla, esperó a que se fuesen el zumbido y la nieve de la pantalla, y puso el concurso *You bet your life* en la NBC, y mientras Groucho Marx se metía con la pareja de invitados y le tomaba el pelo a su compañero presentador, George Fenneman, por su aspecto intachable e inmaculado, llegó la pregunta en la categoría de geografía «¿cómo se llama hoy en día Constantinopla?» y ellos negaron con la cabeza y guardaron silencio, con la respuesta veintiséis años[76] encerrada en la boca, y en la gran pregunta para el bote de diez mil dólares «¿es posible encontrarse en dos lugares a la vez?», [77] se tomaron tiempo para pensar: Ralú un poco de paso, y Basil sin darle muchas vueltas, porque no le interesaban los concursos; solo Cambanis se estrujó el cerebro para encontrar la respuesta, y todos juntos llegaron a la conclusión de que no es posible, está claro que es humanamente imposible, y Groucho negó con la cabeza y con el dedo y les dijo que tenían que haberlo pensado mejor, «claro que es posible», porque una persona se encuentra en dos lugares a la vez cuando hay fronteras y líneas divisorias, basta con que un pie esté en el estado de Arkansas y el otro en el de Oklahoma, uno en Estados Unidos y el otro en Canadá, de ahí, queridos, la expresión «tener un pie en la tumba», dijo Groucho bromeando y les guiñó un ojo mordazmente, recordándoles a todos el futuro común.

Y el 6 de septiembre de 1949, Andonis Cambanis se levantó pronto y preparó el café, tenía molestias en los riñones y no podía dormir, miró el reloj, que señalaba las ocho y media, y dejó dormir a Ralú, hojeó los papeles con los pedidos anulados y apuntó en el margen, con letras grandes, la cita del mediodía en el banco, tenía intención de cerrar las tiendas, llevaba seis meses intentando encontrar comprador, pero el precio que pedía se consideraba alto, nadie quería invertir en

arreglos y modificaciones, los tiempos habían vuelto a cambiar y lo expulsaban, se arriesgaba a quedarse con lo puesto, su cuenta bancaria estaba de capa caída, no estaba en situación de saldar las deudas, que no hacían más que acumularse, sus ingresos apenas llegaban para cubrir los gastos de funcionamiento, los impuestos le hacían perder dinero, todo estaba en su contra y la gente tiraba a la basura lo que envejecía; y conforme recorría a pie, maquinalmente, el camino hacia la tienda, poco después de las nueve y veinte, se oyó algo que parecía un disparo y evidentemente no lo era, él lo tomó por un lejano capricho de motocicleta estruendosa que se esforzaba por arrancar en vano o que tenía un agujero en el tubo de escape, se oyó una segunda detonación, y una tercera, que le parecieron más cercanas, pero que no eran disparos de verdad, así que no les dio importancia, dejó atrás la camioneta aparcada con la puerta abierta de par en par y una docena de botellas de leche derramada, apresuró el paso para doblar la esquina, hasta que vio y comprendió de qué se trataba, y se encontró ante él dos cuerpos que yacían atravesados en medio de un charco de sangre en la acera, y a un hombre con pajarita y traje blanco apuntándole desde lejos, en mitad de la carretera, y una cuarta bala silbó y pasó rozándolo, y según corría para escapar se desmayó y cayó al suelo cuan largo era, y sintió que la tierra se desvanecía bajo sus pies, con la vida que le sobraba abrió la boca para decir una palabra certera, pero, como no recordaba el principio de las cosas, no sabía por dónde empezar.

XIX

la brisa primaveral
desenreda la luna llena
de los árboles desnudos[78]

Andonis Cambanis come con voracidad un trozo de tarta glaseada de chocolate blanco y se ha embadurnado la boca y el pijama a rayas, pero ese día la enfermera no le grita, porque es su cumpleaños, y es de los pocos días, además del día de Acción de Gracias y el de Navidad, en que el personal de la residencia La Esperanza está dispuesto a hacer la vista gorda y saltarse las normas de funcionamiento; Gladys, con su etiqueta en el pecho y los años y kilos de más, incluso ha traído un transistor del que sale salsa y merengue, y a pesar de que no habla ni palabra de español, no deja de tararear las canciones de moda, todas de amor, «¿cuántos cumples, guapetón?» le pregunta, y Andonis Cambanis no levanta la vista, se limita a trinchar con el tenedor la capa blanda de chocolate, ingerir es una hazaña cuando tiemblan manos y labios, una lucha continua con tu propio cuerpo, hace una semana que su compañero de habitación, Vince, los dejó para irse a criar malvas, y su cama está vacía, impecable y hecha con sábanas recién limpias, hacía tres días que la mirada de Andonis Cambanis viajaba y caía sobre la cama vecina sin llegar a comprender qué faltaba, hasta que se acostumbró a la ausencia y al cuarto día todo era como antes, y Gladys le coge el plato vacío de las manos y le pone la zapatilla de polipiel barata que se le ha caído del pie derecho, y sus uñas amarillentas y curvas parecen las de un animal que ha caminado días y noches sobre hojas caídas y tierra fresca en busca de alimento y refugio; su mirada, titubeante, se ha quedado clavada en el plato, que ha dejado de estar en su posesión, y sus manos han tomado la forma del plato y así se van a quedar si Gladys no encuentra una manera de darles algo que hacer, algo para que se tranquilicen; como no tiene nada que ofrecerles, le da sus propias manos para que las sujete al menos un rato, y el tiempo es un paisaje turbio que se ha ido amontonando capa a capa en un marco siempre incompleto, a medio terminar, y mientras Andonis Cambanis lucha por recordar qué hacen

juntas, qué esperan esas dos manos unidas, Gladys evoca la época en la que Andonis entró como paciente de La Esperanza; era más joven, estaba casi sano, fue a finales de la década de los 60 o a principios de los 70, hacía tres años que había perdido a su mujer por una afección cardiaca y ya habían hecho su aparición las primeras señales de la enfermedad de Parkinson.

Andonis Cambanis consiguió vender la tienda de Parkside a un pobre diablo mexicano, todo lo demás se lo llevó la hacienda pública, los intereses y las deudas; su amigo Mikés le había aconsejado que le sacase partido al dinero de la venta, que se comprase una casa en algún barrio residencial y se mudase allí mientras pudiese, porque en pocos años el barrio se había llenado de todo: negros, amarillos, mulatos color chocolate, gente que no hablaba la lengua y exigía trabajo y las mismas oportunidades, la ciudad de Camden iba de mal en peor, todos los blancos respetables se marchaban en estampida, Mikés se había asustado con tanta negrura alrededor y había cerrado los grifos del O Niagaras para trasladarse a Cherry Hill, y Andonis Cambanis, con el dinero que había ahorrado, estaba pensando en hacer lo mismo, comprarse una casa con jardín fuera de la ciudad, pero cuando Basil le anunció que tenía intención de casarse pronto y que cualquier día se iba de casa, Andonis Cambanis sintió que se le caía el mundo encima, qué iban a hacer dos viejos solos en una casa grande e incómoda en el campo, cómo pasaría el rato, los días, los años, su hijo se había marcado el objetivo de casarse, y dicho y hecho, encontró una familia ya hecha, se casó con ella y se mudó a un barrio más abajo, a media hora andando de la casa de sus padres, e hizo su vida con Litó y con Susan, y a su madre, Ralú, que se había deteriorado mucho, le iba llegando el turno de coger billete para el cielo; pocos meses después se marchó serenamente mientras dormía; era mediodía y se había quedado dormida en la silla de ruedas, junto a la televisión encendida: Basil la encontró tres horas más tarde, inerte y muda, en la misma posición, solo que aquella mujer menuda de melena cana y unos pelos blancos y ralos en el bigote y la barbilla, aquella mujer de mirada inmóvil y tierna que solo ahora, en la muerte, exhalaba alegría y bondad, le resultaba una extraña; se parecía a su madre, pero no era ella.

Y cuando Ralú abandonó el mundo de los vivos, Andonis Cambanis creyó que le llegaría también a él el turno, y le pidió a su hijo Basil que se lo llevase a casa, para no morir solo, y a cambio le daría todos sus bienes, una cuenta bancaria con unos cuantos miles de dólares y su pensión mensual, y Basil se reunió con Susan para deliberar y aceptaron, se lo llevaron a casa y empezaron a buscar una casa y un trabajo para ellos, y en aquella época los precios de Camden estaban bien, y si por un momento dudaron fue por los metros cuadrados, las

tres habitaciones y los dos baños; se compraron una casa con jardín y garaje en Dudley, metieron al abuelo en la planta baja y a Litó en la habitación de los niños, con los ciervos y leones que había pintado Susan en las paredes, pidieron un préstamo y pusieron en marcha el plan del *diner*, y el antiguo 44 se convirtió en su Ariadni, y Susan, inspirándose en el Mickiewicz borroso de la pared, quiso añadirle al neón un letrero y un 68 redondo, un supuesto homenaje al 44, pero no cabía, tres noches se pasó buscando la solución, quería a toda costa embutir en sus vidas un número señalado, y por mucho que intentó Basil convencerla de que el 68 era un año malo y bisiesto, Susan no daba su brazo a torcer, tenía que mantener a cualquier precio algo de su pasado, el 68 por poco cambia el mundo, por un momento en brazos de Scott y del peyote[79] lo había creído, había faltado poco para que el mundo se volviese una pizca mejor, y mientras todo iba como la seda, como lo habían planeado, un día Andonis Cambanis dio un traspiés, se cayó de la escalera y se rompió la cadera y el brazo, lo perdieron, y, con él, perdieron también el norte y poco a poco fueron cayendo en picado, corría el principio de los 70, y por muchas veces que haya subido en esos doce años Basil las escaleras del primer piso de la residencia para ancianos La Esperanza, cuarenta y cuatro pasos, cuarenta y cuatro, ni uno más ni uno menos, va siempre con las manos en los bolsillos y el mismo pudor por los meses que han pasado sin visitar a su padre, por la casa que se compró y por las promesas que no cumplió, por las mentiras que se dijo a sí mismo, y por la enfermera que siempre pregunta a Andonis Cambanis e insiste en enterarse, como si no lo supiera, de quién ha venido, quién es ese hombre que está en la puerta, a quién le recuerda, es de su familia, y Andonis Cambanis mira y no ve nada, porque hace años que su mirada está vacía, le tiemblan las manos y los labios no son más que una raya fina, algo torcida por los pensamientos que se quedaron suspendidos, sin terminar, y las palabras que se interrumpieron con violencia a la mitad, y Basil Cambanis hace amago de abrir la boca, para decir «papá», y quizás «felicidades», pero ya nada tiene sentido, y se quedan todos allí, mudos, como torpemente colocados en el tiempo y en el espacio, y fuera nieva, dentro de poco la nieve lo habrá cubierto todo, los remordimientos, las peripecias, las carreteras, los errores, y Gladys corre a cerrar la ventana, que se ha quedado abierta y por la que entra corriente, pero no se cierra, se ha empeñado en no cerrarse, las bisagras son viejas, los tornillos y las tuercas se han aflojado, la madera se ha arqueado, y fuera nieva, ahora nieva también dentro, nieva mucho, y, por mucho que Gladys se esfuerce, dentro de poco la nieve los habrá cubierto a todos.

XX

Museo Bentley del Copo de Nieve, Jericho, Vermont

«Al observarlos con el microscopio advertí que los copos de nieve son maravillas de belleza y es una lástima que los demás no puedan contemplarlas. Cada uno de los cristales es una obra de arte del diseño y ningún patrón se repite de forma exacta. Cuando el copo de nieve se derrite, ese patrón se pierde para siempre. Toda esa belleza se pierde sin dejar ningún rastro tras de sí…»

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría darle las gracias personalmente al padre Emmanuil Pratsinaki y a la comunidad griega ortodoxa de Santo Tomás en Cherry Hill, Nueva Jersey, por el material histórico de la comunidad griega de Camden y su inmediata respuesta.

Un agradecimiento especial a Caterina Sjiná por su contribución.

A Cristali por su ayuda.

A Penny y a mi hermana por las conversaciones de madrugada y su apoyo.

AUTOMÁTICA EDITORIAL le agradece la lectura de este libro. Esperamos que disfrutara de él tanto como nosotros y le animamos a que lo recomiende, lo preste o lo regale a sus amigos.

En nuestra web www.automaticaeditorial.com podrá encontrar información sobre nosotros y nuestro catálogo. Asimismo le invitamos a que se ponga en contacto con nuestro equipo para ayudarnos a crecer y mejorar.

Este libro ha sido impreso en España en el mes de agosto de 2020.

NOTAS

[1] Nick Virgilio. [La versión de los haikus es de la traductora. A no ser que se indique lo contrario, todas las notas son de la autora, aunque algunos detalles, como la versión de los poemas o las referencias a elementos culturales, pueden haber sufrido una pequeña modificación por parte de la traductora en caso necesario. (Nota de la Traductora, en adelante, N. de la T.)].

[2] El nombre de un misterioso salvador de la patria polaca en la composición poética de Mickiewicz *Djady* (1822).

[3] Adam Mickiewicz (1798-1855): Poeta nacional de Polonia y defensor de la idea mesiánica. Sus poemas contribuyeron en gran medida a la lucha nacional de liberación polaca contra alemanes y rusos.

[4] El terrier, de nombre Nipper, adornaba el logotipo de la compañía de gramófonos RCA Victor, así como el de la compañía discográfica homónima. El cuadro del pintor Francis Barraud con el terrier y el gramófono lleva por título *His Master's Voice*.

[5] El llamado *busing*, en Estados Unidos, consistía en realizar intercambios de alumnos entre escuelas, con el objetivo de dar oportunidades a los menos favorecidos y llevar una cierta diversidad a la homogeneidad basada en la raza, el origen y los ingresos familiares que se observaba en los conjuntos escolares.

[6] Walt Whitman, «Soñé en un sueño», de *Hojas de hierba*. Traducción de José Luis Chamosa y Rosa Rabadán, Espasa, 2019.

[7] Patria, en griego.

[8] Ellis Island, también llamada Castingari en griego.

[9] El 18 de octubre de 1912 se firmó en Ouchy el tratado de paz italoturco que entregaba el Dodecaneso a Italia.

[10] El 9 de septiembre de 1922 tuvo lugar lo que en Grecia se llama catástrofe de Asia Menor: se asesinó o se expulsó a los griegos que vivían en la zona de Asia Menor; como consecuencia, muchos huyeron a Grecia como refugiados (N. de la T.).

[11] Baile estadounidense de la década de 1920 que consiste en un

intenso movimiento de los hombros.

[12] Madre América, fea pero hermosa.

[13] Yo estoy segura de que te han echado mal de ojo.

[14] Nick Virgilio.

[15] Chris Norman & Suzi Quatro, del álbum *A Stranger With You*, que ocupó el número 4 de la lista de éxitos de 1979.

[16] Parecida a la marca Zwan.

[17] Walt Whitman, fragmento de «Yo canto al cuerpo eléctrico», *Hojas de hierba*. Traducción de José Luis Chamosa y Rosa Rabadán, Espasa, 2019.

[18] Dago: término despectivo para referirse a los inmigrantes italianos y españoles en Estados Unidos.

[19] Patas arriba.

[20] ¡Qué cojones!

[21] Marica Papaguica (1890-1943) es considerada la voz griega más importante en Estados Unidos (Columbia, His Master's Voice) a principios del siglo XX.

[22] Tipo de canción que se caracteriza por la repetición del estribillo «*amán, amán*». (N. de la T.)

[23] El Sinn Féinn es un partido político que fundó el 28 de noviembre de 1905 Arthur Griffith. Se considera un partido de ideología de izquierda, nacionalista y católico en extremo. Se ha vinculado históricamente al Ejército de Liberación Nacional Irlandés (IRA).

[24] Grados del Ku Klux Klan.

[25] Nick Virgilio.

[26] Los mormones cuentan con cuatro textos sagrados: las *Santas Escrituras*, el *Libro de Mormón*, la *Perla de gran precio* y *Doctrina y convenios*.

[27] Walt Whitman, fragmento de «Canto a mí mismo», en *Hojas de hierba*. Traducción de José Luis Chamosa y Rosa Rabadán, Espasa, 2019.

[28] Apodo del arma semiautomática Thomson.

[29] También conocida como batalla de Caporetto, batalla de la Primera Guerra Mundial en el frente de Isonzo, que acabó con la derrota de Italia ante el ejército germano-austríaco. Dicha derrota despertó el patriotismo de la opinión pública italiana.

[30] El capo de la mafia Vito Genovese.

[31] Conocido bar de Nueva York donde durante los años de la ley seca se servía alcohol a escondidas.

[32] Nick Virgilio.

[33] En español en el original (N. de la T.).

[34] Grupo de diacetonas cíclicas aromáticas. Provienen del benceno y sus compuestos. Normalmente con el nombre genérico de quinonas nos referimos a la p-benzoquinona.

[35] En el argot de los camellos, un *nickel* equivale a la mercancía (marihuana o heroína) de cinco dólares.

[36] Cocaína.

[37] 20 grados Fahrenheit corresponden aproximadamente a unos −7 grados de la escala Celsius.

[38] La noche de Navidad el general George Washington cruzó el río Delaware, que estaba congelado, para conducir a 2 400 soldados del Ejército Continental a una incursión sorpresa contra los mercenarios alemanes que habían formado la guardia de Trenton. Las fuerzas patrióticas estadounidenses pillaron desprevenidas a las fuerzas enemigas, simpatizantes de los británicos.

[39] El jefe del equipo argentino de fútbol, que levantó la copa mundial en 1978.

[40] Walt Whitman, «Innovadores», *Hojas de hierba*. Traducción de Eduardo Moga, Galaxia Gutemberg, 2014.

[41] El 10 de diciembre de 1893, Jarílaos Tricupis, en un discurso en el Parlamento, anuncia la quiebra de Grecia con la famosa frase «Por desgracia hemos quebrado».

[42] El 29 de octubre de 1929 comenzó la crisis bursátil en Estados Unidos.

[43] International Apple Shipper's Association.

[44] Nombre satírico que recibieron los barrios de chabolas en Estados Unidos en el periodo de la Gran Depresión, «en honor» al presidente Hoover.

[45] Daniel Meroh (14 años, octavo curso). Ganó el concurso anual de haiku para las clases de secundaria de la ciudad de Camden, organizado en honor de Nicholas Virgilio.

[46] Seductor.

[47] En griego, «zapatitos». Se trata de un plato de berenjena rellena con carne y verduras y cubierta de besamel. Basil lo usa aquí de forma irónica, refiriéndose a las patas del ciempiés. (N. de la T.)

[48] American Hellenic Educational Progressive Association.

[49] Nick Virgilio.

[50] *Kenurios érotas*, «Nuevo amor», tema interpretado por Sula Carayioryi & Danai Stratigopulu (1934).

[51] *Ki omos, ki omos* «Y sin embargo, y sin embargo», tema de Attik (1929).

[52] En 1926, en la ciudad de Nueva York, se intoxicaron con alcohol adulterado 1 200 ciudadanos, 400 de los cuales fallecieron. Los números son parecidos en otras ciudades de Estados Unidos.

[53] El etanol o alcohol se mezcla con una pequeña cantidad de petróleo que lo hace inapropiado para el consumo y del cual es imposible separarlo mediante métodos baratos de redestilación.

[54] Película de 1932 cuyo título significa *Cuidado, esposas.*

[55] Nick Virgilio.

[56] Walt Whitman, «Perfecciones», *Hojas de hierba*. Traducción de Eduardo Moga. Galaxia Gutemberg, 2014.

[57] Nombre griego de una flor decorativa que germina en China y en Asia central.

[58] Nick Virgilio.

[59] Walt Whitman, «Apariciones», *Hojas de hierba*. Traducción de Eduardo Moga. Galaxia Gutemberg, 2014.

[60] Ewen Montagu, general de los Servicios Secretos Navales, escenificó la caída de una aeronave al mar. El cadáver encontrado respondía a las características y al nombre del comandante William Martin. En la documentación que llevaba encima aparecía la información falsa de que los Aliados se preparaban para atacar Creta, Cerdeña y Córcega. El cadáver lo encontró la mañana del 30 de abril de 1943 un pescador español, que avisó al Servicio Secreto local, la Abwehr, quien a su vez alertó al hijo del cónsul alemán, Adolf Klaus. Los alemanes mordieron el anzuelo hasta tal punto que, dos semanas después del desembarco en Sicilia, aún seguían creyendo que el desembarco real tendría lugar en Cerdeña y Creta.

[61] El trayecto Marsella-Nueva York servía para el comercio de heroína. Más tarde la ruta se haría famosa con el apodo de *The French Connection*. La mafia corsa colaboró estrechamente durante la Segunda Guerra Mundial con la CIA.

[62] Se trataba de fortificaciones militares de los alemanes en el centro de Italia. Las líneas se encontraban en Italia procedentes del Adriático y cruzaban los montes Apeninos para terminar en las costas occidentales del país. El objetivo de la línea era evitar el avance aliado en toda Italia y, en consecuencia, en Europa central.

[63] Plato consistente en verduras (pimientos, tomates, a veces calabacines) rellenos de arroz, a veces con carne picada (N. de la T.).

[64] Emisión radiofónica en cuarenta lenguas del Ministerio de Exteriores durante la Segunda Guerra Mundial con noticias, fragmentos, música y novedades de los frentes abiertos.

[65] Nick Virgilio.

[66] Walt Whitman, «A orillas del Ontario azul», *Hojas de hierba*. Traducción de Eduardo Moga. Galaxia Gutenberg, 2014.

[67] Periódico de la comunidad griega que en un principio apoyaba a Elefcerios Veniselos y después al EAM (Frente de Liberación Nacional, organización de resistencia).

[68] El apellido Scobie proviene del celta Sgolbach, que significa «lugar espinoso».

[69] *Eznicós Kírix* y *Atlantís* son dos periódicos griegos de Estados Unidos (N. de la T.)

[70] Nick Virgilio.

[71] Apodo radiofónico del poeta Nick Virgilio.

[72] Walt Whtiman, «Grandes son los mitos», en *Hojas de Hierba*. Traducción de José Luis Chamosa y Rosa Rabadán, Espasa, 2019.

[73] Plato de carne y pasta con salsa de tomate (N. de la T.).

[74] Especie de bizcocho bañado en almíbar (N. de la T.).

[75] Algo parecido al *lajanodolmás* griego (hoja de col rellena de carne picada con salsa de limón y huevo).

[76] Constantinopla pasa a llamarse Estambul en 1923 de manos de Kemal Ataturk.

[77] Fragmento del programa emitido el 6 de mayo de 1954.

[78] Nick Virgilio.

[79] Cactus oriundo de México y en las zonas del sur de Estados Unidos y contiene sustancias alucinógenas (mezcalina).